ALFAGUARA

# Juan Diego Mejía

## El cine era mejor que la vida

Narrativa Hispánica

Juan Diego Mejía

# El cine era mejor que la vida

Alfaguara

SÍGUENOS EN

megustaleer

Me Gusta Leer Colombia

@megustaleerco

@megustaleerco

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A Laura Liliam*

# Uno

Por aquellos días Mejía y yo estábamos unidos por el cine. Empecé a entenderlo esa tarde cuando fuimos a ver *El gran escape* en el Junín, y ahora, tanto tiempo después, pienso en él sentado en la sala del teatro, preocupado, simulando estar conmigo, sonriendo a veces, y sacando como un mago de sus bolsillos colombinas y otros dulces que me mantenían ocupado.

Para mí es toda una maravilla estar aquí un día de semana a las cuatro de la tarde. No hay gritos de otros niños como en los matinales, tampoco intercambio de revistas de vaqueros en la puerta de entrada, ni se sienten las respiraciones ansiosas y los pasos torpes corriendo por los pasillos. Estoy en un cine de adultos, a una hora en que Mejía debería estar trabajando como cualquiera de los padres de mis compañeros de clase. Adentro se vive una oscuridad a medias, con un telón grande y de un terciopelo entre morado y negro que se mece levemente en las cercanías del piso. Lo empuja el viento del pasillo que viene de la salida de emergencia por donde no hace mucho salieron los de la función anterior. Han entrado sólo unos cuantos espectadores que conversan en voz baja por temor al eco de sus palabras en el teatro vacío. Miro a todos los lados sin descuidar cualquier posible movimiento del telón. Saboreo en silencio la colombina de frambuesa y de vez en cuando le echo una mirada a Mejía como asegurándome de que todo esté bien en él. Ya bastante ha hecho trayéndome a ver esta película en función matiné, y más que esto, valoro su acción heroica de esta tarde en el colegio cuando el hermano prefecto pensó que yo iba a estar entre los avergonzados de fin de año que no pudieron pagar sus mensualidades atrasadas. Esta vez vi en la sonrisa del prefecto

un brillo que no era el de su diente plateado que asomaba siempre en el momento de sermonear a toda la división primaria. Se arrimó cuanto pudo a mi pequeño traje azul de paño y puso su mano oscura sobre mi espalda de gala. Sentí su aliento de murciélago que dibujó en mi horizonte asustado un aviso: «¿Habló con su papá?», me dijo. Entonces todo fue oscuro como el telón que todavía cubre la pantalla del teatro. Mejía cruza las piernas y se suelta los botones de su saco. El vestido me huele al clóset donde Laura guarda sus trajes y sus tacones de aguja larga. Este olor me recuerda con claridad los espacios donde me gusta esconderme a soñar con mis vaqueros tardes enteras, y recuerdo que hoy en el colegio sólo quería que todo terminara para irme a tirar el ridículo corbatín, volver a mis *bluyins* y mis botas, y entonces quedarme en el armario muchas horas para olvidar el miedo a esa sonrisa color plata. Me duele pensar que Mejía quizá no esté completamente feliz como sí lo estoy yo. Lo de esta tarde es motivo suficiente de celebración, no lo de mis calificaciones, sino su llegada triunfal a la oficina del hermano tesorero, que ocurrió en el momento preciso en que ya me derrumbaba sin atreverme a intentar la entrada al salón auditorio donde todos estaban en sus puestos. Pero Mejía lo había logrado. Llegó con un sobre lleno de billetes con el que limpió el honor y apagó la sonrisa gris del prefecto. Ahora quiero corresponderle de alguna forma a Mejía ese momento, al finalizar el acto de entrega de resultados, cuando sentí su mano redonda sobre mi hombro y escuché la voz que claramente y sin condiciones dijo: «Vámonos para cine de cuatro». No importaban la película ni el teatro ni la hora. Había dicho «cine, cine, cine», pensaba casi en voz alta, y empecé a imaginar a la vendedora de boletas, y al señor uniformado que las parte en dos y se guarda la mitad, y los afiches de otras películas que algún día veré. Ambos, Mejía y yo, estamos unidos por el cine. Él lo sabe desde los tiempos en que jugábamos con recortes de cintas en donde se veían indios, soldados de caballería, rubias y paisajes. Mejía ha dado muestras de algún interés en aquellos pedazos de película y durante horas enteras apuesta

conmigo dejándolos caer al piso desde un taburete hasta que algún cuadrito pisa a otros, lo que significa ganarlos. En realidad le tengo cierto rencor por su habilidad para llevarse los míos, pero también lo he sentido cómplice, como ahora, cuando está a punto de correrse el telón. Las luces han empezado a apagarse y las voces de los asistentes también. Miro de nuevo a Mejía y me acomodo bien en el fondo de mi silla mientras él parece despertar de un largo sueño y saca de su bolsillo un dulce que me entrega sin mirarme, con un movimiento suave de su brazo, que se cruza sobre la barriga hasta llegar a la trayectoria de mi mirada.

El apagón de las luces y la aparición en la pantalla de los avances de próximas películas son apenas una manta que lo cubre y disimula su preocupación. Ahora se siente a salvo del mundo que hasta hace poco lo acosaba, y va a pasar dos horas en tinieblas y en silencio, sólo escuchando las voces de Steve McQueen y James Gardner tratando de escapar de los nazis. Sentirá mi respiración junto a la suya y se dará cuenta de la intensidad con que miro la pantalla. Afuera está la calle con los vendedores ambulantes que ofrecen de todo. En la esquina de la carrera Junín con la avenida La Playa puede conseguirse cualquier cosa con los comerciantes nómadas que instalan sus negocios en las mañanas cuando el aire todavía es frío y se pueden contar las pisadas de los primeros transeúntes. Le parece escuchar sus gritos anunciando unas tijeras de segunda, una manguera en buen estado, anteojos para miopes, binoculares de explorador, discos de Gardel, radios viejos, tornillos usados, grifos, pomos con residuos de perfumes, libros de Vargas Vila, ruanas limpias, chancletas de color fosforescente, biblias y coranes, herramientas mutiladas, llaves que abren puertas de fincas viejas, y ve sus rostros cuarteados por cientos de tardes con sol, sus dientes partidos, sus ojos vivos, despiertos, alerta. Mejía respira con fuerza y se arrellana en su butaca porque el título de la película es sugestivo: *El gran escape*. Inconscientemente ha estado dándole vueltas al nombre y piensa automáticamente en el mar. Durante los últimos meses lo ha tenido presente y casi podría sentir sus efluvios y adivinar los brillos del sol en el

horizonte. Sonríe cuando evoca sus largas caminadas por la playa, en las noches, mirando los barcos moviéndose lentos y enviando señales luminosas al puerto. Piensa que tal vez ha llegado el momento de probar suerte lejos de Medellín, que se ha vuelto una ciudad tacaña y áspera. Ya casi son siete meses desempleado, agotando los ahorros, feriando las joyas de Laura, bebiendo casi todos los días en los graneros donde en voz alta sueña con un golpe de suerte que está por llegar. Bebe, sueña y canta. Piensa que lo hace por Laura y por mí. Pero la verdad es que cada vez siente más fuerte ese ruido de las olas golpeando la playa que le habla de Evalú. Infla las narices con el aire de cantina y le parece sorber el aroma de salitre y escuchar el sonido de clarinetes en fiesta. Entonces recuerda a la cantante de porros que muchos años atrás había conocido y que desde entonces adoptó como el símbolo de la libertad. Sin darse cuenta, ha estado acariciando las palabras que le dan el título a la película y vuelve a pisar los frágiles terrenos de esa fantasía llamada Evalú. Le gusta pensar en ella porque le sabe a sonrisa de dientes blancos y a pelo negro revuelto. Pero sobre todo, le sabe libre. Mejía me mira agarrarme con fuerza a los brazos de la butaca. Ya estoy metido en la historia de la película y por ahora dejo de preocuparme por su felicidad. Estoy feliz con su heroísmo, con la invitación a cine, pero ya sólo pienso en la fuga de Steve McQueen en esa motocicleta que por momentos también consigue robarse a Mejía de los brazos de Evalú. «Son las cinco», piensa Mejía en el intermedio de la cinta. Y se le ocurre que a esa hora Evalú debe estar bañándose en su casa del puerto con el agua que cae sin fuerza desde el tubito de su ducha, acariciándose con jabón perfumado en el baño de paredes despintadas. Desde allá puede oír los loros del patio en su algarabía antes del anochecer y siente el viento fresco mezclado con olor a café que se filtra por la puerta del baño.

Mejía tiene la sensación de que se están entrando algunas luces al teatro. Steve McQueen no puede burlar la rígida vigilancia de los nazis. Siento frío y he relajado un poco la respiración y mi mirada ya no es tan dura. Dentro de pocos

minutos vamos a estar caminando por Junín, donde los vendedores abren sus bocas para sentir el viento fresco de la noche, y para cuando lleguemos a casa las luces de la calle estarán totalmente encendidas. Laura nos siente desde la cocina. Corre a su cuarto a echarse un poco de perfume en el cuello y en las manos para ocultar el olor a guisos. En el barrio ya es de noche. Veo cortinas corridas y caras asomadas por las ventanas en las casas vecinas que seguramente quieren saber si Mejía está otra vez borracho, pero llega sobrio sin detenerse a tomar en el granero y se estremece al oír los ruidos domésticos de esa hora: el rosario en la radio, el silencio de los corredores de la casa, la oscuridad del mundo, mi voz y mis movimientos tratando de imitar a Steve McQueen en la motocicleta. Ahora Mejía no tiene deseos de comer. Le pide a Laura que lo acompañe a sentarse en la sala mientras se toma un trago. «Sólo uno, Laura», le dice, y ella le pasa el brazo por la cintura. Me acuesto pensando en *El gran escape*. Desde mi cuarto veo el patio central de la casa sobre el cual cae una llovizna triste. En el otro extremo, separado de mi dormitorio por el rectángulo húmedo del patio, veo a Mejía con Laura junto a la luz de la lámpara. Una naranja partida en ocho cascos refleja su color en el frasco de aguardiente. Mejía canta mirando a Laura, que sonríe un poco forzada. En la radiola suena el disco de *Siboney*, y a esa hora Evalú también canta en el baile del puerto.

# Dos

La reciente experiencia del cine matiné apenas me adormeció el recuerdo de Annie. Ahora mismo, cuando Mejía no se ha levantado y Laura hace oficios en la cocina evitando los ruidos que puedan despertarlo, siento el dolor del amor en el pecho, la pesadez en los párpados producida por la visión rubia y menuda de la trapecista de *El circo de tres pistas*, y el impulso incontrolable de tocar una y otra vez el disco que me recuerda su voz cantando *¿Qué será será?* Annie podría salir del disco y tomar de nuevo su forma dorada, sus ojos azules, saltar en los trapecios como volando muy cerca del cielo y caer justo junto a mí, entonces mirarme a los ojos durante un instante, suficiente para jurarle mi amor. Es muy temprano aún. El bus del colegio tardará en llegar y pienso que es el momento de hacer algo que desde hace un tiempo me atormenta, tengo que escribirle a Annie. Es la única forma de calmar el remolino que tengo en el pecho. Cuando escribo me aquieto y me siento cerca de ella. Escribo con fluidez y temor porque se trata de un secreto que nadie podrá conocer jamás. Disfruto de cada palabra, como si la tuviera frente a mí con sus perfumes finos que huelen a noche y a besos de mayores. Es una carta sin sobre, escrita en las páginas de un cuaderno que, dado el caso, arrancaré sin dejar huella para evitar que alguien se entere. Ahora empieza a haber movimiento en la casa por los alrededores del cuarto de Mejía y Laura. Él se ve eufórico y acaricia a Laura mientras le dice cosas al oído a su regreso del baño. Algún día haré lo mismo con Annie. Mejía se sorprende con mi presencia en el momento en que le pasa la mano por dentro de la falda, entonces decido montarme en el triciclo y darle vueltas y vueltas al patio como Steve McQueen en *El gran escape*. Muy pronto se va a ir de nuevo a

andar las calles en busca de empleo, pero antes trata de jugar un poco a los vaqueros conmigo. Me apunta con su dedo índice directo al hombro, apaga el ojo izquierdo para afinar el pulso y dice «¡pum!». Sonrío y me lanzo del triciclo para darle gusto. Desde el piso veo la puerta de dos alas que se abre y los vitrales de la parte superior sacudiéndose con el golpe seco de la madera al cerrarse. De repente todo ha quedado en silencio y me restan algunos minutos para disfrutar la casa antes de la llegada del bus. Es una construcción vieja y espaciosa que algún arquitecto diseñó alrededor del patio central, con columnas de madera que sostienen el techo de tapia. Aquí entran soles de colores que me saben a muchas cosas. Por ejemplo, en las mañanas, la luz es la misma que hace brillar los campamentos de indios en Norteamérica. Los domingos cambia un poco y se parece al sol de los hipódromos donde corren los caballos que algún día le darán a Mejía la suerte. Cuando llueve, el aire es igual que en los bosques de Canadá, en los que la policía montada patrulla con sus uniformes rojos impecables. Las noches, a veces, son cubanas, porque se llenan de voces de mulatas que cantan para Mejía mientras se toma sus aguardientes. Pero yo sé que esta casa es mía, y por eso he ensillado con almohadas cada una de las ventanas de los cuartos ubicados en la frontera con el patio. Les he puesto monturas con estribos, y ellas se mueven veloces por montañas amarillas, la sed quema y los peligros rondan. Evito extender mis dominios más allá del patio central. Lo he tomado como una norma desde el incidente de Nieves, que ocurrió cuando estábamos a punto de mudarnos. Laura, en cambio, instaló su costurero frente a la cocina, muy cerca del patio donde está la alberca. A veces la escucho hablando de ruidos extraños en esa parte de la casa. Sé que los muertos nunca se van totalmente de este mundo y temo encontrarme a Nieves acostada boca abajo sobre el agua verde de la alberca. Pese a que representaba un serio obstáculo para mi felicidad en la casa, sentí su muerte como si se tratara de un miembro de la familia. Nieves era vieja, más vieja que todas las otras sirvientas que recuerdo. Tal vez por eso ella no logró entender la división territorial de

la casa y le daba igual entrometerse en el fuerte que deshacer los campamentos indios. Jamás entendió lo que significaba una cobija arrugada sobre la cama. Ella arreglaba todo, colocaba cada cosa en un orden caprichoso e inútil, entonces las bellas montañas del Oeste quedaban reducidas a camas lisas e insípidas como las de cualquier otra casa del barrio. Nieves no sólo desbarataba con crueldad mi universo, sino que me apabullaba con sermones acerca de Dios y del orden, que no terminaba porque se quedaba dormida, arrullada por sus propias palabras. Hasta que ocurrió lo de la alberca. Mejía quiso explicarlo diciendo que la pobre vieja, en su obsesión por la organización y la limpieza, un día trató de cerrar la llave que goteaba agua por la boca del león ciego de la pared. Resbaló y terminó mirando hacia el fondo de la pileta. Pero cuando yo la encontré pensé que se había quedado dormida, como acostumbraba hacerlo en medio de los oficios del día. Después de Nieves no ha habido otras sirvientas en casa. Laura quiso mudarse para huirle a la mala suerte, pero ya era tarde, y desde entonces todos esperamos el golpe de la fortuna que puede estar en las apuestas del hipódromo o en el esperado empleo de Mejía. Mientras tanto Laura hace oficios en la cocina y también cose. Yo, por mi parte, voy al colegio y siempre quiero regresar a recorrer mis territorios. Mejía visita a sus amigos a la caza de alguna propuesta comercial. Asiste a entrevistas para vender enciclopedias, biblias, aspiradoras. Hace pausas para tomar decisiones y entra a tomarse un café en el centro. Escribe en las servilletas, se hunde en el humo de los cigarros de los hombres que hacen negocios a menos de un metro de él. Piensa en aceptar un encuentro con el abuelo Juan, someterse a su cantaleta de suegro todopoderoso y empezar de nuevo. Así se le va el tiempo. Antes de la hora del almuerzo ha agotado los sitios que puede visitar, y pide un trago. Lo mira por un buen rato, balancea la copa agarrada con pulgar y anular, la acerca a sus narices, se inclina hacia atrás y lo engulle. Regresa a su posición normal con los párpados apretados. Luego llega al barrio y se refugia en el granero a pensar en el mar, en Evalú y, claro, en la libertad.

La tía Roxana ha venido a visitar a Laura. Toman

chocolate en el comedor y yo las veo conversar muy serias desde el cañón del Colorado por donde cruzo guiando una caravana de colonos. Mejía casi no puede abrir la puerta. Se ve que ha sido otro día sin resultados. No es de noche aún y ya está derrotado y totalmente borracho. La presencia de Roxana lo molesta y hace cosas que nunca antes había hecho. Laura trata de calmarlo y le dice que mañana será un día mejor. De pronto se sacude de sus manos y va hacia el comedor donde todavía están las tazas de chocolate sin terminar y unas tostadas quebradas en medio de harinas regadas. Detengo la caravana, miro hacia los lados y alcanzo a ver cuando Mejía levanta la pierna rígida, como de un robot, y la descarga sobre la mesa. Laura y Roxana tratan de sostenerlo. Laura lo convence de irse a dormir. Escucho el eco de las puertas cerrándose, el sonido metálico de la aldaba, y de nuevo el silencio grilludo de las praderas del Oeste.

## Tres

Hoy no lo he visto ni he sentido su presencia. Llevo mi caballo del cabestro pues cojea por una piedra incrustada en su mano derecha. No me di cuenta de la llegada del abuelo Juan, que siempre es señal de que algo extraño ocurre. Cuando viene, casi nunca se baja del Chevrolet gris, sino que envía a José, el gigante chofer, mientras él espera fumando y mirando de reojo hacia adentro, donde Laura escucha sus mensajes y lo saluda desde lejos con un ademán suave y cargado de respeto. Esta vez desmonta y entra hasta el costurero de Laura. Aspira profundamente el olor del chocolate que hierve en la cocina, y mira hacia los lados para comprobar que Mejía no está, entonces puede hablar tranquilo, sin preocupaciones, sin cuidarse de lo que piense su orgulloso yerno, y suelta su propuesta de llevarme a la finca durante las vacaciones de mitad de año que acaban de empezar. El abuelo habla sólo para dar órdenes, y esta vez tampoco pidió el consentimiento de Laura. Yo no escucho casi nada de lo que habla con Laura porque llevo con cautela mi caballo hasta un recodo en el que pueda pararse bien y así sacarle la piedra con mi cuchillo indio. En el camino siento el olor de la loción mezclada con el cuero del carriel que cuelga a un lado de la barriga algodonosa del abuelo. La mano izquierda descansa sobre la tapa detrás de la cual seguramente está el revólver. Veo los dedos rosados y curtidos por el cigarrillo. Arriba están la cabeza blanca y los ojitos engafados, con esas antiparras que lo hacen ver más abuelo en medio del asma. Laura me da la noticia del viaje a la finca y me acompaña a empacar la ropa mientras el abuelo Juan regresa al Chevrolet de farolas redondas en donde lo espera el grandote José.

El camino a la finca es largo. Yo sé que poco después de dejar la ciudad los barrancos pardos son eternos a lado y lado de la carretera. Siempre me quedo dormido en la silla de atrás del Chevrolet, preparado para sentir el olor de la gasolina metiéndose por mi piel, el ruido de los pies enormes de José en los pedales, y el esfuerzo de sus brazos velludos al girar la rueda y cambiar velocidades, y la respiración cansada del abuelo que, sin embargo, sigue fumando. Sudo copiosamente y por la esquina de mi boca rueda una babita tibia que resbala hacia el mentón y cae al sillón del carro. El amarillo del sol que me baña el brazo derecho tiene ahora la debilidad de las cinco de la tarde. Despierto a medias y siento que el Chevrolet se ha detenido. Las piernas del abuelo no aparecen en la inmediatez de mis ojos. La respiración del gordote chofer tampoco se escucha en el ambiente. Estoy solo. Ansioso, abro la puerta y desmonto. El suelo me parece húmedo y el color pardo se hace más notorio. Mis botas de cuero seco empiezan a moverse y producen el sonido de diez indios sigilosos en la montaña. Cinco metros de camino y llego al espacio fresco y antiguo de la cantina donde José y el abuelo toman ron con Canada Dry. Ninguno de los dos se da cuenta de que he despertado y me dirijo hacia ellos. Nadie en la cantina, es decir, ni el cantinero ni su mujer de vestido de colorines, me mira. Todos los ojos están orientados hacia el corredor formado por las dos mesas y el mostrador, porque allí hay un hombre de edad extraña, indescifrable para mí. Ni joven ni viejo. Desdentado, fuerte, baila descalzo una cumbia que me suena familiar. Jamás había visto a un hombre bailar solo. Los músculos tiesos, como los pies callosos que raspan la baldosa. Los brazos se cruzan arriba de su cabeza. La mirada cuelga hacia un lado y llega hasta el piso. El hombre sonríe, más porque los espectadores sonríen que por el placer de bailar. Varias veces, sin dejar de golpear el suelo con sus pies duros, suelta los brazos para recoger el vaso de aguardiente que le sirven en el mostrador. No deja de sonreír ni de bailar, y cuando termina de sonar *La pollera colorá*, se arrima con la misma expresión hasta la mesa del abuelo Juan y recibe el billete que le entrega. El hombre se arrodilla a besarle los

dedos rosados.

Es apenas el comienzo de muchas cosas nuevas. Al llegar a la finca el Chevrolet parece entrar a un lago de silencios en el que flotan unos niños huesudos y ventrudos que me miran desde afuera por la ventanilla. El abuelo Juan y el gigante José han descendido y se encuentran en la parte de atrás hablando con el mayordomo, que es un hombre de botas de bombero. Decido bajar del Chevrolet y de inmediato siento el olor a montaña que me pega en la cara. Los esqueletos flotantes pasan junto a mí y se acomodan al lado de José, que les monta en las espaldas uno a uno los bultos del alimento concentrado que trajeron desde Medellín para el ganado. Apenas se estremecen. Se apuntalan y desfilan con su carga caminando como mujeres japonesas hacia una bodega oscura.

Esta noche no he comido. Hace poco rechacé el cerdo frito que preparó la mamá de los fantasmas flacos. Trato de superar la tristeza de las seis de la tarde y miro desde lejos al abuelo que habla con el mayordomo alumbrados por una Cóleman en el centro del comedor. El ruido de grillos y sapos toma un monótono ritmo. Desde aquí alcanzo a ver que en la casa de los peones hay gente fumando y también oigo sus risas y los movimientos de las mulas que rastrillan el hierro de sus patas en las piedras del patio. Pero no me muevo de esta silla de tablas, incómoda, como todo lo que hay en la finca. Parece que la gente de estos lugares disfruta con la dureza de asientos y camas, con la pobreza de los decorados. Tampoco estoy dispuesto a quejarme. Se reirían, empezando por el abuelo Juan, que se ve seguro y satisfecho en esta penumbra. Veo las sombras regordetas de ellos en la pared, y también mi sombra, menuda, demasiado pequeña. La noche será larga, falta mucha oscuridad antes de que salga otra vez el sol y pueda sentirme de nuevo grande y vaquero.

El sueño y la conversación monótona del abuelo con su mayordomo me trajeron a la cama. Creo que me quedé dormido oyendo la respiración ruidosa del abuelo Juan. Sentía cuando chupaba el cigarrillo y reconocía el sonido del lápiz en la hoja sobre la mesa. Ahora ya están acostados los peones. Las noches en la finca del abuelo Juan siempre

suenan a brujas volando por los tejados. El ganado se desespera cuando las mujeres diabólicas cabalgan por los montes hasta dejar exhaustos a los caballos. Dicen que después les hacen trenzas en las crines y sólo al amanecer regresan a sus casas. Escuchando todo este mundo nocturno, añoro las ventanas ensilladas de mi casa, también la voz de Annie cantando *¿Qué será será?*, las sombras de Mejía y Laura bailando en la sala. Este silencio me ahoga. Estoy aquí, horizontal y mudo a diez metros del abuelo Juan que hace rato está dormido. Trato de hablar y sólo me resulta un gritico imperceptible, algo metálico, lo repito un poco más fuerte, y me siento torpe, desamparado. Sin embargo, creo que ya no tengo reversa. Insisto, esta vez pidiéndole al abuelo que se despierte. Y pasan segundos largos hasta que la voz del viejo contesta. «Me duele, abuelo, es el estómago, abuelo, un dolor terrible, abuelo, mándeme con José para Medellín». Y entonces el abuelo aparece alumbrándose con la Cóleman, como un Santa Claus en piyama. «Tómese esto y olvídese de José, él se regresó hoy mismo». Desde este momento me parece que caigo sin remedio en la cantina donde el hombre baila cumbia con los brazos arriba de su cabeza. Siento el eco del clarinete y me abandonan las fuerzas cuando el abuelo se aleja con la lámpara hacia su cuarto. «Ya casi amanece, mijo», me dice, «y se le va a pasar el miedo».

Al amanecer, el cielo es azul brillante. Es el mismo delgado techo azul que viene desde Medellín y que se mete por las ventanas del cuarto de Mejía y Laura y les hace levantarse temprano. Mejía se pone el vestido gris. Saco y pantalón. La camisa está algo raída en el cuello, y el paño del traje ya brilla de puro gastado. Mejía siente que el tiempo se acaba. Lo sabe muy bien en ese día, que anuncia ser caluroso porque el sol llena el patio sin pegar todavía en las baldosas. Laura luce callada, y resplandece cuando camina por el corredor de mis caballos. Afuera la gente saluda a Mejía cuando va hacia la iglesia. Son las mismas beatas que rondan la casa durante sus borracheras. Ahora lo miran y sonríen artificialmente. Ese viento fresco de las ocho de la mañana empieza a desaparecer en el momento en que Mejía dobla la

esquina hacia abajo, justo enfrente de la tienda. Horas después le dará trabajo reconstruir esos segundos en que su pie derecho pisa algo que se mueve, quizá una cáscara de plátano, y le hace perder el equilibrio. Sólo recordará el dolor intenso que se convierte en sudor frío y temblor en la lengua. Una pierna partida en dos. En cuatro. En múltiples pedazos. Los huesos de Mejía son arenas movedizas que no pueden sostenerlo en pie. Días después ya usa muletas y yeso, y ha tenido que abrir la bota de los pantalones para que el tubo blanco quede cubierto cuando sale a la calle o, mejor, a la tienda, porque ha suspendido temporalmente la búsqueda de empleo y ahora pasa los días sentado en los bultos de grano, pensando en otra vida y en otros vientos.

# Cuatro

Ahí está él. Juega conmigo a pesar de que Evalú es su obsesión. Le molesta saberlo, porque ya han pasado muchos años desde ese encuentro en el enorme salón de baile en el que sonaba música de fiesta. Estaba en un puerto lejos de todo, y en un tiempo casi al principio de las cosas, cuando todavía no existíamos ni Laura ni yo, sólo él con las parejas desconocidas que bailaban sin mirarlo, simplemente se dejaban llevar por los porros y boleros que cantaba una mujer vestida de lentejuelas verdes. Los trajes se mecían como un lento oleaje, y cuando miró a todos lados buscando con quién hablar, sus ojos se cruzaron con los de la cantante que en esos momentos agradecía los aplausos de los asistentes. Ella no movió la mirada, y a esa hora él ya no tenía voluntad para conducir sus actos. Podrían haberse quedado así toda la eternidad, y Evalú no hizo esfuerzos por interrumpir lo iniciado porque le dolió ver la desolación de ese muchacho desconocido. Podría asegurarse que no hubo nada de sensual en ese cruce de miradas. Sin embargo, siguieron fijas una en la otra durante un rato largo que incluso obligó a una fanfarria extra de la orquesta para ratificar que su actuación ya había terminado. Lo que siguió después, Mejía nunca ha podido explicárselo.

Sólo sabe que en esa noche se olvidó de todo por unas horas, y respiró con confianza el salitre que vuela en el aire del puerto. En realidad no ha olvidado ni un solo minuto de los de esa noche que se prolongó más allá de la salida del sol, y casi hasta la siguiente. No podría dejar salir de su memoria los pasos de Evalú que la llevaban lentamente hacia él. Ni su mirada de compasión con la que se ahorraron el protocolo y las explicaciones para terminar sentados alrededor de la

misma mesa de ese enorme salón donde las parejas seguían bailando con música de discos.

Se llamaba Eva Lucía Hernández y en su mundo de fiestas y viajes la conocían como Evalú, porque en una de sus primeras salidas, en el momento de registrarse en la pensión donde iba a pasar la noche en un pueblito que ya debe haber olvidado, dijo: «Eva Lucía», y el muchacho que hacía el registro escribía tan lentamente que iba repitiendo sílaba por sílaba todo lo que su lápiz romo apuntaba, así que cuando ella lo oyó decir «E-va-lú», entonces pensó que sonaba como nombre de estrella importante, con algo de francés que la haría atractiva entre su público todavía desconocido. «Así está bien, monito», le dijo, «déjelo así no más: Evalú», y se fue al cuarto a soñar.

Cuando Mejía llegó al puerto, Evalú ya había recorrido decenas de puertos idénticos, y para entonces ya sabía mirar a los hombres sin que pudiera escapársele ningún secreto de los que llevaban por dentro de la piel, y entonces supo que Mejía era un hombre triste, perdido en sus propios sueños. Toda la noche estuvieron dando vueltas y vueltas por las calles del pueblo hasta que ya los pies de los dos no les respondían y sin necesidad de ponerse de acuerdo tomaron el camino del embarcadero, luego doblaron hacia el parque y antes de que pudieran ver las palmeras grandes y viejas de la plaza principal ella lo tomó por el brazo y lo entró por una puertecita de madera sucia que conducía a un corredor estrecho con otras puertas a lado y lado que, después lo sabría, eran otros cuartos tan pobres y baratos como el de la cantante de porros.

Mejía se dejó guiar por los pasos seguros de Evalú. A oscuras se fue detrás de ella, que lo condujo a través de un túnel húmedo de paredes ásperas y maticas sembradas en tarros de galletas ubicados muy cerca de la trayectoria que seguían sus pies. Evalú tenía entonces más de treinta años y la virtud de las mujeres de la noche, que son capaces de brillar bajo las luces de fiesta y verse atractivas y sensuales, disimular sus defectos físicos y proyectar la imagen de otra mujer muy distinta de aquella que luego va a quitarse trajes y

maquillaje frente a un espejo opaco. Pero esa noche no se despintó ni tampoco se desvistió. Contrario a lo que Mejía pensó en ese corredor, Evalú no estaba dispuesta a hacer el amor con él. Lo trató como a un amigo que no tiene dónde dormir. Sacó una botella de whisky que reservaba para una gran ocasión y le sirvió uno a uno todos los tragos que pudo tomarse hasta cuando empezó a enredársele la lengua. Evalú era experta en el oficio de beber sin emborracharse, y de escuchar sin interrumpir. Entonces la noche se fue lentamente a través de la ventana que habían dejado entreabierta, y cuando menos lo pensaron vieron entrar un sol que a Mejía le pareció extraño, pues le producía miedo y al mismo tiempo lo hacía sentir aliviado, como si hubiera dejado en la conversación con Evalú toda la tristeza de su sangre. Mejía la abrazó con fuerza y le prometió quererla hasta el fin de sus días. «Despacio, amigo, vamos despacio», le dijo ella, y le contestó el abrazo con un beso en la frente.

Esa mañana Mejía se quedó dormido mirándola y agradeciéndole su prudencia, pues, luego se lo confesó a sí mismo, si ella hubiera querido hacer el amor se habría tenido que contentar con un cuerpo muerto del cansancio, saturado de camino, lleno de alcohol y traicionado por el miedo.

Dos horas durmió en la cama de Evalú, que sólo entonces se quitó su traje de lentejuelas y se puso cómoda entre un batón de algodón que le nadaba suavemente sobre la piel trasnochada. Sin embargo, no se acostó, sino que inició los oficios de cualquier ama de casa. Lavó platos, vasos y ollas en la cocina, regó las maticas sembradas en tarros de galletas, les puso alpiste a los canarios y comida a los loros. Preparó un café cargado que le hizo recuperar el aliento perdido en una noche entera de confesiones. Cuando Mejía despertó, la oyó cantar un bolero triste en la cocina. El corazón se le movía a más de doscientos por minuto y su cabeza estallaba. Evalú interrumpió su canto para gritarle que podía orinar tranquilamente en el baño del corredor, pero que no tomara agua de la llave. «Si se quiere bañar, dígame, para llevarle jabón y toalla», le dijo cuando Mejía salía caminando pesadamente por el pasillo estrecho. De pronto se encontró

allí, desamparado, lejos de todo lo suyo, caminando a través de la humedad de una pensión, y sin poder dar marcha atrás. Dio vuelta a la llave que dejó caer un hilo de agua. Metió la cabeza y sus recuerdos, luego las manos ahumadas por docenas de cigarrillos, y le alcanzó para mojar un poco el pecho angustiado. Pero después se acabó. «Se acabó», pensó, y esas palabras le mostraron el camino a seguir desde ese momento. Evalú ya lo sabía. «Sí, amigo. Hay cosas que se acaban antes de empezar», le dijo. Entonces Mejía la vio más hermosa que nunca. Adivinó en el rayo de sol que bañaba la jaula de los canarios y se metía por las rejillas de su pelo recién cepillado y por los poros de su batón de algodón, un cuerpo todavía firme, con ondulaciones suaves en las caderas y agudas en los pechos. Las piernas unidas por un territorio que desde ese instante lo iba a obsesionar.

Esa imagen, el dolor de cabeza y las palpitaciones de la resaca, lo acompañaron durante todo el viaje de regreso, que se prolongó hasta la madrugada, cuando empezó a ver las luces de Medellín al otro lado de la ventana del bus que se movía velozmente sobre las calles húmedas y solitarias.

Jamás habló de ella delante de mí. Yo tampoco le hablé de Annie por temor a que no aprobara mi amor. Ambos vivimos con secretos que nos van a acompañar hasta la tumba.

# Cinco

El verano terminó. Los días de calor intenso le resintieron la pierna enyesada. Se ve cansado y ya casi no habla ni canta cuando bebe en el granero de la esquina. Se queda allí hasta tarde, sentado en un costal de arroz, esperando a que se haga más noche y pueda llegar a casa sin la angustia de los ruidos y los olores del final del día.

Son sólo dos cuadras pero a esta hora el camino se le hace largo. Puede sentir el olor de las comidas de cada una de las casas, y las miradas burlonas de las vecinas tras las ventanas. La gordita del colegio de las monjas de La Presentación habla por teléfono en su cuarto iluminada por neones. Mejía recuerda sus ojos verdes, el pelo liso y largo, los dientes grandes. Y también piensa en el muchacho que la visita durante los fines de semana. «Deben estar hablando», murmura, mientras se le ocurre que alguien escucha sus palabras. Pero mira a los lados y no hay nadie. «Evalú», se dice, «qué falta me hacés», y termina en el momento en que llega a la reja negra de la casa. El chirrido de la puerta metálica suena como si tratara de anunciarle la hora. Un poco más de las ocho. Los escalones bajitos y amplios. Los colores verde y amarillo de las baldosas que ahora se ven gris y blanco. Las tres puertas dobles de la fachada. Una, la de la sala, donde bebe y baila con Laura. Otra, la de mi cuarto. La última, la entrada que lo va a llevar hacia el espacio enorme del patio de columnas de madera, el comedor al fondo, mis ventanas ensilladas a la izquierda, el túnel que conduce a la cocina y a la alberca donde Nieves terminó su larga vida. Hay un aire de grillos y un vapor que se levanta del patio mojado. Laura se ha maquillado como todos los días y disimula su olor a cocina con los restos de su perfume. Yo hago mis tareas del

colegio en el comedor. La luz es pálida, como en la piezucha de Evalú. Esta noche Mejía no quiere comer. Se soba con rabia la pierna enyesada. «Un trago, Laura, sólo uno», suplica. Que tiene frío, le dice. Mejía no quiere encender la luz de la sala. Tampoco quiere escuchar sus discos. Una botella de aguardiente reposa en el barcito de espejos. Está casi llena. A un lado un destapador de gaseosas que es una bola de golf con destapador incorporado. Laura hoy no quiere acompañarlo. Se acomoda a coser a mi lado en el comedor. Mejía, entretanto, se levanta de su sillón en la sala oscura y pega su boca de la botella de aguardiente que al pasar le arde en el estómago, en las piernas, en los brazos, y le va a estallar la cabeza. Suficiente con un minuto de bebida sin freno. Ya el mundo se le ha ido de sus manos. Ahora se sienta a esperar.

El universo afuera es silencioso, como el silencio de la finca del abuelo. A esta hora es cuando empiezan a salir de sus escondites los demonios que recorren las montañas y asustan a los arrieros, cabalgan por las mangas hasta dejar exhaustas a las bestias, y se ríen con carcajadas de pánico. Los peones están encerrados rezando el rosario antes de irse a dormir, y aquí, en el barrio, la gente también descansa y recoge fuerzas para la jornada de mañana. Hasta las beatas tienen oficios definidos. Van a misa desde temprano, vuelven a desayunar todavía temprano, salen de nuevo a otras misas, y cuando regresan a casa con las noticias frescas bailándoles en la punta de la lengua, sigue siendo muy temprano. Para Mejía esta es una noche igual a cientos de noches en las que ha estado sin empleo. Pero se siente cansado, como se cansan las beatas del barrio, el tendero de la esquina, Laura, la gordita de la casa vecina, o cualquier sujeto del mundo. Mejía está extenuado. No puede con la pierna enyesada, su cuerpo le pesa, y flota en una noche amarga en la que los objetos se deshacen ante sus ojos. Siente que se diluye en alcohol, que sigue sin empleo y con la pierna hecha astillas. De repente la botella le pesa en las manos, que no logran contenerla, y se va al suelo. El ruido del vidrio mojado y quebrado sobre el piso de baldosas es un estruendo de rifles en las montañas encajonadas. Miro a Laura, que se voltea aterrada. Cuando

llegamos a la sala oscura sentimos el olor penetrante del alcohol apoderándose del lugar. Es un arroyo envenenado del que ha bebido mi teniente del fuerte. Laura trata de controlarlo, pero los brazos de Mejía son vigorosos a pesar de sus cuarenta años, y empuña con rabia el destapador de la bola de golf. Ahora golpea con ella una y otra vez el yeso, que sólo se raja cuando las dos manos poderosas de mi cazador de búfalos desguazan la bota, y entonces aparece una escuálida pierna como de prisionero de guerra comanche. Me acerco y examino con mis propios ojos esa delgadez sorprendente y la blancura triste de una piel sometida a la oscuridad de los últimos dos meses. Laura ha recuperado el aliento y se recuesta en la cabeza sudorosa de Mejía. Sus manos tocan unas lágrimas calientes.

Al llegar a mi cuarto siento con claridad el olor de mi soga de vaquería que traje de la finca del abuelo Juan. Me mantiene alerta a cualquier ataque al campamento que hoy no contará con la fuerza de mi valiente capitán. Entonces acerco el lazo frío a mi cara y puedo dormir tranquilo.

Es muy temprano, y encuentro a Laura en la cocina, cubierto su cuello con un chal anaranjado, mira de reojo hacia la alberca de grifos con caras de leones muertos, recuerda a Nieves y a todas las sirvientas que alguna vez trabajaron en esa misma cocina. Las esquinas del techo son amarillentas y retienen vapores de ollas calientes de muchos años. Hace frío. El viento recorre toda la casa de adentro hacia afuera. Unos tragos de café la inician en la actividad del día mientras recuerda la escena de anoche. El abuelo prometió ayudarnos aunque Mejía no quiera. Entonces quizá hoy sea el día para hablar de promesas y cumplimientos, ahora que Mejía en su desespero se arrancó el yeso y dijo que hará cualquier cosa para salir de esa situación.

Todavía hace frío y apenas empieza a amanecer en forma definitiva. Laura enciende el radio para oír la hora exacta. Esta vez escucho una canción en la cocina que habla de un reino muy lejano donde un rey se pasea por su palacio

cantando esa misma tonada. Me llega como un campanazo de amor hasta mi casa en esa mañana que ahora tiene un sol como el del palacio del rey David. Empaco mis cuadernos en el maletín. Me despido de Laura con un beso en la cabeza. Con un gesto saludo al pasar junto al cuarto donde todavía duerme Mejía, y salgo de mi territorio hacia la esquina donde me recogerá la diligencia. Esa canción es ahora una serie de fragmentos que me remueven el corazón. Entonces miro a la esquina de en frente y veo a Lucía, la pequeña vecina de pelo largo y negro. La canción sigue viva en mi cuerpo, ahora más que siempre, pero ya siento el estruendo de los caballos que halan el coche, y la calle se llena de polvo revuelto con chispazos de cascos briosos y rápidos a través del cual sigo viendo a Lucía hasta cuando la diligencia me lleva lejos del barrio, camino al colegio.

Hoy el alma me arde. Es un terrón de azúcar que se llena de lágrimas, y no dejo de pensar en la canción que me recuerda a la vecina de en frente, también a la campesina de la finca del abuelo, pero, sobre todo, a Annie. Me gusta leer una y otra vez las cartas que le escribo en mi cuaderno. Algún día se las mostraré a alguien, quizá a ella en persona. Es rubia como la de los recortes de películas que desde hace tiempos colecciono. Pelo corto, ojos verdes, color de piel bronceada.

Las dos primeras clases las he pasado demasiado distraído. El profesor es una sombra que se mueve y gesticula frente a los cuarenta niños del curso. En cambio, Annie es real, la tengo aquí mismo, entre mis manos. Siento que no puedo resistir el secreto y el ardor que me produce en el pecho, entonces decido compartir este sufrimiento con el amigo más fiel que puede existir en el universo. Está a mi lado, atento a las bobadas que dice el profesor. Le paso con reverencia y sin sigilo el cuaderno con las cartas de la última semana. «Leelas», digo con los labios pero sin voz. Se las doy al indio Fernández, el más leal de todos, quizá por ser indio, pues ellos manejan los mismos códigos de honor del Oeste. Confío en él aunque me preocupa que haya sido criado por un cura

misionero. Fernández es el apellido del cura. El verdadero nunca se le ha conocido. Pero por ahora sigo confiando en él y me siento más liviano por haber compartido el secreto con alguien que en el recreo me dice que en unos minutos nos encontramos junto a los baños, pues el indio quiere leerlas de nuevo y a solas. Entonces bajo las escaleras en medio de cientos de niños, y no alcanzo a ver a Fernández. Tampoco lo veo durante el descanso.

Empiezo a pensar que el amor y la amistad no pueden vivir juntos. Desde hoy, Fernández no es mi amigo. El indio no resistió el peso de ese secreto ni las palabras de amor de un amigo hacia una mujer hecha y derecha. Entonces invocó la honestidad, los valores morales que le enseñó el cura misionero y decidió asesinar de un flechazo envenenado nuestra amistad. Lo miro fijamente a los ojos que tratan de escabullirse por los matorrales mientras el profesor y el hermano prefecto me acusan de inmoral. «Sí, inmoral», me dicen, arrugando las hojas del cuaderno. «A los ocho años no es posible aceptar esto», grita el profesor, que ha dejado de ser sombra vomitadora de reglas de tres para convertirse en diablo acusador. «¿Quién es Ana?», me pregunta el prefecto con los brazos cruzados sobre su pecho, la barbilla clavada en el babero de Hermano de las Escuelas Cristianas, el diente de plata en acción. «¿Quién es Ana?», repite el profesor. Fernández intenta aparecer tras los hierbajos, pero lo sacudo con una mirada. «No es Ana, profesor», le explico. «Es Annie, la acróbata de *El circo de tres pistas*. La vi en matinal en el Lido», le corrijo y sigo mirando al indio.

Soporto la audiencia con estoicismo. Ahora debo enfrentar a Mejía y a Laura, porque el prefecto llamó a casa para comunicarles el caso y la suspensión temporal de mi asistencia a clases. Tal vez habría sido el momento de hablarle a Mejía de ese amor que tanto me dolió en todo el cuerpo. Posiblemente él se habría sentido obligado a contarme algo acerca de Evalú y todas sus tristezas. Pero no ocurrió así. Al llegar a casa estaba Laura sola, con mi equipaje listo para irme durante una temporada a casa del abuelo Juan. Todo hacía parte de un acuerdo entre Mejía y el abuelo

que nada tenía que ver con Annie y conmigo.

# Seis

La casa del abuelo Juan siempre está limpia y las baldosas son brillantes. Las matas de hojas anchas parecen espejos en los que me reflejo cuando paso por la sala llena de porcelanas, donde hay una mujer de yeso vestida de ninfa con un pequeño bombillo en cada mano. Es una niña con la mirada de los ángeles de la iglesia del colegio. En ocasiones se me parece a un hombre con túnica pegada a su cuerpo indefinible. Siempre está allá en el rincón donde nadie se sienta. La casa es oscura porque el abuelo mandó cubrir el patio central para evitar que la lluvia mojara los corredores del segundo piso. Esta casa huele a pan caliente en el día, y a perfume de mujer en las noches, cuando las tías se arreglan para recibir amigos en la otra sala, donde la abuela Solina pueda verlas desde su silla de inválida.

Van a ser días de tregua estos que se avecinan. Nadie va a hablarme del incidente de las cartas para Annie, por lo menos durante mi estadía en casa del abuelo y, posiblemente, cuando regrese de nuevo a mi territorio ya se habrán olvidado de todo. Por el momento empiezo a reconocer los valles y las montañas. Dejo señales en cada lugar donde he acampado y me dirijo ahora al segundo piso, guiado por un repentino silbido del viento que huele a mentol y a infusiones de sal. Es la tía Judith. Siempre es así. La placidez de la casa se interrumpe bruscamente por sus ataques de asma que parecen huracanes enjaulados. La observo desde la puerta del cuarto, que también será el mío durante esta temporada, pero no me atrevo a entrar porque la vieja lucha por atrapar aire para sus pulmones. Parece un cocodrilo cazando zancudos en el pantano. Judith está sentada en su cama, los pies desnudos y viejos sobre el piso, las manos artríticas empuñadas golpean

suavemente el colchón. Hace esfuerzos, abre su boca. A veces creo que sonríe, luego ella se levanta y trata de caminar persiguiendo el hilillo de aire que no quiere entrar a su cuerpo. Desde el patio la abuela Solina grita y da golpes con su bastón. Por fin llegan las tías con más agua caliente y sales para dilatarle las vías por donde transita la respiración. Cuando todo se calma y la tía Judith, exhausta, se recuesta nuevamente en su cama, ayudada por cinco almohadas que la mantienen siempre erguida, entro al cuarto y coloco mi maleta en el piso, esforzándome por no hacer ruido. Luego me acerco al nochero de la tía abuela y encuentro a sus viejos amigos del mar: Dick Turpin y el Corsario Negro. Ahora comprendo, Judith ha estado leyendo de nuevo esas aventuras que nos unieron desde el principio de la vida, y seguramente no ha dormido un instante en toda la noche anterior. Se la habrá pasado fumando cigarrillos sin filtro hasta volverlos del tamaño de una uña y luego, como acostumbra hacerlo, los habrá atornillado uno a uno en el cenicero dorado. Tendré que esperar un poco hasta cuando la vieja se calme y recupere sus fuerzas para entonces pedirle que me hable de piratas.

Mi buena relación con la tía Judith ha sobrevivido a decenas de episodios asmáticos y a innumerables situaciones en las que ella ha creído en mi palabra por encima de todo. Estoy seguro de contar con ella cuando se hable de las cartas para Annie. La vieja tiene la sabiduría de los libros y sabe que lo mío fue una defensa contra la melancolía. Pero tendré que contarle todo acerca de mis sentimientos y de la belleza de la trapecista. Tampoco ella perdonará la traición del indio Fernández. En cambio, ya veo venir a Roxana y a Julieta danzando alrededor del fuego, pidiendo mi cuero cabelludo, pero tendrán que esperar el momento, pues el ataque de Judith ha sido más fuerte de lo acostumbrado y ahora sólo se habla de ella.

Los reflejos del televisor hacen ver a la abuela Solina de un color azul como de muerte. Ella es morena y le gusta vestir batones con estampados sioux. La sirvienta le lleva la comida en un charol que coloca sobre una mesita de ruedas que

encaja alrededor de sus piernas secas. Abajo huele a fríjoles con cerdo y la mesa del comedor suelta humo blanco de tres hogueras provistas de cubiertos de plata y copas metálicas. He estado rondando el cuarto de Judith y siento la calma de las sales que ahora flotan junto a la vieja. Ella resuelve un crucigrama mirando la revista a través de sus gafas blancas, soltando chillidos por la boca extenuada. «Ya se calmó», pienso al bajar hacia el comedor donde las tías ya me esperan.

El plato del abuelo Juan lo sirven cuando todos nos hemos levantado de la mesa. A él le gusta comer frío, saborear la comida abriendo la boca, dejando ver sus dientes amarillos mezclados con el color oscuro de los fríjoles. Pero aún no llega. Todavía está en el almacén y ahora habla de negocios con Mejía. Los acompaña Teresa, su empleada de confianza, que destapa una botella de aguardiente sin quitar su mirada de los ojos de Mejía. «Salud», dice el abuelo, pero Mejía rechaza el trago. «Está bien. Entonces, a los negocios», dice el abuelo autoritariamente mientras Teresa vuelve a llenarle el vasito de cristal opaco. Todos los demás empleados ya se fueron. Mejía mira hacia el primer piso y ve las baldosas empolvadas, los estantes llenos de zapatos empacados en papel blanco, los mostradores largos con metros pegados en la madera donde cortan las telas. Desde afuera entra una luz débil que sólo chispea un poco en las cercanías del aviso de neón. «Almacén Calzado Luz», piensa Mejía, como tomando conciencia del sitio de su reunión. Sobre el escritorio enorme ve las chequeras del viejo, y descubre allí un aire de abuelo. Sigue el movimiento de sus labios al decirle cómo será el nuevo almacén, justo al frente del Calzado Luz. «Ropa y zapatos. Nada de telas», dice. Teresa sigue llenando al viejo de aguardiente, luego aparenta limpiar con un trapo rojo el escritorio. No quiere perderse de nada. El abuelo es un zorro jugado. Calienta la lengua con el trago y deja que le sonrían los ojos, pero no olvida su rumbo. Entonces, poco a poco, rodea a Mejía hasta cuando está seguro de tenerlo bajo su tacón. Ahora le habla de su pobreza, su desempleo, su afición por el alcohol. Y lo hace sin frenos porque sabe que Mejía no

va a moverse de esa silla hasta cuando hayan convenido los términos del negocio. Mira al abuelo que sonríe mientras le soba la nalga derecha a Teresa con su mano izquierda.

Hacia la medianoche el Chevrolet gris se aleja con Teresa y con el viejo en el sillón trasero, el gordo José con su pequeño sombrero conduce a través del aire nocturno del barrio Guayaquil. Desaparecen lentamente y al cabo de unos pocos minutos es como si nunca hubieran estado frente a sus ojos.

Mejía se queda allí solo, mirando el espacio vacío y oscuro donde empezará un nuevo capítulo. Abre las rejas del garaje vacío, aspira el olor del polvo encerrado en ese pequeño espacio. Los avisos luminosos de los otros negocios forman una ve en la distancia, por donde sólo transitan prostitutas y ladrones. Mejía se mueve despacio, sin querer irse del todo a pesar del dolor en su pierna. «Hay que cambiar el piso, revocar las paredes, adecuar la trastienda, arreglar tuberías, instalar lámparas, armar estanterías, pero, sobre todo, conseguir gente», dice Mejía entre dientes, y su voz no logra despertarlo del ensimismamiento.

Al día siguiente está de nuevo en Guayaquil, mirando su barco todavía sin forma. Es apenas un hueco de pocos metros de frente, anclado en medio de muchas naves prósperas y tan antiguas como el almacén del abuelo. Desde adentro se ve cruzar el mundo, y Mejía hace planes para tener el mejor negocio de la cuadra. La música de afuera le trae fresquita a Evalú, y ya no siente nostalgia del mar. Sólo sonríe, como si le acariciara la cabeza a ese recuerdo del puerto.

Sin darse cuenta, el día se fue. Quedan la noche y las mujeres en las calles. Un hombre se acerca a la reja empolvada y Mejía lo ve como un cadáver agudo. Es un hombre de piel color de preso, nariz afilada como una navaja, el mentón dulce y los ojos preguntadores. «Patrón, ¿le ayudo?», le dice. Mejía se acerca a los rombos de acero plateado de la reja y ve sus piernas cascorvas. Unas largas uñas pasan frente a sus ojos, y en esos momentos piensa que es un bandido. Pero el muchacho insiste en ayudar: «Yo soy bueno para echar pica y pala, para empezar cosas, patrón»,

dice. Entonces a Mejía empieza a parecerle un bandido adorable y decide jugársela abriendo la puerta. Al garaje abandonado se mete un resplandor de madrugada, y el hombre da dos pasos adelante: «Yo me llamo Arquimedes, patrón, y conocí al viejo tacaño de esta prendería», dice, para iniciar la historia. «Se quedó con mi bicicleta nuevecita. Era una garulla, pero todos teníamos que venir a donde él. A un amigo le hizo firmar un papel en el que le decía que, si no le pagaba a tiempo el préstamo, entonces él mismo podía ir a su casa y acostarse con su mujer las veces que quisiera hasta quedar cancelada la deuda. Y fue. Armado y con el papel en una mano. Entonces tuvieron que dejar que el viejo le hiciera de todo delante de mi amigo. Ella anda por ahí, trabajando en los bares. Y él parece un idiota aspirando pegante en las esquinas». Por un momento Mejía deja de pensar que se encuentra en manos de un bandido. Lo mira lamentarse por la suerte de sus amigos, y descubre una especie de ternura en esa piel de difunto. «¿Y qué pasó con el prestamista?», le pregunta, para sacarlo de su tristeza. «Se fue con la empleada. Una niñita de senitos duros y blanquitos a la que los papás traían todos los días a las siete de la mañana y la recogían a las siete de la noche. Pero un día esto amaneció vacío y no se volvió a saber nada de ellos». El Arquimedes saca un paquete de cigarrillos de sus calcetines. En un ritual que tarda varios segundos, acaricia con sus uñas de bruja el que se va a fumar, luego lo golpea contra el calcio de su pulgar izquierdo y por fin se lo lleva a la boca mientras una mano que no parece suya le enciende un fósforo que lo ilumina por un instante en medio de la soledad del garaje. «Mire, patrón», le dice a Mejía. «A usted le va a tocar muy verraco. Todo el mundo va a querer que usted se quiebre rapidito, porque este hueco está salado». El muchacho hace un esfuerzo con sus mejillas para aspirar el cigarrillo. Cierra los ojos y camina con sus piernas encorvadas. Pasa frente a Mejía y habla lentamente: «Pero ¿sabe qué? Ya encontró a un negro teso para el trabajo», le dice, y le tiende la mano olorosa a cigarrillo. Esa mano huesuda y uñosa le transmite a Mejía una especie de tranquilidad que le hace olvidar que son las dos de la mañana

y que Laura debe estar despierta esperándolo. «Traete una pica y una pala, negro. Vamos a madrugarle a la pobreza», le dice Mejía, y el Arquimedes sonríe y suelta una nube de humo por las narices. Echa los hombros hacia atrás y la pelvis hacia adelante. «Ya vuelvo, patrón», le dice y sale a la noche avanzada, camina por callejones sucios de basuras de las pensiones, y se pierde en la oscuridad de unas escaleras que lo hacen desaparecer del mundo.

El Arquimedes regresa con el escándalo de una carretilla en la que trae las herramientas. Lo rodean tres mujeres de piel pálida pintadas de rojo en las mejillas y de azul en los párpados. Al principio no quieren ayudar. Han ido a burlarse de su amigo y a curiosear en las ruinas de la antigua prendería. Pero él, sin alterarse, las compromete poco a poco, pidiéndoles que alumbren con las velas mientras rompe baldosas con el cincel. Luego les encarga la carretilla para sacar escombros, después le pide un beso a cada una, un masaje en la espalda para el obrero, una sonrisa para Mejía, el patrón, y así, al dar las cuatro de la mañana, ya no hay rastro del suelo que pisó el prestamista, antiguo ocupante del local.

Es suficiente por esta noche. Además, la pierna le duele a Mejía como un demonio y ni siquiera tiene dinero para tomar un taxi. Al salir, Mejía mira a las muchachas, a quienes el sudor les ha corrido el maquillaje. Se ven tristes y cansadas. Rodean al Arquimedes con sus brazos flacos, lo besan en la piel verdosa. «A las ocho, patrón», le dice a Mejía, que ha empezado a caminar hacia la casa. «A las siete, negro», le responde.

Sólo le quedan dos o tres horas para llegar a la casa y tenderse unos minutos al lado de Laura. Luego bañarse y arreglarse de nuevo para regresar. Toma el camino por donde pasa el bus de Manrique con la esperanza de encontrar uno antes de tirarse cincuenta cuadras en pendiente. La ciudad está fría. Los basuriegos se levantaron temprano y escarban las canecas que la gente sacó a las calles. Un bus destartalado se acerca por detrás de sus oídos. El chofer está recién bañado y tiene la mirada como de condenado a muerte. Mejía se sube

con dificultad porque la pierna le pesa y le duele todo el cuerpo como si tuviera cien piernas quebradas. Se sienta en la segunda banca, muy cerca de la salida que hay en el medio. El ritmo del bus y el frío de la madrugada son aliados del cansancio. Mejía se duerme y se ve a sí mismo dando martillazos en el piso de un palacio enorme donde el Arquimedes hace el amor con seis mujeres de caras pintadas. Sus golpes son cada vez más fuertes y continuos, hasta cuando el piso se hunde y las mujeres caen despacio sin deshacer el nudo humano en el que el Arquimedes es el centro. Abajo está un hombre de bigotes enroscados en las puntas, cargaderas gruesas, y lentes de rabino que se apresta a sacrificar a una jovencita desnuda, de senos duros y blancos. «Es el prestamista», piensa. Estaban debajo del almacén, por eso nadie los vio salir y desaparecieron sin dejar rastro. ¿Y ahora? Si el abuelo Juan se entera se daña el negocio. Hay que guardar el secreto. Pero recuerda que el Arquimedes también se hundió. Entonces ¿lo traicionará dejándolo allá con esa bestia? Todo está en sus manos cuando el bus frena con violencia para recoger a unas monjas que van hacia la iglesia de Manrique. «Suban, hermanitas», les dice el chofer. Entonces Mejía hace un esfuerzo por separar los párpados y reconoce el vecindario que ya empieza a aclararse. Al bajar, piensa en el Arquimedes que se quedó allá en las profundidades del almacén. Sonríe y se siente como un gusano que acaba de cometer una traición al quedarse callado. Sí, ahora es un traidor, pero con oficio conocido.

# Siete

En casa del abuelo Juan se hablaba todo el tiempo de Guayaquil como un territorio destinado a los hombres. Por primera vez escuché el nombre de Mejía mencionado con amabilidad cuando las tías Roxana y Julieta dijeron que él, por fin había empezado a trabajar allí, donde el abuelo ya llevaba más de treinta años sin faltar un solo día. Lo dijeron satisfechas, casi en coro, y siguieron en sus oficios de la casa. Pasó un tiempo antes de que yo pudiera entender qué era ese tal Guayaquil, tan importante como para que mi capitán me dejara en el exilio a órdenes de las tías, la abuela Solina y, por supuesto, la tía Judith, quien resultó ser la persona que me hizo olvidar el dolor de vivir lejos de mis montañas y desiertos.

Judith es una mujer de cabello grisamarillo. Lo mantiene bien recortado, y se le ven el cuello viejo y las paticas de sus gafas agarradas alrededor de las orejas. El pecho le silba al respirar. Huele a anciana fumadora y a libros viejos. Los últimos treinta años los ha pasado en esta casa de Solina y Juan, y ya tiene cuarto propio, puesto fijo en la mesa y sillón en la sala del televisor. Hace un tiempo me habló de Dick Turpin y otros nombres que menciona a menudo como viejos amigos. Son historias que mantiene guardadas en su mesa de noche y que a veces me deja leer a pedazos. Judith me permite jugar a solas en los oscuros rincones de la casa, y no me obliga a confesar mis pensamientos. Por eso ahora paso la mayor parte del tiempo muy cerca de ella. No nos hablamos porque cada quien está en lo suyo. Judith en sus crucigramas y lecturas, yo en mis montañas peligrosas.

En las noches, a esta casa entran el viento de la calle Ecuador y el ruido de los pitos de los carros. El ambiente me

huele a mujer grande y a los dulces que las tías manosean mientras conversan recostadas contra la puerta con sus amigos de saco y corbata. Por lo general ellas se entran a las nueve, cuando el abuelo Juan llega en su Chevrolet y pasa junto a los hombres que las visitan, los saluda con un toquecito en el sombrero que luego se quita y lo pone al lado del saco en el perchero. Después se mete al baño a hacer el ruido de un caballo orinando. Entonces todas las hijas se sientan a la mesa a acompañar al abuelo Juan mientras él come y hace sonar su boca. Yo a veces bajo a acompañarlo y a hablar de los caballos de la finca. Pero casi siempre me quedo viendo televisión con Judith y Solina en un salón oscuro al pie de las escaleras desde donde se oyen los chasquidos de los dientes del abuelo que muerden el tocino y saborean los fríjoles fríos. Ahora pienso sólo en Elizabeth Taylor, la actriz de quince años de la serie *Fuego de juventud*. No puedo vivir sin ella, el recuerdo de sus ojos claros me acompaña todo el tiempo. Le pedí a Judith que me compre la revista con la historia y las fotos de esa mujer. Judith me soba la cabeza con sus dedos torcidos y se acomoda de nuevo en su sillón. El abuelo Juan llega al salón del televisor antes de que se termine la película. Yo debo quitarle los zapatos y los calcetines al viejo. Lo hago sin apartar la mirada del televisor, pensando que el abuelo, como siempre al final del día, tiene los pies hinchados, y los calcetines le dejan marcas en la piel rosada. Contesto mecánicamente a las preguntas del viejo, y luego, con una señal de Solina, me voy a dormir pensando en Elizabeth Taylor.

Los ruidos nocturnos de Judith me despiertan a la medianoche cuando ella se prepara en su colchón para leer hasta la madrugada. Escucho el peltre de la bacinilla rozar el piso debajo de la cama. Espero un rato hasta cuando se diluyen en el aire los vapores calientes de la orina, luego miro a través de mi cueva de algodón a la vieja sabia que sigue nutriéndose de historias en esos libros amarillos. Le hago prometer que al siguiente sábado buscaremos la revista de la película, y ella me responde: «Si esa tal revista existe, te la compro, pero prométeme que no le vas a escribir cartas de

amor en tus cuadernos». En esos momentos siento que el cuerpo se me hiela. ¡Ya sabía todo! Estuvo callada todo ese tiempo desde el día del escándalo en el colegio con el indio Fernández, el traidor. Había guardado silencio y seguramente se enfrentó a las tías, a Laura y a Mejía, para que no me regañaran. Judith es una especie de autoridad por encima de todas las autoridades de la familia. A veces no logro entender su verdadera naturaleza ni su historia. Sólo veo su presente de vieja asmática rodeada de sus sobrinas, las hijas de Solina y el abuelo. Ella me ha dicho que alguna vez tuvo un marido. Un marido que se murió muy pronto y no le dejó hijos ni fortuna ni nada. Me parece una especie de santa que todo lo sabe y a la que nadie se atreve a discutirle. Ni siquiera el viejo Juan, su cuñado, el hombre que mantiene la casa con todo lo necesario, incluidas sus escasas necesidades de cigarrillos, revistas de crucigramas, periódicos y libros de segunda que compra en las esquinas del centro. Judith camina por los corredores con el mismo aire de tranquilidad con el que el papa recorre el Vaticano. Sabe que, mientras viva, hasta las paredes le harán reverencias y no tendrá que preocuparse por nada distinto de caminar con altivez para que nadie ponga en duda su investidura. A Judith la respetan a pesar de ser una inquilina improductiva económicamente desde hace más de treinta años. La dejan fumar en los espacios que ella misma se ha asignado como propios. Revolotean cada vez que le da el ataque de asma, y siempre la escuchan a la hora de tomar decisiones que tocan el rumbo de la familia. Es una hechicera sioux que nunca pierde la compostura y que habla sólo cuando debe hacerlo. Mientras tanto se pasea por el valle, lee a cualquier hora, o se sienta en las grandes rocas del cañón, sostenida por la suela rugosa de sus mocasines, a resolver crucigramas en silencio.

Judith es mi amiga incondicional. Ahora mismo me lo demuestra caminando por todas las calles del centro de la ciudad, preguntando en cada esquina a los revisteros si tienen por casualidad un ejemplar de *Fuego de juventud*, la revista de la serie de los martes en la noche. No se amilana cuando los vendedores le contestan secamente que esa revista no existe.

No haga caso, mijo. Sigamos buscando hasta ver si algún ignorante de estos la tiene. Camino a su lado, pienso en los ojos claros, que deben ser azules, de Liz Taylor a los quince años. La confianza de Judith, la seguridad con que les habla a los venteros de revistas, me llena de fe, y cada vez que nos detenemos a preguntar, el corazón me galopa. Pero las esquinas se agotan y los pies de Judith estallan dentro de los zapatos de tacón. Nos hemos detenido varias veces a tomar refrescos para sacarnos un poco el sol que se nos mete en el cuerpo. La miro intentando descubrir signos de molestia en su rostro de hechicera india, pero sólo encuentro seguridad en esos ojos verdeazulblancoamarillos que se han devorado todas las historias del universo y que parecen no alterarse por el cambio de paisaje que empieza a ocurrir en esta larga travesía. Ahora la gente viste colores vivos y brillantes. Todos caminan como al garete, desconfiados, fugaces. Cada veinte metros suena una música diferente y nostálgica, mezclada sin piedad con el aire caliente y oloroso a pantano viejo que me produce un extraño vacío en el pecho. Judith no se altera por los gritos que anuncian ofertas en los almacenes ni por la tristeza de las mujeres que ya han salido a venderse. Guayaquil es un pueblo vaquero que recorremos lentamente, como reconociendo un escenario donde habrá tiroteo. Los edificios son grandes, con ventanas cuadradas estilo guillotina, con antepechos capaces de sostener a un francotirador sin peligro de que sus botas resbalen. Por las cornisas puede treparse un ágil vaquero, o un indio. Yo mismo podría recorrer cuadras enteras por encima de las cabezas de la gente sin ser visto.

Judith me toma de la mano para halarme hacia un espacio oscuro en donde reina una tonalidad naranja en medio de la cual una docena de hombres y mujeres, ubicados detrás de mostradores largos, llenos de rollos de tela, sonríen a nuestro paso. Subimos por unas escaleras estrechas que se apoyan en la pared. Arriba está el abuelo Juan, rosado y blanco, de anteojos en la punta de su nariz redonda, sentado en su silla de madera con cojín en el trasero para amortiguar la dureza. Habla por teléfono en medio de su asma. Aspira un cigarrillo.

Saborea un café. Sonríe cuando me ve. «Siéntese», le dice fríamente a Judith sin mirarla. Pero ya ella está sentada y se ha quitado los zapatos que le aprisionan los pies hinchados. No hay mucho de qué hablar, y además el abuelo es hombre parco en palabras y Judith está cansada de tanto caminar. Ella sólo espera que yo la libere de esa obligación de la búsqueda. Quiere que sea yo mismo quien decida regresar a casa sin frustraciones.

En realidad resulta más fácil de lo que Judith creía. El abuelo me regala una correa de cuero con hebilla del DIM. Los colores rojo y azul me parecen signos de fuerza y hago preguntas acerca de los jugadores, pero el abuelo sólo sabe decirme que se trata del campeón del 57. «Es la danza del sol», interviene Teresa, que ronda el escritorio sobando todo con un trapo húmedo. Pero tampoco sabe explicar de dónde viene el nombre sonoro, alegre y cálido del equipo que juega como si los ángeles estuvieran mirándolo. «Los futbolistas a veces vuelan y uno no se explica cómo lo hacen», dice un hombre flaco, de manzana puntuda en la garganta, que ha subido a pedirle al abuelo que autorice un pedido de zapatos fabricados en Envigado. Todos lo miran hablar sin parpadear. Sus palabras son seguras y parece como si se tratara del momento en el cual un iluminado revela un misterio. El abuelo derrama una línea con forma de pelícano sobre el papel que le lleva el flaco. Este da media vuelta y al pasar junto a mí me acaricia la cabeza mientras dice a manera de secreto: «Es el mejor equipo del mundo». Miro a Judith buscando en ella una afirmación de esas palabras, pero la hechicera sioux sólo se preocupa en esos momentos por el ardor de sus pies y el camino que todavía nos separa del campamento.

Antes de salir, el abuelo me echa un billete en el bolsillo del pantalón cuidando que Judith lo vea. Ella sabe que es el dinero para tomar un taxi y regresar a casa. Deshacemos el camino de tonos naranja oscuros en el almacén y llegamos de nuevo a la bulla y al calor de Guayaquil. Por un instante ella duda acerca de la dirección a seguir. Al fin regresamos bajo las cornisas y los alares de ventanas que podrían proteger a

los fugitivos de cualquier prisión del Lejano Oeste. No me doy cuenta de que en la otra dirección está Mejía, sólo unos metros más allá del almacén del abuelo. No alcanzo a escuchar los sonidos de martillos, cinceles, palustres y copas de aguardiente, que vienen de la antigua prendería del judío y que se mueren en un volcán de pitos de buses y gritos de gente que vende de todo. He perdido la oportunidad de verlo moldear con sus propias manos la nave que tanto ha perseguido y que lo hará de nuevo capitán.

# Ocho

Hace ya más de un mes que Mejía trabaja en el garaje donde funcionaba la antigua prendería del judío de las cargaderas gruesas. El tiempo ha pasado rápido, sin pausas. Los carpinteros dan los últimos retoques a las estanterías y ahora hay un camión en la puerta en el que traen los mostradores recién pintados, como nuevos, con las cicatrices de su trajín anterior escondidas tras un maquillaje de última hora. Son cuatro cajones de madera gruesa con vidrio al frente y puertas corredizas por dentro. Dos de ellos vienen de un pueblo cafetero donde sirvieron durante veinticuatro años en la tienda contigua a la iglesia, de propiedad de un español que vendía muñecos de cuerda, barajas, telas, compraba café a los productores de la región y era además dueño del único teatro de los alrededores. Era vasco y le gustaba apostar y hacer el amor a puerta cerrada en su tienda, cuando todos en el pueblo dormían. En esa forma evadía la vigilancia de su esposa, una gorda de manos pequeñas y voz de soprano que cantaba en el coro de la iglesia. Sus aventuras terminaban casi siempre en jadeos sobre los mostradores en medio de la oscuridad de la tienda. Y allí también apostaba a los dados cuando no había tenido suerte con las mujeres. Elegía a cualquiera que se dejara retar. A veces jugaba con el alcalde, otras veces con los concejales, o con el cura de un pueblo vecino que tenía también sus mismas aficiones. Pero no se sentía mal si era un peón de alguna finca el contendor de turno, como aquella vez, cuando un hombre de bigotes gruesos como los suyos llegó a la tienda poco antes de cerrar, a una hora en la que ya el pueblo olía a tocino rancio frito y en las casas se rezaba el rosario. Era un peón como cualquiera de los que trabajaban en las fincas de café. Llegó en una mula

negra de unos ojazos que relampagueaban como los cascos en las piedras. El español se quedó mirándola y no le contestó cuando el hombre le dijo que le vendiera un naipe. Parecía embrujado por la bestia que también lo miraba fijamente a los ojos. Como no le contestaba, el hombre se trepó de nuevo en el animal que retrocedió dos pasos y soltó un rebufo que estremeció las vigas de la tienda. «Vamos, Diabla», dijo el peón, y dio media vuelta. Fue entonces cuando el vasco despertó de su atontamiento y le gritó: «Oiga, ¿no la vende?». El hombre, a quien todos conocían como La Pulga, famoso por sus andanzas nocturnas en los montes jugando a las cartas y buscando duelos a machete, lo miró por encima del hombro izquierdo y le dijo: «Yo no vendo nada, pero todo lo juego». Por un instante no hubo un solo ruido en el universo. El viento pasaba en oleadas silenciosas revolviendo el cabello del español, doblando las alas del sombrero de La Pulga, bañando en un aire misterioso los ojos de Diabla. «Entre, pues», dijo el español. Fue un trato rápido, como si estuviera preparado de antemano. La apuesta inicial del vasco fue de mil pesos contra Diabla, pero La Pulga se levantó sonriendo en señal de desprecio, ante lo cual el español le dijo que fijara él mismo las condiciones. Fue entonces cuando propuso: «Mula contra tienda». El español golpeó con el puño sobre el mostrador y miró con rabia al peón. Iba a echarlo y cancelar el juego, pero en esos momentos escuchó de nuevo a Diabla rebufando y tratando de soltarse las amarras. Entonces sintió que un viento frío le recorría el cuerpo, y no podía moverse de allí. Pasaron unos segundos largos, en los cuales el español no pensó en nada ni pronunció una sola palabra. Sólo cuando La Pulga hizo un ademán como para irse, los labios se le despegaron y dijo: «Está bien, pero los sacos de café no entran». La Pulga aceptó y lo invitó a cortar el naipe nuevo. Con los primeros movimientos de las manos del peón, el vasco supo que estaba perdido. «Se mueve como el diablo», pensó mientras miraba su juego, y no le sorprendió el resultado del trance del que salió perdedor. Fue como si lo hubiera estado esperando todo el tiempo. Sólo le pidió unos días para vender el café almacenado. Luego pasó la mano

derecha por la superficie de los mostradores, y se despidió del hombre y de su mula negra. A partir de esa noche la tienda siempre estuvo cerrada y nadie registró movimientos hasta el día en que llegó un camioncito Ford a llevarse los mostradores por encargo de alguien que tenía en su poder las llaves de la vieja tienda del español.

Los otros dos mostradores eran de una compañía minera que quebró a principios de siglo. «Muebles con historia», dice Mejía con orgullo. Y ahora los tiene allí, listos para empezar otra historia. La gente de la carrera Carabobo mira con curiosidad la llegada de los muebles para el nuevo almacén. El abuelo Juan cruza la calle sin mirar el tráfico de carros. Mejía lo ve venir con su caminado de piernas que salen hacia los lados, camisa blanca remangada hasta los codos, corbata café revuelta por el viento. Acerca su cara rosada y asmática para inspeccionar. Hunde la uña del pulgar derecho en la madera recién pintada, le da dos suaves puñetazos encima y acaricia el vidrio. «Ahora sí, pida la mercancía», dice y se va de regreso hacia su Calzado Luz.

Arquimedes ha escuchado las palabras del viejo y espera a que se vaya caminando sin importarle los carros que pitan en la calle. Se le acerca a Mejía y lo toma por el hombro derecho para decirle un secreto: «Ya somos almacén, ahora dígame cómo nos vamos a llamar». Mejía sonríe al sentir que por el cuerpo le camina un frío agradable. «Almacén Caballero, en la moda el primero», dice y se va a buscar la botellita de aguardiente que mantiene a medio llenar desde hace un mes. Ese día llegan visitas de la cuadra. Entran, saludan a Mejía, el Arquimedes califica las reacciones del patrón por sus gestos que significan el grado de confianza que le debe brindar a cada uno, pero Mejía está feliz. Ya ordenó los primeros pedidos de mercancía: zapatos, ruanas felposas, sacos de lana de colores picantes, chillones, por recomendación del Arquimedes que ha estado al tanto de cada detalle. Al final del día el almacén está lleno y organizado como un sueño nuevo. Por su geometría rectangular caminan el Arquimedes, el Hernán y la Luzaída. Mejía los mira y se frota las manos, luego se soba la cara.

El Hernán es un hombre de poca estatura y poco pelo. Un montecito de cabello rubio en el principio de la frente parece un canario dormido. Es flaco y se sube los pantalones con los codos. Las manos las usa sólo cuando es inevitable, como en el momento de saludar y ofrecer sus servicios. La Luzaída es otra cosa. Tiene piernas delgaditas, pero la falda le dibuja unas caderas de línea suave y superficie dura. Los labios son delicados, las cejas negras, y habla como una niña de diez años. Ahora son cuatro, y el almacén se ha tragado a Mejía. Laura ha estado sola muchos días pero está feliz porque nuestro capitán ya tiene barco.

«Ya somos cuatro, Laura, el almacén está lleno de cosas para vender, está gordito y rojo de salud como una manzana», le dice Mejía. Ahora es un chorro de palabras en el que se cruzan Luzaídas, Hernanes, Arquimedes, ruanas, botas, clientes, calor, canciones, saludos desde todas partes en la cuadra, y todo eso a Laura le sabe a principio de fiesta, a preparativos de feria, entonces le acaricia las manos redondas que sirven el último aguardiente antes de la comida. Le pasa los brazos por el cuello sudoroso y empolvado, le besa el cabello grasoso.

Esta noche está feliz, y Laura acepta bailar un bolero con él. El caserón les pertenece por completo y no se preocupan por la oscuridad que flota en la alberca de la vieja Nieves, ni por el viento frío de mis montañas, ni por mi ausencia, que se ha prolongado demasiado.

# Nueve

Son las cinco y treinta de la tarde y acabo de llegar del colegio. En casa del abuelo Juan, a esta hora siempre huele a fríjoles y a tocino frito. Al subir las escaleras siento un pálpito que termina confirmándose cuando descubro que las hechiceras están reunidas en consejo jugando a las cartas en medio de la oscuridad que ya casi es total en la montaña. Son cuatro ancianas que me miran con frialdad para soltar su sentencia: «Hoy se va, mijo. Después de comida, José lo recoge», me dice Judith aparentando indiferencia, sin poder evitar que se oiga el silbido de su pecho. No pregunto nada, pienso en Mejía, en Laura, en mis terrenos. Me voy al campamento a preparar el equipaje, pero ya Judith lo ha hecho por mí. Dos maletas. Una con ropa, otra con indios, vaqueros y piratas de papel, rígidos por el cartón que les he puesto de soporte para que se sostengan de pie. Van metidos entre revistas y libros heredados de ella en los que hay nombres de aventureros famosos escritos a mano: Batanero, Corsario, Cisco Kid, Charrito de Oro, Cassidy, como constancia de que ya esas historias han sido contadas por lo menos una vez. El olor del mentol me hace recordar los cada vez más frecuentes ataques de asma de Judith, su respiración chillona en las noches, su figura de dragón blanco y viejo, leyendo recostada en la cabecera de su cama al lado de una lámpara de cristal amarillo esmerilado, envuelta en el aire denso del humo de sus cigarrillos. Ahora la veo allá sentada con Solina, Mistermortis y la dueña de la panadería de Manrique, doña Elisa. Juegan a las cartas de una manera insípida porque manosean caballeros, reyes y damas, cálices, monedas de oro, garrotes enormes, espadas y princesas, sin darse cuenta del mundo que hay en esos rectángulos de

cartón. Las figuras de las cartas son otros de los amigos que han pasado conmigo horas inolvidables en el cuarto de costura de Roxana y Julieta. Pienso que Judith es la única que sabe lo que tiene en las manos, las otras tres no lo sospechan. Quizá Solina sí lo sabe, por ser hermana de Judith, y porque en su tullidez habrá aprendido algo de ese universo silencioso de cuadros que muestran cortesanas de vestidos aparatosos, papel de colgadura que decora las paredes con arabescos indescifrables, figuras humanas de porcelana, niñas o ángeles que alumbran como lámparas. Imposible que en sus eternas tardes sentada en la misma silla de siempre no haya visto moverse a los habitantes callados de la casa. A doña Elisa no la culpo. Es una pequeña vieja que usa pulseras de imanes para controlar los dolores del reumatismo, y en el esfuerzo por escuchar el reacomodamiento del polvo de sus huesos se olvidó de oír los sonidos del resto del mundo. Doña Elisa es sorda como una piedra. Su negocio de pan y bizcochitos le ha dado mucho dinero desde cuando se quedó sola, sin hijos y sin marido, viviendo al frente de la iglesia de Manrique. Se me ocurre, al mirarla desde este campamento desmontado, con sus ganancias sobre la mesa de juego, que algún día la va a matar uno de sus panaderos. Pero ella sigue como si no tuviera nada que temer. Anochece y las ancianas continúan jugando sin más afanes en el mundo que desplumarse entre ellas.

Mistermortis debe llamarse de otra forma, Adela, Gabriela, Enriqueta, no lo sé, pero voy a recordarla siempre así: flaca, huesuda, nariz larga, piernas afiladas. ¿Quién la llamó Mistermortis? Fue sin duda Judith, experta en lápidas. Nadie recordará su nombre. Sólo sus ademanes de condesa arruinada. Ninguna de ellas tiene afán. Nadie las espera en casa, excepto, tal vez, un panadero gordo agazapado detrás de los bultos de harina con un mazo de madera vieja entre sus manos, a doña Elisa, o un gato negro y aristócrata arrellanándose entre sedas raídas, a Mistermortis.

Abajo están Roxana y Julieta acelerando a Leticia para que sirva la mesa. ¿Tanto desean que me vaya? Al bajar hacia el comedor veo que todavía las ancianas no encienden las

luces. Siguen jugando a oscuras y me parece que por la piel arrugada de la cara de Judith cae una lágrima. Pero no me detengo. Voy dignamente a la mesa y como cucharada por cucharada los fríjoles con arroz, plátano y tocino. Roxana y Julieta me miran comer atentas a cualquier palabra mía. En estos momentos podría hablar con ellas y contarles muchas cosas, pero recuerdo al indio Fernández y pienso que la lealtad sólo existe allá arriba, no en el cielo, sino justo encima de mí, en el salón del televisor, en un cuerpo asmático y viejo. Sólo Judith merece mis afectos en esta casa. Los demás quieren que me marche cuanto antes. Por eso es mejor no contarles nada y en cambio apresurarme para que José pueda llevarme de regreso al fuerte. «Estoy listo», les digo parado junto a las dos maletas, metido entre un buzo azul de capuchón rojo. Pero aún no llega el Chevrolet gris, así que puedo distraerme mirando televisión en el momento en que pasan las noticias de *El mundo al vuelo*. Un avión azuloso despega por encima de mi cabeza, después aparece el presentador hablando con voz telefónica, lejana y ausente. Afuera deben estar los amigos de las tías tomándose la última cerveza antes de atreverse a llamar a la puerta. Las viejas siguen jugando iluminadas por una lámpara ubicada un poco más arriba de la frente de Solina.

Ha llegado el momento. José está en la puerta esperando la señal de Roxana para entrar por mi equipaje. El gigante acaba de comer, a juzgar por el palillo de madera que baila entre sus dientes. No dejo que me ayude con las maletas porque Judith ha empezado a reírse como una loca. Pienso que se va a asfixiar, esa risa es el inicio de un ataque de nervios que seguramente terminará en un hospital. José me abre la puerta trasera del carro y hace el intento de agarrar la carga. Sólo un intento. No le permito que se acerque. Ajusta con suavidad el seguro y se toca el sombrerito en señal de despedida ante Roxana, que sale a mirarnos por última vez.

Esta noche me acuesto a escuchar los grillos de mis viejas montañas. No cierro la puerta del cuarto y me quedo mirando la luna blanca que resbala con sigilo por el aire del patio. Escucho hasta muy tarde a Laura con su radio en el salón

donde tantas veces ha bailado con Mejía, y siento la espera y la ansiedad como si fueran personajes con vida propia en esta casa. Recuerdo a Judith estallando en risotadas de pánico donde el abuelo Juan, reconstruyo el último recuerdo agradable de Mejía, cuando fuimos a ver *El gran escape*, y el sueño termina por espantárseme, entonces de nuevo el cuerpo empieza a cansarse por sectores. El lado izquierdo ya no aguanta más el peso de mi esqueleto sumado a mi carne, a mi piel, a mis cabellos, a mis uñas, a mi piyama, al aire estacionado sobre mí. Pruebo el lado derecho hasta cuando descubro que no hay simetría en el cansancio. Bocarriba, entonces. Músculos quietos, respiración pausada. Laura es la que se mueve allá en el salón. Ella se ha levantado varias veces a mirar por la ventana hacia la calle. Mejía aún no llega. Mis fibras están tensas. Mis átomos no se aquietan. Un pie se me sale de la cobija y me genera una sensación térmica dispareja. Todo conspira contra el sueño aquella noche del regreso a casa. ¿Por qué no recorrer mis dominios antes de dormir? Laura está despierta, Mejía no llega. Hay luna llena y ahora repta por los cañones y desiertos en silencio. Sólo es cuestión de no ir a la alberca de Nieves, el resto es mío: rocas, llanuras, matorrales, hogueras tibias. Reconozco los sonidos de las pisadas de las bestias, pastando. Intuyo las señales de los indios en la noche. Todo está como lo dejé antes de ir a casa del abuelo Juan. Hasta las baldosas huecas junto a la cocina. Con las manos empuñadas hago toc toc y recibo la respuesta del vacío: tooc tooc. Es un secreto de la familia. Una reserva para cuando no haya más posibilidades en la vida: volvernos guaqueros en nuestro propio territorio. Nieves era sabia y había advertido sobre los sonidos extraños de ciertas noches del año. «Es un entierro, niña Laura», decía. «Hay que buscar porque seguramente quedó un alma en pena. Yo he visto a un hombre que me mira en las madrugadas como pidiéndome algo. Los difuntos se parecen a los cristianos, pero son pálidos y tristes». Laura siempre se rió de las historias de Nieves. Mejía la ignoraba, pero una vez, en una de sus borracheras, se puso a cavar y a sacar con las manos baldosas, piedras y arena del lugar que la vieja

señalaba como el sitio del entierro. Laura tuvo que amenazarlo con llamar al abuelo Juan para que dejara de destruir el piso, pero se detuvo en su cantaleta cuando encontraron una piedra plana y larga que ocultaba una bolsa de cuero con monedas del siglo pasado. Dejó que siguiera cavando un poco más, y después, cuando ya Mejía no tenía más fuerzas, lo tomó por los brazos y lo arrastró varios metros hasta dejarlo tendido en el patio, sucio, borracho, sin empleo y con la casa a medio caerse. Ahora lo recuerdo así, y siento miedo porque de pronto se ha estremecido el agua verdosa de la alberca y miles de miradas tristes y pálidas aparecen en la oscuridad. Me voy para donde Laura remienda unas camisas mientras espera a Mejía. Permito que me abrace, y ella palpa el frío en mi piyama y en mi cabeza. Sabe que tengo miedo, pero ella comprende que a los vaqueros no se nos puede tratar como a niños de ocho años. Deja que yo mismo me acerque hasta su pecho y sólo cuando inclino la cabeza, en este preciso instante, puede acariciarme y revolverme un poco el cabello.

# Diez

Fue Laura quien me enseñó a llamarlo Mejía, y creo que esa forma de nombrarlo encerraba cierto sentimiento de respeto, más que de amor. Lo digo porque a la gente importante uno la llama por su apellido y no por su nombre. Kennedy, no John. Lleras, no Alberto. Igual con Mejía. De Laura aprendí muchas otras cosas, como la costumbre de no contradecirlo en ninguna de sus decisiones, esperar a que él hablara para entonces sí hablar nosotros, reglas elementales de convivencia.

Laura es una mujer muy bonita. Todavía se parece a la niña de la fotografía que adorna el salón en donde Mejía se deshizo del yeso de su pierna. Llevaba en el momento de la foto el uniforme del colegio: blusa blanca, corbata, falda escocesa de pliegues, boina, cabello sobre los hombros, medias a la rodilla y zapatos combinados. Lo de las medias y los zapatos lo adivino, porque la cámara la cortó y no me deja verla completa. A su lado están Roxana y Julieta, ambas muestran los vestidos que estrenaban ese día. No sonríen, sólo miran al frente. Laura hace esfuerzos por mantenerse seria como sus hermanas, por eso empuja con su lengua la pared de la boca y se le ve inflada una mejilla. Por los ojos se le escapa la sonrisa. En un extremo del cuadro aparece mi hechicera sabia, la cabeza un poco inclinada en actitud coqueta, y tal vez por esto Laura no puede evitar sonreír. Judith acaba de chupar el cigarrillo que sostiene en su mano izquierda. Todavía hay humo flotando a su alrededor y ella guiña levemente un ojo, quizá debido a la molestia de la humareda.

Hace tiempos no veo sonreír a Laura. En realidad nunca la he visto alegre y tampoco triste. Ella tiene un estilo muy propio en su personalidad, que no se llama estilo triste ni

estilo alegre, sino estilo Laura. Hoy mismo la veo arreglar la casa sin prisas. Se levantó en la madrugada y tuvo listo mi desayuno, a tiempo para tomar el bus del colegio. Luego atendió a Mejía y lo despidió a las siete de la mañana para otra jornada en el almacén. He regresado y ella está vestida para recibir visitas. Llama por teléfono a la panadería y pide pan caliente, roscones dulces y pandequesos. Desde mi caballo colorado la observo: ni triste ni alegre, simplemente ella, Laura.

«Hoy viene Lucía», me dice. *Lucía*, me queda sonando ese nombre de mujer, pienso en una niña de pelo muy negro con peinado de capul que le cubre casi toda la frente hasta los ojos, también muy negros. *Lucía* me suena a canción nostálgica. Pero esta es otra Lucía, mayor, de pelo negro peinado con moña atrás. Es la prima de Laura y viene a visitarla por primera vez en mucho tiempo. La reunión tendrá lugar en el valle junto al lago y podré verla desde mi montaña. Lucía llega con un muchacho mayor y más acuerpado que yo. Debe tener doce años, o más. Lucía se sienta en el centro del sillón que Laura le señala, sin recostarse en los brazos ni en el espaldar. Sus rodillas se le ven flaquitas y chuzudas. Sobre los muslos tiene sus manos empuñadas sin fuerza. Los labios son delgados, su piel muy blanca y pintada de rojo en las mejillas. El muchacho se para detrás de ella como tratando de no existir. Me extraña que todavía no me hayan pedido que juegue con él, y no entiendo qué hace en una reunión de señoras. Laura le ofrece roscones dulces con chocolate, él sólo acepta cuando Lucía lo autoriza con la mirada para acercarse a la mesita de centro. Se ve pálido a pesar de sus brazos musculosos. Por un rato los pierdo de vista porque debo buscar ramas secas para el fuego de la noche en mi campamento. Dejo de oír el murmullo del valle, ahora sólo se oye el viento que trae la lluvia. Cuando regreso, ya se han ido. Laura recoge la vajilla y se interna en la cocina desde donde sale el olor de los fritos y el sonido de la radio. El ángelus, las cuñas de Alka-Seltzer y Pipelón, ahora el rosario, las campanas de la iglesia de Manrique, la hora indescifrable cuando se empieza a hacer de noche, los

bombillos débiles no alcanzan a reemplazar la luz del sol, la casa se vuelve más grande y el fantasma de Nieves nos ronda a Laura y a mí. Me acerco a la cocina para espantar el miedo repentino. «¿Quién es el muchacho?», le pregunto. Ella me mira como si hubiera estado esperando ese momento. «Es Alonso, el mayorcito de Lucía», me dice.

La primera vez que oí hablar de Lucía fue en casa del abuelo Juan. Mirando las fotografías del álbum de la familia, Judith se lamentaba en voz alta de la suerte que había corrido Lucía, su sobrina, desde cuando se casó con un gallero. «Era perfecta», decía Solina al referirse a su cara de Virgen María. Pero cometió el error de enamorarse de un hombre muchos años mayor que ella y que, además, era apostador de la misma gallera que el abuelo frecuentaba. El matrimonio le cambió la cara y la vida. Se convirtió en una mujer triste que se mantuvo en embarazos continuos durante los primeros diez años de casada y alcanzó a tener siete hijos que todavía siguen vivos en una pequeña casa del barrio Loreto. Alonso es el mayorcito de Lucía y le llegó la hora de salir de su casa para aliviar un poco la situación de la familia. Va a ayudarnos en el almacén, y tal vez se quede a vivir con nosotros. «Todo depende de lo que diga Mejía», me dice Laura mientras me sirve fríjoles con arroz y carne molida.

Cuando Lucía se casó con el gallero, el abuelo Juan le pidió a Solina que cuidara a sus hijas y les buscara buenos maridos. Fue un anuncio que afectó a Roxana, a Julieta y a Laura. Las dos primeras se encargaron de ahuyentar por sí mismas a sus pretendientes y se dedicaron a vigilar a Laura, que en ese entonces recibía mensajes de un hombre que cantaba en los graneros cuando se emborrachaba. Pero no pudieron evitarlo, y al año siguiente del matrimonio de Lucía ya el hombre era un visitante de cada noche en casa del abuelo.

Laura piensa que de alguna forma está unida a Lucía, y se siente orgullosa de poder ayudarle. Sólo falta la autorización de Mejía. Por mi parte la tiene. Estoy dispuesto a dejarlo montar alguno de mis caballos y a enseñarle a defenderse en mi territorio. Sus brazos son fuertes y los dos haríamos un

buen grupo, pero ya llegará el momento, cuando Mejía autorice. Entre tanto, Laura sigue en su rutina, esta vez con un poco de alegría que se siente cuando tararea la música de la radio, y me parece como si estuviera a punto de aparecer otra Laura, tal vez la verdadera y que yo no he conocido todavía. Ahora estoy comiendo mis fríjoles de cada noche y en frente de mí se enciende una gran pantalla de cine en la que pasarán una película llamada *Laura*. Ahí está ella, diez años atrás, conversando a través de la ventana con el hombre que canta en los graneros del barrio canciones viejas y nostálgicas. Él usa sombrero, corbata y cargaderas, el saco lo lleva colgado del dedo índice izquierdo por encima del hombro. Sonríe mostrando un ángulo de dientes. A Laura le gusta escucharlo porque siempre está haciendo planes. Le habla de viajes y barcos, y por eso al principio ella cree que ese hombre es un marinero en reposo. Laura sabe que un marinero es casi lo mismo que un gallero ante los ojos de su familia y trata de tranquilizar a Judith y a los demás diciéndoles que es un hombre con grandes propiedades con vista hacia el mar. En realidad no sabe mucho de él, y sólo lo llama Mejía.

Laura ha cambiado desde entonces. Ya sabe que Mejía no es un marinero y que tampoco tiene propiedades junto al mar, pero el trabajo en el almacén ya empieza a dar resultados. Por primera vez podrá ayudar a alguien y eso la hace sentirse orgullosa. Siente que ahora son otros tiempos, pero desde hace años la persigue un fantasma sin nombre, sin cuerpo, que una noche estuvo a punto de atrapar. Es algo que vive en la mirada de Mejía y que se muestra en sus borracheras. Ella cree que puede ser la mujer de la radio que canta *Te busco* con Lucho Bermúdez, a juzgar por el éxtasis en el que entra Mejía cuando suena esa canción. Piensa que es la misma de la ranchera *Borrachita*, que él evoca en sus noches ebrias en la sala de la casa.

También sospecha de la cubana que canta *Siboney*. La película me muestra ahora a Laura enjaulada en su primera casa de salita pequeña, patio oscuro y paredes recién pintadas. Es sábado por la tarde y Mejía no está en casa. En la

radio anuncian la presentación de la orquesta de Lucho Bermúdez en el salón del Nutibara, y ella reconoce la voz de la mujer que conmueve a Mejía. En esos momentos una Laura desconocida habla para decir que va a ir al Nutibara. Cuando llegue Mejía, le dirá que esa noche van a ver a la orquesta de Lucho Bermúdez. Pero piensa que quizá ese día tampoco llegue temprano para ir al espectáculo. Entonces esa Laura desconocida resuelve prepararse con anticipación para estar lista cuando él llegue. Nunca ha salido sola de su casa, ni siquiera cuando era soltera, pero hoy podría hacerlo para ver de cerca a esa mujer. En su clóset guarda vestidos de los que se le ciñen al cuerpo con suavidad. Sombreros habanos, rojos y negros. Zapatos de tacón aguja. Ropa íntima de encaje fino. Es la ropa que a veces usa para salir a pasear con Mejía, para ir a las carreras de caballos, para asistir a misa los domingos. Sabe que en el parque de Bolívar, frente a la catedral, parquean carros de alquiler que puede llamar por teléfono. Inicia una ceremonia de varias horas en la que se baña con toda la calma como dándole tiempo a Mejía de llegar o a ella de arrepentirse. Escoge el vestido adecuado para la ocasión y el lugar. Limpia con cepillo los zapatos de tacón. Coloca el vestuario delicadamente sobre la cama de matrimonio. Oscurece muy temprano en la pequeña casa ese sábado y el silencio es mayor que todos los días. Por primera vez no va a encender el fogón para preparar la comida. Ahora está vestida y maquillada con rojo en los labios y un rosa suave en las mejillas, y Mejía no llega. Tiene que quitarse los guantes para marcar el número telefónico de los carros de alquiler y duda de su memoria al dictarle al encargado la dirección de su casa. Tiene miedo, pero ya está hecho, y sale un poco después de las siete.

Dentro de ese Ford 48, Laura sólo ve el reflejo de su cara partida por los hachazos de luz que se meten por los vidrios de la ventana desde la calle. Esa noche toma asiento muy cerca de la plataforma destinada a la orquesta. Son otros músicos los que calientan el aire del salón con porros destemplados. Mira a los lados y sólo ve parejas elegantes que conversan sin preocuparse por mostrar interés hacia la

orquesta. Pide una coca-cola y sonríe con timidez cuando el mesero le pregunta si espera a alguien. «Sí, señor», dice, «espero a mi esposo». En esos momentos quiere salir corriendo de allí. Mira las mesas que debe cruzar para llegar hasta la salida y se aterroriza al comprobar que el sitio ya está lleno de gente. Decide esperar. Remueve los recuerdos de las noches en las que Mejía se queda callado escuchando a esa cantante, olvidándose de ella y de todas las cosas que tengan relación con el mundo real. Está allí porque un impulso extraño la hizo salir del silencio quieto y asfixiante de su casa, porque esa penumbra de las seis de la tarde en su apartamento siempre llega acompañada de tristeza y porque ya se ha dado por vencida en sus intentos secretos por bailar y parecerse a las mujeres de las películas que le gustan a Mejía. Esos esfuerzos por ser como ellas y calmarle la nostalgia a él, siempre están acompañados de la sensación de ser observada por alguien mientras se mueve con lentitud frente al espejo de su cuarto tratando de mecer la cintura y disparar fuego por los ojos. Tres compases bastan para sentirse ridícula, entonces vuelve a sus oficios de ama de casa, y enrolla el miedo junto al corazón. Piensa que después de esta noche, cuando ha decidido ver de cerca a ese fantasma, las cosas van a ser distintas.

Ahora se ha quedado paralizada porque ya anunciaron la presentación de la cantante. La espera eterna culmina con la oscuridad total de la sala, luego una luz perseguidora se ubica junto al telón, y con el aplauso más desgarrador que jamás haya oído aparece una mujer sonriente, envuelta en lentejuelas, caminado con lentitud, casi con pereza, hasta el centro del escenario. Laura no pestañea ni respira por espacio de tres minutos, hasta que piensa algo que siempre quiso pensar: «Es una mujer común y corriente». En esos momentos se inicia la actuación de la orquesta en esa noche de hace diez años, cuando Laura ya sólo quiere regresar a casa. Se levanta de su asiento y deja un billete sobre la mesa.

«Ya todo pasó, Laura», quisiera decirle ahora, y la gran película que lleva su nombre se desvanece en las luces que ella enciende al salir de la cocina camino al cuarto de costura.

# Once

Hoy Mejía ha reunido a sus marinos y grumetes cuando todavía el viento es frío en Guayaquil. Son cuatro ya, pues Selene, una mulata delgada, de nalgas grandes, se les unió. Él mira a los cuatro, que en fila esperan órdenes. El Hernán le clavó el ojo a la Selene, la Luzaída escucha parpadeando con sus enormes pestañas negras, esconde los dientes con ayuda de su lengua y su labio superior. Se ve bonita, joven, sumisa. El Arquimedes fuma un Pielroja, su cara verdosa le recuerda a Mejía el sueño con las putas y el prestamista. El almacén está limpiecito y organizada la mercancía. Le pusieron el precio a cada cosa con letreros grandes y rojos que dan la idea de una gran promoción. Las vitrinas están adornadas con motivos navideños. Mejía les habla de la gran Navidad que todos van a tener este año. Se dirige a ellos como lo hacían con él sus jefes cuando vendía enciclopedias. Los quiere convertir en leones de las ventas. Gesticula como Jorge Eliécer Gaitán, empuña las manos, les remueve la sangre, todos gritan como fieras porque ya es hora de empezar a vender.

Mejía se retira a su escritorio al fondo de la nave. Desde allí los mira moverse como hormiguitas. Los escucha aplaudir y cantar en coro «alaordensiga, alaordensiga», que se convierte en el abracadabra de El Caballero, y la gente empieza a entrar como sonámbula, guiada por las pestañas de la Luzaída y las nalgas de durazno de la Selene. Mejía recibe el dinero y les devuelve a las muchachas una sonrisa. Abre su registradora de manivela y a mitad de la mañana da vuelta a la llavecita que le muestra en la máquina el acumulado de ventas registradas. Vuelve a sonreír. La Luzaída le ofrece un café, y él escucha una vocecita atrás de él que le dice: «Señor Mejía». Piensa en Laura, que debe estar en casa preparando el

almuerzo. «Esto funciona», piensa, y toma la decisión de ayudarle a Lucía, la prima de Laura, aunque cree que el gallero es el culpable de los sentimientos del abuelo Juan y del resto de la familia hacia él. Pero ahora que las cosas marchan bien se le ocurre que es la oportunidad de olvidar los días difíciles, las noches tristes, y entonces darle gusto a Laura.

Pasa lento este primer día de diciembre en el almacén. Mejía siente como si llevara años y años en ese oficio. Por reflejo, cuando se acerca a la puerta, aplaude y grita la palabra mágica «alaordensiga», y ve cómo su gente adquiere nuevas fuerzas. Entonces decide estar más tiempo con ellos. Los acompaña en medio del calor, y la calle se contagia de su vitalidad, que ahora es de todos. El abuelo se asoma desde la acera de enfrente. Mira con atención a Mejía, ve a la gente entrar en oleadas, se arregla las gafas, regresa a su Calzado Luz. Otros hacen lo mismo. Don Godofredo, el pirata del barco vecino, justo el del frente, sale de su camarote oscuro y muestra su cara grande y rosada, nariguda, como de piedra. Don Godo, el grande de la cuadra, está inquieto. Igual ocurre con los vecinos de los lados, todos quieren ver en acción a Mejía, el nuevo de la cuadra, trabajando en el local donde siempre estuvo el prestamista silencioso, calculador y detestado. Mejía les sonríe, aplaude más y grita «alaordensiga». No sabe lo que en realidad piensan ellos, sólo le interesa lo que ocurre en su barco, ahora lleno de gente que pregunta, mira, sonríe, compra. Él los sigue con su mirada hasta cuando se pierden entre los colores ardientes que caminan por la calle Carabobo. Quisiera saber sus historias, los imagina en sus pueblos y barrios mostrando la ruana o el vestido recién comprado, sabe que en alguna forma ya El Caballero está presente en sus casas, y volverán. No quiere olvidar ningún detalle de sus caras. Se va hacia la registradora y da vuelta a la llavecita cuando son casi las seis de la tarde. Ha vendido dos mil pesos hasta el momento, y al almacén empieza a meterse un viento fresco oscuro, una noche de viento que le trae a la memoria a Evalú. Mira a la Luzaída, pequeñita, pelo negro brillante, caderas suaves como

montañitas cercanas. Lo interrumpe la llegada de un muchacho que trae un charol con una copa llena de aguardiente. Es el mensajero de El Portón Rojo, enviado por don Godo. Mejía mira hacia el local de enfrente, donde está el pirata rosado brindando desde lejos. Mejía se la toma de un solo trago y saborea con fuerza al tiempo que se frota las manos. El Arquimedes se le acerca para decirle al oído: «No se deje comprar, patroncito». Pero Mejía piensa que es sólo un acto de colegaje y se deshace del aliento mortecino del Arquimedes, que regresa a su puesto de combate. Ese aguardiente parece haber revitalizado a los compradores. Mejía sigue presionando con las palmas de sus manos para que sean bien atendidos, con sonrisas y palabras amables. El Arquimedes olvida el incidente del trago de don Godo y se anima de nuevo, hasta cuando las rejas empiezan a cerrarse en el vecindario. La Selene y la Luzaída se van para alcanzar el último bus de su barrio. Sólo quedan el Hernán, el Arquimedes y Mejía. El resto son mujeres de la calle, ladrones y borrachos. A esta hora Mejía ya ha tomado otra decisión: «Alonso vendrá a vivir con nosotros y trabajará en su tiempo libre en el almacén». Esta noche la sangre le fluye con alegría por todo el cuerpo. Laura la siente saltar por las venas del capitán excitado que casi no logra conciliar el sueño.

Alonso llega con el ángelus del mediodía. Laura lo recibe con un abrazo mientras en la radio suenan las dos últimas campanadas antes de la oración. Pienso que tal vez era esto lo que me había acechado toda la mañana, como un extraño presentimiento, algo indefinible, ni bueno ni malo, sólo algo, y era la llegada de Alonso. Viste una camisa de cuadros verdes y amarillos, las mangas cortas dejan ver sus brazos de hombre grande. Se va derecho a la cocina sin mirar a los lados para ver si hay alguien más aquí. Parece que no le importo, pues ya debe saber que este es mi territorio y, sin embargo, no me busca. Sin ser descubierto, desde el comedor donde Mejía una vez pateó la mesa lo veo sentado en la cocina. Siento el olor de la bandeja de frutas y escucho el sonido de las ollas en el fogón, y puedo palpar con los dedos la presencia de un extraño que respira mi aire. Allá está él, la

mirada hacia el piso, silencioso y sombrío, como si tuviera un enorme sombrero tapándole la cara. Los dedos de sus manos son gruesos y cortos. Se ha dejado crecer la uña del pulgar derecho, al igual que el Arquimedes. Trajo un portacomidas de peltre envuelto en una bolsa de papel del almacén. Laura le sirve el almuerzo y él no se decide a comer. Ahora mira hacia los lados buscándome. Parece que también siente mi cercanía. Me tiene, ambos nos tenemos.

Se va antes de la una. Camina rápido, como un indio cazando. No puedo dejar de pensar que voy a tener un socio en mi tierra. El recuerdo del indio Fernández me mantiene alerta con los extraños. No puedo confiar en él, sólo dejaré que viva aquí, puede trabajar con Mejía, montar mis caballos, recorrer mis montañas, pero no le voy a permitir que entre en mis secretos.

Ya Mejía decidió que Alonso va a dormir en el cuarto de Nieves. Pasará las noches escuchando sus retahílas interminables acerca del orden y del poder inconmensurable de Dios. Por primera vez en mucho tiempo alguien se va a acostar en esa cama olorosa a vieja muerta y se va a cubrir del frío con las mantas raídas de la anciana. Tal vez Laura discutió el asunto con Mejía y este decidió reabrir el cuarto de ese fantasma llamado Nieves. «Es un cuarto como cualquier otro», dice Laura cuando le pregunto por el futuro del visitante. Pero se me ocurre que todo es culpa del gallero que marcó para siempre la vida de Lucía y sus hijos. Un hijo de gallero no tiene problema para dormir en el cuarto de un fantasma. No va a sentir miedo cuando escuche el movimiento del agua verde de la alberca. Seguirá durmiendo tranquilo aunque se salgan los cadáveres que cuidan el entierro junto al patio grande. Alonso es hijo de gallero, por eso ha empezado a trabajar con Mejía en Guayaquil y ahora se encierra en su cuarto después de comer en la cocina. Tal vez por ser hijo de gallero no me habla ni quiere conocer mis secretos.

Alonso es un muchacho callado. No necesita hablar conmigo ni con Laura cuando llega a casa porque alguien dentro de él le habla todo el tiempo y le cuenta la historia de

un gallero que enamoró a una mujer con cara de Virgen María y se la llevó a vivir en vecindarios pobres, la acostumbró a esperarlo siempre mientras él apostaba y bebía en la gallera, le prohibió quejarse de la pobreza y del hambre, y la mantuvo ocupada todo el tiempo con siete hijos de edades iguales y estancadas. Alonso no mira hacia el frente cuando camina ni cuando espera sentado en la cocina a que le sirvan su almuerzo y le preparen el portacomidas de Mejía. Yo me le acerco lo más que su aire eléctrico me lo permite. Ahora estoy en un extremo de la mesa rústica al lado de la cocina. Él juega con el tenedor y la cuchara entre sus dedos corticos y gordos. Una sombra que le cae sobre la cara me muestra el camino por donde le va a crecer la barba. «Cuando quiera jugamos», le digo sin mirarlo. Pero Alonso no me contesta. Se acomoda frente al plato de sopa y con una mano se agarra la frente para no verme.

Alonso es un muchacho ocupado. No tiene tiempo para jugar porque todo el día está en el almacén, y sólo piensa en cosas de hombres. Él monta en bus solo, camina por las calles sin necesidad de compañía, se cuida a sí mismo con sus brazos fuertes y no necesita de mis invitaciones de niño. Desde este momento he sido tocado por la envidia de querer ser como Alonso. No les encuentro mucha gracia a mis caballos ni a mis indios, ahora quiero crecer para no temerle a nada. Me gustaría usar las camisas con las mangas enrolladas hasta arriba de los bíceps, y llevar zapatos tenis de suela gruesa y blanca, *yin* ajustado, y peinarme con copete como Alonso. Tal vez he perdido demasiado tiempo en este territorio aislado del mundo real, y quizá ya es el momento de despertar, de salir, de sentirme grande.

Mejía dice que la temporada de Navidad está empezando a calentarse en Guayaquil. Seguramente quiere decir que hace mucho calor porque hay mucha gente caminando por las mismas aceras y entrando a los almacenes pidiendo que le muestren las mercancías, probándose las ruanas en medio del sofoco, todos hablando al mismo tiempo, en fin, deben ser unos días muy calientes y sudorosos. Yo creo que es el momento de dar un paso muy importante en mi vida, salir de

aquí en pleno calor de Navidad y ponerme al servicio del mundo. Es una decisión clara, sin discusiones ni dudas dentro de mí. Miro por última vez mis ventanas ensilladas y mis montañas peligrosas antes de hablar con Laura, que ahora canta acompañando a otra mujer que suena en la radio. Se lo digo con toda la convicción de mis ocho años: «Voy a trabajar en el almacén». Pero ella parece no haber entendido. Sigue cantando, aunque puedo notar una disminución en el volumen de su voz como si hubiera escuchado algún ruido por aquí cerca. Ya está hecho. Alonso hoy me mira de una forma distinta. Puedo sentir sus ojos buscando mi presencia en la mesa de la cocina donde nos han servido la comida. Sin embargo, no se atreve a hablarme.

Es tarde, y Mejía todavía no llega. Alonso está encerrado en el cuarto de Nieves desde hace rato. Laura remienda calcetines en el salón de música y todavía no hemos discutido cómo voy a irme para el almacén mañana. Mejía sale muy temprano, y dicen que, al igual que el abuelo Juan, primero se entra a la iglesia a rezar un poco antes de irse para el trabajo. Queda la opción de Alonso, pero no me gusta la idea de depender de él para tomar el bus, seguirlo por la calle y llegar de su mano como un perrito. Prefiero la fría madrugada y la oscuridad de la iglesia. Debo estar alerta para levantarme bien temprano y estar listo en el momento en que Mejía vaya a salir. Me pondré mis botas de vaquero y la correa con hebilla del DIM que me dio el abuelo. No llevaré saco porque la temporada de Navidad está calentando. Ahora sólo pienso en ese pueblo llamado Guayaquil, con sus balcones y cornisas fuertes, sus ventanas enormes, su gente embobada por el ruido de las cantinas y por el miedo de los duelos a bala. Recuerdo a mi hechicera predilecta caminando por sus calles, buscándome la revista *Fuego de Juventud*. Va a ser un tiempo importante para mí, para mi nuevo yo, un yo más grande y más fuerte.

Me quedé dormido y ya Mejía está listo, parado junto a la puerta de mi cuarto. «Duérmete otro rato, mañana te llevo al

almacén», me dice sonriendo, con su cara fresca por el baño reciente. Todo está a punto de derrumbarse. Mejía se aleja de mi vista en medio de un aire oscuro y lechoso que se mete por mi piel y me ataca en el pecho como un fantasma que me ahorca. Estoy aquí tirado en mi cama luchando por no dejarme ahogar y veo a Laura que me llama desde la puerta para que me apresure a bañarme. Siento el piso helado y el baño me huele a la piel de Nieves. Nunca antes me he vestido tan rápido. Salimos corriendo antes de que la noche se diluya del todo y de la mano de Laura llego a la iglesia de Manrique. Allá está Mejía, en un costado. Serio, mira con sus ojos verdes el altar de oro. En el otro extremo alcanzo a ver la cabeza blanca del abuelo. Su cara roja, sus anteojos gruesos. Escucho el ruido de su asma. Me mira y apaga un ojo para que yo sonría. Ya hago parte del mundo de los trabajadores.

Las cosas que han pasado hoy las siento como una estampida de búfalos arrasando mi campamento. Primero fue ese olor frío de la cuadra que nos recibió al bajarnos del taxi. Luego el color de muerto del Arquimedes, su figura apenas dibujada y sostenida en el resplandor del sol que pegaba en la reja del almacén. Su saludo, como si me conociera de siempre, con una palmadita en la cabeza, y después su indiferencia. Los otros se encargaron de hacerme sentir intruso. La Selene, la Luzaída y el Hernán se quedaron mirándome como si fuera una mascota asustada, y ellas, las mujeres, se agacharon para quedar a mi altura. Ahí pude ver la carita de pájaro de la Luzaída y las facciones africanas de la Selene. Luego Mejía me entregó un trapo. «Sacude la mercancía. Todo amanece como si hubiera viajado toda la noche», me dijo. Y así, con un trapo rojo en la mano, fui descubriendo una a una las cosas que se venden aquí. Recorrí los mostradores del español, los muebles de la compañía minera, me refregué todo el cuerpo con los aromas de las telas, los sombreros, ruanas, zapatos, bolsos, cobijas, camisas, pantalones y correas con los escudos de todos los equipos de fútbol. Ahí estaba mi DIM, mi equipo de ángeles que algún día voy a ver jugar. A través del vidrio del mostrador vi cuando Alonso llegaba caminando rápido como los cazadores. Quise

quedarme escondido para siempre. Entonces supe lo que hacía aquel primo lejano y huraño: tomó la escoba y barrió una por una cada baldosa, después trapeó con agua y jabón, evitando mojar a los empleados que no se daban por enterados. «Hijo de gallero», pensé al verlo con esa humildad y esa dedicación.

Mejía me ha visto aquí agachado durante más de media hora. Estará pensando que estoy aburrido y que fui un fracaso como trabajador. Decido salir de mi escondite y enfrentar la mirada burlona de Alonso. Sigo limpiando los bordes del mostrador y escucho cuando Mejía le pide al Arquimedes que lleve unos documentos importantes al correo. El Arquimedes los recibe sin objeciones ni preguntas y, antes de que mi encuentro con Alonso se produzca, le digo a Mejía: «¿Puedo acompañarlo?» Todos me miran sonriendo. Alonso espera sorprendido la respuesta. Pero es el Arquimedes quien habla: «Déjelo ir, patrón, yo respondo por él». Entonces salimos por la calle de honor de todos nuestros soldados, con solemnidad y admiración, hasta quedar en la calle verdadera que apenas empieza a calentarse. Ahora veo los muros más altos que aquella vez de mi visita con la tía Judith. Son enormes, y de las ventanas de los segundos pisos cuelgan sábanas recién lavadas. El Arquimedes va delante de mí sin perderme de vista. Yo sigo sus piernas encorvadas y su cuerpo flaco. Un pie, el izquierdo, parece enrollarse cuando da un paso, luego vuelve a su posición original. Es rápido, salta los charcos de agua podrida y basuras viejas, no atropella a la gente ni se deja atropellar. Me echa vistazos en forma disimulada para que yo no me sienta vigilado. Hemos caminado casi cuatro cuadras desde el almacén y en cada esquina he visto policías requisando a los hombres. El Arquimedes les muestra un papel que saca del bolsillo de su pantalón y podemos seguir el camino. Pero en esta cantina hay un revuelo por algo. Parece que unos tipos no se dejan registrar y los policías están furiosos. El Arquimedes les muestra de nuevo su papel arrugado y lo dejan pasar. Sin embargo, uno de los agentes me detiene colocándome su bolillo de madera en el pecho. Miro al Arquimedes que habla con el jefe de todos mientras lo

empujan alejándolo de mí. Debe ser un error. Soy un niño de ocho años y no pueden encarcelarme. El Arquimedes está cada vez más lejos de mí y yo más cerca de la oscuridad total. De nuevo siento la sombra fría que me ahorca y no me deja respirar. Ahora también mis piernas tiemblan. Nadie oye mis explicaciones, sólo me empujan hacia un pequeño furgón al que suben a varios hombres. Deben ser asesinos que se esconden en las cantinas y salen en las noches a matar. Son hombres sin casa, sin hijos, sin familiares, hombres acostumbrados a la muerte. Ahora sonríen y hacen chistes a los policías. El furgón está lleno de ellos. Me suben desde abajo y me halan desde arriba. Al cerrarse la puerta vuelvo a ver al Arquimedes diciéndome con señales que ya regresará. Lo veo correr con sus piernas arqueadas y su pie enrollándose y desenrollándose. Por un instante me quedo sordo y también mudo y ciego. No veo lo que hay a mi lado ni escucho sus voces. Sólo siento una humedad que me recorre las piernas como si me hubiera orinado aquí mismo. En estos momentos pienso en Annie desesperadamente. Voy hacia la cárcel al lado de criminales y el Arquimedes ha perdido mi rastro. Nadie va a saber de mí, y toda mi historia va a quedar interrumpida por la mala suerte. No volveré a ver a mis caballos ni a mis indios. Ahora pertenezco al mundo del crimen. Poco a poco recupero mis sentidos para darme cuenta de que todos hablan de mí y se ríen con un aliento de miedo. Cuando el carro se detiene y abren la puerta, ya todos en la familia deben haberme olvidado, incluida Judith, mi preferida. Tal vez Alonso deje de dormir en el cuarto de Nieves y se mude al mío. Así va a descubrir mis secretos cuando lea las cartas para Annie y va a reírse como el indio Fernández. Algún día regresaré para ajustar cuentas. Ahora me toca el turno de bajar. Ya todos lo han hecho por encima de mí, y algunos me pisaron. Al desmontar siento el frío de la humedad en mis piernas que hace reír ruidosamente a la fila de asesinos y a los policías. Uno de éstos me trae al principio de la línea y desde aquí veo el furgón abierto, entonces lo entiendo todo: estaba recién lavado y sólo yo me senté en la banca, los otros vinieron acurrucados para no mojarse. Y así

voy de primero por un corredor sucio, al final del cual me detienen para preguntarme nombre y ocupación. Un coro de voces sale desde un cuarto con rejas y no deja que el policía gordo que apunta mis datos escuche bien. El resto de la fila se ríe y se une al coro que dice: «Vendo un muchacho». El gordo se me acerca y me hala con su bolillo de madera para que mire hacia afuera. Es el saco de Mejía visto de espaldas. A su lado, el color verdoso del Arquimedes. No alcanzaron a olvidarme por completo.

# Doce

Los triunfos de Mejía siempre me entusiasmaron. Me gustaba verlo con la mirada alegre, dando órdenes, gritando con energía, frotándose las manos con el aire de la buena suerte. En el almacén todos se contagiaban de su ánimo y empezaron a depender de él en las buenas y en las difíciles. Tal vez por eso logré sobreponerme al episodio de mi encarcelamiento ocurrido tan sólo unas horas después de haber entrado al mundo de los grandes.

De verdad nunca pensé que estar libre, sin policías ni asesinos al lado, fuera tan importante. La gente en la cuadra sí lo sabe, pues nos han preparado un recibimiento de héroes. De los almacenes de enfrente aplauden. Veo al abuelo que se asoma entre mujeres uniformadas con delantales. A su lado está Teresa, que también ha salido a vernos llegar. La Luzaída me abraza con sus bracitos delgados y yo siento las montañitas de su pecho en mi cara. La Selene me trae un *bluyin* nuevo para que me cambie. Mejía sonríe y con un palmoteo doble ordena que todo vuelva a la normalidad. Aparentemente lo hacen, pero de vez en cuando me miran y sonríen, después siguen gritando «alaordensiga». Alonso ahora es quien se esconde detrás de los mostradores, o en la trastienda, o se agazapa en la sombra de los clientes que entran. No quiere encontrarse con mi mirada ni estar cerca de mí, se agacha a recoger basuras, desempaca y vuelve a empacar mercancías, cualquier cosa menos mirarme a los ojos. Yo, mientras tanto, sólo pienso en ese furgón oscuro y húmedo lleno de bandidos, pero, sobre todo, pienso en que todo puede volver a ocurrir. Ahora soy un sujeto que en cualquier momento va a la cárcel. La próxima vez quizá no esté Mejía para sacarme, entonces sí voy a pudrirme en un

calabozo. Nunca antes había pensado que necesitaría documentos de identidad para salir libremente a la calle. Alonso los tiene, el Arquimedes también, todos los que andan por ahí tan tranquilos tienen identificación. Sólo yo soy un fugitivo que pronto caerá de nuevo.

No regresaré al almacén. Hoy se lo informé a Laura antes de meterme en la cama. Pero no se lo dije todo. No le hablé del miedo a la calle ni de los policías que me esperan allá afuera. No le conté que al cerrar los ojos tratando de dormirme veo a esos hombres del furgón acurrucados a mi alrededor. No voy a decirle más. Ahora todos andan muy ocupados con la temporada navideña que sigue calentándose. A Mejía casi no lo vemos en la casa porque ha doblado la jornada de trabajo, y Alonso se volvió invisible después de mi apresamiento, entonces volví a quedar solo y de nuevo escucho el viento al atardecer y los aullidos de los lobos en la montaña.

Guayaquil siguió viviendo sin mí. «Fue un diciembre bueno», dice Mejía en el salón cuando se sienta a tomar y a oír sus canciones. Sigue llegando tarde en las noches, con esa sonrisa que huele a aguardiente. Es una sonrisa generosa que canta, baila, habla de viajes a ciudades fantásticas y no se cansa de elogiar a su tripulación. «Es como un sueño, Laura», le dice, «Hubieras visto a toda esa gente comprando mis mercancías». «Y mis muchachos batiéndose como leones», agrega. Dice que el próximo año todo va a ser muy distinto porque la suerte le está sonriendo. «Este era sólo el principio, ahora siento algo aquí adentro, Laura, como si fuera a pasar una cosa muy grande», dice, tomándose el pecho con las dos manos. Al principio no comprendo sus palabras, pero luego veo que ha comprado un billete completo de lotería. A eso se refiere cuando menciona la suerte. Laura se echa el cabello hacia atrás y se queda mirando el techo del salón. Mejía se levanta y baila un bolero simulando que tiene a Laura entre sus brazos. Tal vez tenga razón y todos estos años de mala suerte se acaben con esta lotería. Si Dios es justo, Mejía debe ganar. Sería la forma de quedar a la altura del abuelo Juan, llenaría de mercancías el almacén, compraría el local de don

Godo, o quizá los de enseguida, tendría cien empleados y el Arquimedes sería una especie de jefe, enviaríamos a Alonso a su casa con toda su familia reunida alrededor del gallero, Laura saldría por las tardes en su carro con Lucía a tomar el algo en el Ástor, nos iríamos a una casa más grande, con mangas, para tener caballos de verdad y bosques, para alojar indios con sus tiendas, y Mejía sería el señor de todo. Claro que les daríamos una parte a los pobres, otra a la iglesia de Manrique, haríamos una capilla en la casa, como dicen que tienen los Echavarría y los Estrada en sus fincas. A Judith no le faltaría nada. Tendría libros, cigarrillos, revistas y lápices para sus crucigramas. Si Dios es justo, Mejía debe ganar.

Hoy es la noche de la rifa y Mejía llegó temprano. Vino en compañía de un hombre flaco, más flaco que todos los flacos que yo he conocido hasta ahora. Es moreno, puntudo en la garganta, tiene una larga nariz y parece navegar dentro de su vestido de saco y corbatín. Lo veo allí sentado al lado de Mejía apuntando números en un cartón grande y sólo deja de hacer cuentas cuando va a tomarse un trago de aguardiente. En su manera de hacerlo es idéntico a Mejía, pues ambos recuestan la copa en el labio inferior bien abierto y luego balancean lentamente la cabeza hacia atrás, después miran con tristeza el mundo y por último se frotan las manos una contra la otra. Ahora se levanta para ir al baño. Camina con enorme dificultad, como si arrastrara a alguien pegado de sus tobillos. Al pasar junto a mí me mira y sonríe tambaleándose, luego me dice: «Hoy voy a tener plata hasta para comprarte». Entonces recuerdo el coro de asesinos en la cárcel. Él es como ellos. La piel le brilla por el sudor grasoso, los ojos son rojos y el bigotico es demasiado delgado. Quiere comprarme. Pero no creo que Mejía me haya puesto en venta. Laura dice que son cosas de borracho y que no debo preocuparme por nada de lo que él diga. «Es Joseluís», me dice en voz baja para que Mejía no la oiga, a pesar de que ellos están lejos y tienen muy alto el volumen del radio.

Joseluís, un nombre que estuvo mucho tiempo en mi cabeza.

Joseluís es recuerdos de clínica, puerta semiabierta, persona dormida conectada a tanques de oxígeno, penumbra en el cuarto a las tres de la tarde. Joseluís es mucha gente afuera de su pieza, Joseluís es Mejía triste. No creí que Joseluís fuera también este hombre flaco que ahora está con Mejía haciendo cuentas de cómo gastar el premio de la lotería. Ha bebido mucho y varias veces se ha levantado para ir al baño. Ya ni siquiera me mira al pasar por mi campamento. Se agarra de las paredes y cada vez le pesan más las cadenas que arrastra con sus piernas. Laura dice que hace mucho tiempo Joseluís tuvo un accidente en un pueblo del Magdalena Medio en donde tenía un almacén como El Caballero. Estuvo muerto varios días y lo resucitaron a fuerza de médicos, clínicas, tanques de oxígeno, visitas de la familia y llantos de Mejía. Volvió a vivir pero una parte de él parece que se quedó debajo del carro que lo atropelló. Por eso es como ausente y camina con tanta dificultad. Le quedó el gusto por el aguardiente y la ambición de plata. El resto es una sombra de garganta flaca y chuzuda, cabeza morena, esqueleto vestido con saco y corbatín. Y aquí está ahora, llorando de nervios al lado de la radio, tomado de la mano de Mejía con los párpados apretados. Sólo se oye al locutor que dice los números ganadores. Joseluís suelta los ojos y deja caer lágrimas que se riegan por su piel café. Mejía se soba la cabeza, y desde este momento se ve triste. En la radio siguen hablando, pero ya ninguno de los dos escucha. Joseluís rasga con rabia el cartón grande en el que había apuntado las cifras de su nueva vida y quedan los pedazos regados en el piso al lado de sus pies torpes. Ha vuelto a ser el Joseluís de siempre. Nada de su historia ha cambiado. Sigue siendo un hombre pobre de esos de pellejo duro que difícilmente mueren. Muchos años atrás lo había demostrado cuando se fue a probar suerte al lado de Mario, el mayor, en los Llanos. Fue como en el 45. Mario tenía almacén y mujer en un pueblito llanero. Entonces Joseluís llegó alentado por la buena suerte del hermano. Mario era aventurero, habitante de caseríos pequeños, amante de mujeres indias, bebedor y tahúr. Laura a veces le dice a Mejía que todos los de su familia son iguales.

Mario y Joseluís estuvieron mucho tiempo en los Llanos y compartieron suerte y mujeres. Adela fue una de ellas, la más estable. Era una colona del Tolima que había llegado al Llano con un hijo caderón que tenía una fuerza descomunal. Se conocieron en una mesa de juego, cuando Mario dejó en la ruina a siete contrincantes. A él le gustaron sus brazos robustos y su pecho curtido por el sol y por la mala vida. Desde esa noche ella no se le alejó un solo día y se convirtió en su socia para todo. Mario se emborrachaba hasta perder el sentido para que Joseluís durmiera con ella. Tal vez era un pacto entre los tres, o una forma llanera de conocer bien el alma y las intenciones de Joseluís, porque en realidad, aunque fueran hermanos, jamás habían estado juntos. Mario era el mayor, y cuando escapó de la finca donde vivía toda la familia, los demás eran una montonera de muchachitos iguales de la que sólo podía distinguir a Mejía por sus ojos verdes. Dicen que huyó cuando el abuelo Samuel le iba a dar una fuetera una madrugada en el ordeñadero. Cuentan que corrió más que la mula del abuelo, saltó más alto que ella y ganó el otro lado de la cerca antes de que los cascos gigantes derrumbaran la alambrada. Voló por encima de las cañadas, caminó sobre el ganado y, después de dar vueltas y vueltas, y de chocar con las brujas que navegan por el aire de la noche en el cañón del río Cauca, se escondió en el cementerio del pueblo y allí durmió una semana hasta cuando decidió irse con un arriero que llevaba una recua de mulas para Medellín. Mario se hizo hombre solo, andando por ahí, desconfiando de todo el mundo, hasta del pobre Joseluís, que dijo ser su hermano, y sólo le creyó cuando lo vio tomarse un trago de aguardiente. No había duda, era de los suyos. Sin embargo, decidió vigilarlo y le pidió a Adela que tratara de sacarle secretos. Mario bebía hasta tres meses sin descansar. En ese tiempo jugaba, perdía y ganaba fortunas inmensas, y se olvidaba de Adela y de su hijo, el caderón. Entonces Joseluís fue el que le sacó secretos a la colona de brazos robustos. Se enteró de que vivía con Mario sólo mientras aparecía su marido, que purgaba una condena en una colonia agrícola de la frontera con Venezuela. Se lo dijo como si nada, como si

estuvieran hablando de cosas sin importancia. Joseluís le contó a Mario, pero este ni siquiera le paró bolas y siguió bebiendo y jugando. Cuando se puso difícil la situación del país por la violencia política, Mario pensó que tal vez era mejor irse para otro lado, lejos del Llano. Había logrado convencer a Adela y liquidado las mercancías del almacén, pero decidió esconder parte del dinero en el tubo de la ducha sin decirle nada a la mujer. Tal vez Mario pensaba en lo que le había dicho Joseluís y resolvió tomar precauciones. En el pueblo se decía que Adela era amiga de los bandoleros, que en realidad eran secuaces de su marido, el preso de la frontera. Por eso no se metían con Mario y habían podido vivir en paz durante mucho tiempo en el centro mismo de la región más violenta del país. Sin embargo, empezó a recibir amenazas que encontraba escritas con letra de niño en el almacén, en la cantina, en su propio cuarto. Mario había visto morir a mucha gente. Sabía que en el Llano la muerte llega en forma de soplo de viento y desaparece en silencio. Entonces empacó lo que pudo y salió una noche montando una yegua negra, al lado de Joseluís, Adela y el caderón, los tres cabalgando con esfuerzo, tratando de marchar al ritmo de Mario. No lograron cruzar el río porque desde la espesura de la selva les dispararon. Primero cayó la yegua negra de Mario. Se sintió un estruendo como de estampida de búfalos y en el medio se oyó el grito del hermano mayor, aplastado por el animal. Joseluís vio todo desde su caballo y no recuerda el disparo que lo tumbó y le hizo perder el conocimiento. Cuando abrió los ojos ya era otro día, y a su lado no había nadie. Ni siquiera el cadáver de Mario, ni rastros de su yegua, ni señales de Adela. Esa vez Joseluís también quedó pobre y solo, como es ahora, y no se atrevió a buscar el cuerpo de su hermano, ni se devolvió para el pueblo a sacar del tubo de la ducha el dinero escondido, ni le pasó por la cabeza vengarse de Adela y de su hijo caderón, quienes seguramente lo habían planeado todo. Prefirió cruzar el río, y luego otros ríos hasta sentirse bien lejos del peligro. Así empieza la historia de su almacén en Puerto Boyacá, en donde tampoco logró conseguir fortuna ni construir familia. Sólo pasó unos años esperando el

momento en que un camión le pasara por encima y borrara parte de su historia. Ahora está ahí sentado al lado de Mejía, tal vez pensando hacia dónde va a seguir su camino, porque ya no tendrá plata para comprarme ni para nada.

# Trece

Yo creo que Mejía buscaba algo y se pasó toda su vida tratando de encontrarlo sin saber exactamente qué era. Nunca lo vi completamente feliz y la imagen que me quedó grabada en la memoria es la del cine de cuatro, cuando fuimos a ver *El gran escape*. Preocupado por algo que está muy lejos, tratando de disimular ante mí, siempre viviendo dos vidas, la del mundo real una, y otra la de sus recuerdos.

Durante casi un mes tuvimos a Joseluís como huésped y durante ese mes Mejía estuvo bebiendo. No sé cómo hizo para mantenerse al mando de su barco, pues todas las mañanas lo vi salir tambaleándose después de tomar toda la noche con su hermano. Ahora ya se detuvo y Roxana le aplica una inyección que lo va a dormir dos días. Cuando se despierte se sentirá triste y no va a permitir que yo me le acerque. Sólo Laura tiene licencia para hacerlo. Ella dice que Mejía se siente apenado y no quiere que yo lo vea. Tiene razón, es mejor no verlo así. No me gusta ver a mi capitán llorando, temblando de frío y pidiendo perdón a todo el mundo. Cuando esto pasa, el abuelo aparece en su Chevrolet gris y le dice cosas a Laura. Esta vez debe ser igual. Posiblemente le quiten el almacén mientras duerme, o quizá me vuelvan a llevar para la casa del abuelo. «Por ahora no debo anticiparme a los hechos», dice Laura. «Ya veremos».

Estoy a punto de volverme grande. Cumplí nueve años y siguen los diez, los once, los doce, y cada vez me acerco más a Alonso. En el colegio ya nadie juega a los vaqueros, sino que se mantienen pateando un balón. Yo he intentado jugar con los de mi clase pero tengo grandes problemas para hacer que mi pie me obedezca y golpee la bola hacia donde debe ir. La gente se ríe cuando yo entro en acción, de manera que sólo

me dejan jugar unos cuantos minutos, cada vez menos tiempo, y así van a seguir hasta cuando ya ni me hablen. Pero en este caso también es mejor no adelantarme a los acontecimientos. Voy a volverme un buen jugador. Yo sé que puedo lograrlo y sorprender a todos un día de estos. Lo primero es conseguir un balón, luego acondicionar mis montañas para que un veloz centrodelantero pueda correr horas enteras con su pelota, después esperar una oportunidad en el equipo. Allá están Carloshernán, el capitán, Luisángel, el arquero... y también el número nueve, me refiero a Fernández. Este va a estar esperándome con su enorme espalda encorvada, sus dientes blancos separados, su pelo de puercoespín, su risa de traidor.

Habrá que esperar dos o tres días para hablar con Mejía y pedirle dinero para comprar un balón. Ahora duerme y a veces lanza lamentos y llantos que se apagan. Mientras tanto busco en el cuarto de costura de Laura calcetines que han quedado fuera de servicio. Con ellos construyo algo casi esférico, amarrándolos con cabuya, y logro una forma muy parecida a una pelota. Además tengo a mi disposición todo el valle para correr con ella, patearla duro, lanzarme al piso y detenerla. Ensayo jugadas como las que salen en el periódico. Ahí veo a un arquero de uniforme negro, rodilleras apretadas, medias con rayas horizontales, gorra negra, guantes negros, volando hacia un lado, muy arriba del piso, a punto de llegar con sus manos hasta el balón. Se ven otros jugadores que siguen con la mirada la acción, por lo que pienso que el arquero ha estado varios segundos suspendido en el aire, flotando en las burbujitas de sol y de gritos de la gente que está en las tribunas. Ese hombre que vuela es Lev Yashin, un ruso al que le dicen *La Araña Negra*. Yo quiero ser como Yashin.

Ya es tarde y todavía sigo practicando. He corrido sin descansar con mi pelota llevándola pegadita a mi pie derecho por todos los rincones de la casa. Le he ganado a mil rivales que me han salido al paso. Ahora pateo hacia el arco del

comedor donde el portero se levanta en cámara lenta y no la alcanza. La bola se va por la puerta semiabierta del cuarto de Laura. Voy tras ella. La oscuridad es total, el aire está caliente, todo me huele a Vick VapoRub y pienso en Judith ahogándose por el asma. No muevo un músculo mientras me acostumbro a las tinieblas, entonces escucho un llanto de hombre que viene desde el fondo de la habitación. Una vez Judith me contó la historia de un capitán chino que se enfermó de tristeza en altamar y sus llantos hicieron enloquecer a la tripulación que una noche resolvió sacarlo del camarote y tirarlo al mar. Meses después unos piratas encontraron el barco navegando a la deriva con los cadáveres de todos los marinos que al tocarlo se contagiaron de la melancolía del capitán chino. Ahora me parece estar en el camarote de ese barco, como si yo fuera un grumete agazapado en la oscuridad. Mejía suelta gemidos como de gatico. Está sentado en la cama con la cabeza agachada. Por eso no me ha visto, aunque estoy muy cerca de él tratando de agarrar mi pelota. Veo sus pies desnudos apoyados en el piso. Recuerdo los pies del abuelo Juan cuando llega en la noche y yo le quito los zapatos y los calcetines que le aprietan. Son parecidos a los pies de Mejía. Los cuatro son rosaditos y puntudos como la forma de sus zapatos. Pero los del abuelo se mueven alegres cuando yo estoy liberándolos, en cambio los de Mejía están tristes y fríos. Mejor salgo de su camarote para dejarlo gemir en paz. Yo ahora soy futbolista y nada tengo que hacer en la intimidad del capitán.

Alonso ha empezado a rondarme en las mañanas cuando juego mi último partido antes de salir a esperar el bus del colegio. Parece como si quisiera decirme algo, o unirse a mi juego. Una vez se me fue la bola de calcetines hacia donde él estaba y trató de patearla duro, pero algo desde adentro de él lo detuvo, entonces sólo le dio una patadita que la movió unos centímetros. Quizá piensa que los hijos de gallero no tienen derecho a jugar fútbol. Pero tal vez se anime ahora que Judith me dijo que va a regalarme un balón de verdad. Se lo dijo a Roxana que viene a averiguar por la salud de Mejía, y ella me lo contó a mí. Debo ir con mi hechicera a comprarlo

para que sea un auténtico número cinco, de vejiga con manguerita para inflarlo y dejarlo piedrita, rebotador, durito. Ella puede equivocarse y comprarme uno que no sea profesional, entonces no volveré a tener una oportunidad como esta.

Carloshernán ya lo sabe. Se lo dije para que vaya preparándose a ponerme a jugar en el equipo del curso este año. Él se encargará de contarle a Luisángel y a los demás, incluido el indio. Dentro de poco tendré mi balón y el equipo no va a depender del hermano prefecto para que le preste uno del colegio. Entonces voy a tener mi cupo. Debo entrenar, hay que aprovechar hasta el último segundo del día para convertirme en un jugador de fútbol digno de estar junto a ellos.

Ahora recorto las fotografías del periódico y las pego con almidón en un cuaderno. Todos los días tengo ejemplos nuevos de cómo patear, cabecear, volar por el balón. Laura me ayuda a preparar la pega de almidón en la cocina y me guarda los periódicos para que en las noches recorte a mis jugadores. Me gustan las fotos de partidos que se jugaron en otros países. En ellas se ve a la gente sentada en completo orden mientras ocurren cosas mágicas con el balón y los jugadores. Un delantero que salta por encima de todos, una bola inalcanzable para defensas y arquero, y el resto puedo imaginarlo, la red estremecida, el estruendo de los jugadores que caen al piso, un grito multiplicado por miles en las tribunas. Busco noticias del DIM. Cuando lo hago no puedo dejar de pensar en el flaco del almacén del abuelo. Recuerdo que una vez me dijo que ese equipo juega como los ángeles. He encontrado pocas cosas de él, apenas lo mencionan en el periódico cuando hablan de los jugadores que se destacaron en el último juego. Muestran a Pécora, un gigantón que sonríe mirando hacia un lado. Pécora lleva el número dos. «El impasable Pécora», dice el escrito junto a su foto. Yo quiero ser el impasable del Real Juventud, que así se llamará el equipo del curso. Todos van a decir que me parezco a Pécora, ya lo verán.

Hoy es el primer día de trabajo de Mejía después del período de gemidos y llantos que pasó en su cuarto. Son las seis de la tarde, suena el ángelus en la radio y siento que la puerta de la calle se abre mientras pateo la bola en el patio. Veo que entran el Arquimedes y Mejía, entonces se me ocurre que otra vez está bebiendo. Siempre es así, el Arquimedes lo acompaña y lo trae casi a rastras hasta la sala donde sigue la escena hasta la medianoche, cuando el muchacho logra escabullirse con ayuda de Laura. Pero hoy parece que no ocurrirá lo mismo. Mejía se ve sobrio. Trae una mirada triste, y el Arquimedes no muestra intenciones de quedarse. Los veo despedirse y Mejía se va hacia el costurero de Laura. El Arquimedes me ve jugar y se me acerca andando ágil con sus piernas encorvadas. Su pie derecho hala mi pelota, la sube una, dos, tres, muchas veces sin dejarla caer, luego patea hacia donde yo estoy y con su mirada me dice: «Yo puedo convertirte en un Pécora».

Me siento extraño con Mejía en casa a estas horas. No me gusta verlo metido en la sala a oscuras escuchando su música sin atreverse a encender la luz. Parece que sigue pidiendo perdón sin saber exactamente cuál fue su falta. Laura me pide que esta noche no haga ruido, entonces me voy a mi cuarto y luego de dar vueltas a mis recortes de periódicos enciendo el viejo radio que Mejía una vez, hace mucho tiempo, acomodó al lado de mi cama. Es un enorme aparato forrado en plástico para ocultarle la vejez. Recuerdo que Mejía le instaló una antena para escuchar transmisiones del otro lado del mundo. Él lo ensayaba en las noches porque era más fácil sintonizar emisoras y oíamos voces árabes y chinas mezcladas con un ruido de guerra. Desde entonces no se enciende y creo que a Mejía se le olvidó que este aparato existe. En el tablero tiene dibujado un mapamundi que seguramente significa que ahí está todo el mundo a disposición del oyente. Es un auténtico Transoceanic, y esta noche es mi compañía en esta casa que ha tomado un aire de hospital desde cuando Mejía dejó de beber. Por momentos logro sintonizar lo que parece un partido de fútbol en Grecia. La onda viene y se va, entonces

busco música, a ver si canta Annie o cualquiera de mis favoritas. Ella ahora debe estar durmiendo como el resto de la gente de este lado del mapamundi. Su vestido de trapecista seguramente cuelga de un clavo detrás de la puerta. Sus zapatillas encima del tocador, al lado de los pomos de perfume. Annie debe tener sueños azules como sus ojos. Sus paisajes serán bosques nevados, piscinas transparentes, mar tranquilo, pájaros flotantes en el aire, cielo azul, flores del color de su mirada. Habrá también cosas rojas, como sus labios, y doradas, como su piel. En ella todo es dorado, azul y rojo. El mundo de Annie es del color de la bandera de Colombia. Ahora duerme, en el radio no se escucha su voz. En cambio, oigo a otra mujer que canta en español con un tono muy joven. Debe tener diecisiete años, algo así como la edad de la gordita de ojos azules que vive aquí enfrente. Tiene la edad de las mujeres que ya no están bajo el cuidado de sus madres sino que salen con hombres de veinticinco años o más. Hombres así son los que cantan ahora *Llorando me dormí*, y ella les responde. Todos, ellos y la muchacha, están en un mismo lugar, que debe ser grande y muy moderno, un estudio de grabación de discos. Tendrán la luz apagada para concentrarse mejor. Cada uno en lo suyo. Ella es protagonista de una historia que no se cuenta completa en la canción, pero alcanzo a entender que ha traicionado al muchacho. Ella asegura que es mentira. Una respuesta hueca a la pregunta triste del cantante. Le doy la razón al hombre, lo compadezco, lo acompaño en su sufrimiento. Él sabe que alguien ya lo ha reemplazado en su lugar junto a la boca de ella. Yo quisiera conocerla. Debe usar *yin* y chaqueta ajustada. Me parece que tiene ojos azules. Podría llamarse Violeta.

Toda la noche he estado pensando en Violeta. Siento los ojos pesados y escucho a lo lejos a Mejía que ya se va para el almacén. Laura lo besa y cuando él se da vuelta ella le manda la bendición con la mano derecha. Estos días no son buenos para él, por eso está madrugando más de lo acostumbrado. Entra a la iglesia cuando todavía es de noche, y reza. Por su mente pasamos todos. Yo, Laura, Evalú, el almacén y su gente, en fin, todos los que hacemos parte de sus

preocupaciones. Llega a Guayaquil cuando todavía hay mujeres recostadas contra la puerta metálica de El Caballero. Ellas se retiran con prudencia y se van a fumarse el último cigarrillo a otro lado.

Cuando el Arquimedes aparece, siente una alegría que se le dibuja en la cara. Le gusta ver al flaco desgarbado entrar con el pelo mojado, hablando en la jerga de barrio, exhalando energía, dispuesto a entregarlo todo para que el barco se mueva. Siente que los necesita a todos porque las cosas no van bien. Las facturas cada vez son más grandes y los proveedores acosan. Mejía mira a su alrededor y ve que el almacén está lleno de mercancía, entonces se tranquiliza porque sabe que por lo menos no se ha gastado la plata. «Es el razonamiento elemental del tendero», piensa. «La plata debe estar en algún lado. Si no está en el banco debe estar en las estanterías. Si no está en ninguna parte, es porque nos quebramos. Pero todavía no es el caso. Sólo hay que vender, vender, vender». Entonces piensa en sus muchachos y decide reunirlos como en otros tiempos.

El día apenas empieza. Otros almacenes ni siquiera están abiertos. Pero El Caballero está en reunión con su capitán. El brazo derecho de Mejía está apoyado en la registradora. Siente el roce de las teclas en la piel. El Arquimedes enciende un cigarrillo, luego cruza los brazos en actitud ceremoniosa. Los demás agachan la cabeza y miran a su jefe de reojo. Mejía siente que se trata de un momento histórico en el que todo podría cambiar para bien o para mal. Antes de empezar su arenga, suena en la calle un bolero que le trae a Evalú a su memoria. Mira hacia afuera como esperando que aparezca ella con su traje de lentejuelas y la piel maquillada para la noche. Reacciona rápidamente y vuelve a su realidad en la que lo esperan sus fieles marinos. Habla con fuerza. Gesticula como ha sido su costumbre. Escucha su propia voz y le gusta el tono de su discurso. Se siente jefe otra vez. Se olvida de los gemidos y los llantos. Borra de su mente la oscuridad del cuarto de la casa. Está seguro de que ha ocurrido un milagro en su alma.

# Catorce

Mejía sigue convaleciente. Lo noto en su respiración, que es lenta y menos excitada que de costumbre. Camina despacio. Mira reposado. Debe estar pensando cosas que salven el almacén. Cada vez madruga más, y yo lo veo entre sueños cuando cruza por el patio húmedo y se lo traga la oscuridad de más allá de la puerta de salida. El Arquimedes y la Luzaída también han empezado a llegar más temprano. Se ha establecido entre ellos una especie de competencia por ser el escudero de Mejía. Cada cual a su manera. Mejía los ve como dos fieles amigos y le gusta tener cerca al flaco, y se recrea mirando las líneas suavecitas de las caderas de la Luzaída. Todo iría sobre ruedas si vendieran un poco más. Hay que hacer algo para que la gente entre y deje su dinero en la máquina registradora. De alguna manera deben romper ese adormilamiento de los caminantes de la calle Carabobo. Luzaída hace todo lo que puede, pero ella no se atreve a pararse fuera del almacén como la negra Selene. No tiene el arrojo suficiente para agarrar del brazo a los clientes y entrarlos a la fuerza. Ella es una especie de condesita que quiere proteger a su rey pero también necesita ser protegida. Entonces prefiere entrar hasta los dominios de Mejía y acompañarlo mientras llega el final que todos presienten. En cambio, el Arquimedes no se resigna. Le dice a Mejía que debe ausentarse unas horas en pleno día, pero no le da explicaciones. Mejía lo ve tan convencido que termina por dejarlo ir. Las cosas van mal y ya no podrían empeorar. Sólo piensa en que necesita un trago para arrastrar el tapón que tiene en la garganta. Un trago doble y picante, para quemar la tristeza que se ha prendido de las paredes internas de su cuerpo. El tiempo se le hace eterno, ve a la gente caminar en

cámara lenta, la música de afuera es una mezcla sin forma que rueda por la calle y da tumbos. Los transeúntes van untados de ese ruido, caminan ensimismados, obedecen a sus instintos, se detienen automáticamente frente a las congestiones, esquivan los carros, saltan los huecos llenos de basuras, se meten a algunos almacenes que encuentran en su camino, pero no a todos, no entran a El Caballero, en cambio sí al de don Godo, al del abuelo. Mejía no entiende qué pasa. Quizá los atraen los sitios viejos, desorganizados, sucios, mal atendidos, hostiles. «Ellos mismos se desprecian», piensa Mejía, y cada vez es más fuerte la necesidad de ese trago. Recuerda que en varias ocasiones el Hernán y el Arquimedes le dijeron que ese local estaba rezado desde la fuga del prestamista con la niñita de senos duros y blanquitos. Se le ocurre que debe traer a un cura para que le eche la bendición y de una vez por todas se vaya ese espíritu maligno que recorre el almacén. Ahora la sed lo consume. El corazón le salta a un ritmo endiablado. Mira el reloj que marca las tres de la tarde, entonces camina hacia la puerta con la decisión tomada de echarse un trago doble de aguardiente, sin acompañarlo con agua ni nada de esas cosas, de un tirón, sin pensarlo ni llorarlo. Pero no alcanza a salir porque en esos momentos escucha un escándalo que se acerca a El Caballero. Una multitud se dirige hacia ellos guiada por un hombre de tres metros de altura, vestido de colorines de satín, pintado de rojo en la nariz redonda y los cachetes, con una risa estrambótica de color blanco, y ojos con lágrimas artificiales. El hombre grita ofreciendo descuentos especiales a quienes compren en el Almacén El Caballero, en la moda el primero. Y todos en la cuadra salen a rodearlo. Mejía sonríe al ver detrás del maquillaje al Arquimedes trepado en unos zancos gigantescos. Siente renacer las fuerzas en su cuerpo y se estremece cuando la Luzaída lo abraza y le da un beso en la cara. Mejía grita con energía y aplaude invitando a la gente a comprar: «Todo a mitad de precio, mientras esté el payaso en la puerta», dice. Se escucha un grito como de guerra y sus muchachos no dan abasto para atenderlos a todos. Una hora es suficiente para dejar casi vacío el almacén. A las cuatro

empieza a alejarse el payaso gigantesco y todo vuelve a la normalidad. Nadie puede creerlo. Fue un milagro llamado Arquimedes.

Hace rato que en Guayaquil sólo se habla del payaso de El Caballero. Todo el mundo ha venido a mirar desde la entrada las caras de los muchachos y Mejía se ve radiante. El abuelo también se asoma y se rasca la cabeza blanca. En la calle comentan acerca del espectáculo y discuten sobre la identidad del hombre de los zancos. Su voz carrasposa no fue identificada ni siquiera por las prostitutas que se asomaron por las ventanas de las pensiones. El Arquimedes logró engañar a todos y sacudió a esa masa de caminantes de ruana y sombrero que desde ahora va a esperar la señal para comprar en El Caballero. Por eso, cuando hacia el anochecer regresa el flaco andando ágil y feliz, recién peinado con gomina, Mejía y su gente lanzan un grito de alegría y, como si fuera parte del número de circo, aparece en medio del grupo una botella entera de aguardiente. El Hernán la destapa, la Luzaída trae copas, ahora todos están unidos a la suerte de El Caballero.

Mejía no va a olvidar esta tarde. El mensajero de El Portón Rojo ha venido varias veces con botellas que se vacían casi de inmediato. El almacén huele a cantina, todos se abrazan, incluida la Luzaída, que toma traguitos como un pajarito al que le brillan los ojos. Ella hoy siente que hace parte de ese barco. A las ocho empiezan a irse. Primero las muchachas, luego el Hernán, se queda Mejía cantando en su escritorio, y el Arquimedes se para en la puerta a conversar con sus mujeres de la noche. Es hora de cerrar. Mejía canta y camina con su saco suspendido de un dedo y terciado sobre el hombro. Los almacenes de la cuadra están cerrados y en tinieblas. En la calle Carabobo sopla un viento frío que se lleva los papeles livianos de las basuras.

He visto a Mejía contento y eso me alegra, pues no me siento bien en los períodos en que se silencia de tanto pensar encerrado en el salón de los discos, o cuando llora de

arrepentimiento por haber bebido varios días sin parar. Hoy es domingo y está feliz a pesar de haberse levantado un poco tarde. Antes de irse a trabajar me entregó una plata que alcanzaría para ir a cine matinal con Laura, pero ella dice que en su lugar debo invitar a Alonso. En realidad me había olvidado de él. Me acostumbré a su invisibilidad y a su mirada asustada. Terminé por creer que no existía. Pero, ahora, Laura le dice que él y yo iremos a cine de once en el Junín. Yo acepto. Aceptaría aunque tuviera que ir con el indio Fernández o con el hermano prefecto. Lo importante es que de nuevo iré a cine y voy a sentir ese olor de las crispetas y los dulces, y van a aparecer en la pantalla las figuras gigantes de los vaqueros y veré los ojos azules de una mujer mirándome directamente a mí.

Alonso está listo para salir. Me espera en la puerta mientras yo le hago el último gol a la portería del comedor. Laura nos despide con la mano derecha haciendo la señal de la cruz. Durante el camino Alonso no pronuncia una sola palabra, va distanciado de mí, patea el aire de la calle, lanza piedrecitas hacia la acera opuesta, y cuando estamos llegando da un brinco, luego otro, y otro, como si acabara de salir de la cárcel. Me arrebata el billete que me dio Mejía y se mete entre la multitud de muchachos que se agolpan frente a la taquilla. Lo veo empujar a los vendedores de dulces, esquiva a los que alquilan y cambian revistas de aventuras, y después de unos minutos aparece de nuevo con las entradas en la mano. Me hala del brazo como hacen en Guayaquil con los clientes, y entramos a la penumbra del Junín. «Es de vaqueros», pienso, cuando veo los afiches con escenas de la película. Imagino los caballos rojizos con grandes ancas. Las pistolas brillantes, el whisky del color de la naranjada Lux, ya casi estamos en cine. Alonso me sonríe. Está sentado a mi lado y no deja de mirar hacia atrás como si estuviera esperando a alguien. Lo siento tenso. Se agarra con fuerza de los brazos de la silla cuando apagan totalmente las luces y se oye un grito de cientos de bocas. «Nunca antes he estado en cine», me dice sin mirarme. «No se preocupe», le digo, «es como cerrar los ojos y soñar», agrego, pero ya no me escucha.

Han abierto el telón oscuro y aparecen una tras otra las imágenes enormes de hombres y mujeres que hablan en inglés. Él se estremece. Siento su respiración entrecortada y adivino sus deseos de salir corriendo de aquí. Está demasiado oscuro y la algarabía de la gente es ensordecedora, entonces se queda a mi lado. Al final de este rato intenso creo que algo ha cambiado entre Alonso y yo.

No estaba equivocado. Ahora me busca para patear el balón que la tía Judith me regaló. Es un número cinco auténtico, de cuero café, cosidos los cascos, inflable a través de la manguerita de la vejiga. Su olor me trae a la memoria el carriel del abuelo Juan. Ésta es mi boleta de entrada al equipo del curso. Carloshernán no podrá resistirse a jugar con mi balón y conmigo, pero antes debo practicar mucho para convertirme en un Pécora.

Veo que Alonso no va a ser mi maestro. Sus pies tampoco le obedecen y ya ha golpeado las matas de Laura, y varias veces ha pateado hacia el salón de música de Mejía. Creo que llegó el momento de salir de la casa y buscar un sitio adecuado para entrenar y volverme un Pécora.

Hemos recorrido los alrededores de la casa, pero todas las calles son lomas transitadas por carros y gente. Alonso dice que él conoce un vecindario cercano en donde los muchachos juegan fútbol sin peligros de autos o cosas así. Es la calle Palacé, un barrio de gente rica sembrado de árboles de flores moradas, amarillas y azules, que en ciertas épocas del año caen al piso y forman una especie de alfombra. Las casas son castillos medievales, con torres y almenas, donde parece que no vive nadie. Suelto mi balón y retumba el eco en varios kilómetros a la redonda. ¿Dónde están los muchachos que juegan fútbol? ¿Nos dejarán patear en sus calles? Alonso no se ve asustado. Persigue largas distancias el balón luchando por que le obedezca, mientras tanto yo miro a los lados tratando de asimilar esta tarde fría de domingo en un vecindario que no es el mío.

Hoy el fútbol no es lo más importante. Alonso se cansó por

fin de perseguir el balón y los dos estamos sentados en una acera repleta de flores caídas de los árboles enormes. Ya ha oscurecido y las lámparas del alumbrado público están encendidas. Hace rato no pasan carros ni gente. Desde aquí se escucha el sonido de las campanas de la iglesia de Manrique, entonces imagino que Laura debe estar preparando la comida. Quizá ella esté preocupada por mi ausencia, pero se tendrá que acostumbrar a que yo salga a menudo, pues, sin saber cuándo ocurrió, he crecido y hasta Alonso se dio cuenta de que ya estoy grande y puede ser mi amigo. Lo siento claramente sin que él tenga que decírmelo. Sólo hablamos cosas de hombres, como el cine, la actriz de esta mañana, casi tan bella como Annie, casi tan fácil de enamorarse de ella como de Elizabeth Taylor. No mencionamos para nada a Mejía con sus borracheras ni al gallero con su pobreza. Ahora existimos por nuestros propios méritos y nadie podrá separarnos por el resto de nuestras vidas.

# Quince

Al fin Carloshernán se dio cuenta de que debía contar conmigo en el equipo. Hoy tenemos partido del Real Juventud contra el Onceamigos, un conjunto duro al que debemos ganarle por encima de cualquier esfuerzo. Es sábado, y toda la mañana me la he pasado preparándome para el juego. Tengo mi uniforme nuevecito, con la camisa verde de puños y cuello blancos, lleva el escudo del colegio de San José encima del corazón. Laura la cosió, al igual que mi pantaloneta, que también es blanca. A la camiseta le puso el número de Pécora, es decir, el dos, el del impasable. Las medias, los guayos y los suspensorios son un regalo de Mejía, que le ordenó al Arquimedes buscarme lo mejor para que mi debut fuera un éxito. Ya estoy cambiado, quiero decir, ya tengo puesto mi uniforme, ahora me pongo encima el *bluyin* y salgo rumbo al colegio, tomando la ruta que Alonso me dibujó en un papelito esta mañana antes de irse a trabajar. Voy a bajar por toda la calle Ecuador hasta el parque de Bolívar. Sigo hasta el Lido y por ahí me trepo derechito por la Caracas hacia el colegio. El balón huele a betún porque Alonso y yo lo brillamos anoche. Está durito y listo para meterse muchas veces en la red del Onceamigos.

El calor es igual al de un desierto, pero al fin he terminado de subir la loma y ahora sólo debo esperar a que lleguen los demás. Soy el primero en llegar. Los sábados, el colegio es como un pueblo fantasma, y los Hermanos Cristianos se encierran en sus cuartos a rezar o a meditar. Me parece imposible que este silencio vaya a terminar y a convertirse en la gritería de un partido de fútbol. Por el momento tengo tiempo de reconstruir mis mejores batallas del cerro Pandeazúcar, la montaña que queda detrás del colegio. Allí,

cuando nadie me tenía en cuenta para nada porque todos los de mi edad éramos tan pequeños que apenas formábamos una mancha bajita que se movía por los patios en silencio, combatíamos contra los indios en estas montañas. Llegué a conocerlas como la palma de mi mano y podía esconderme en sus cuevas horas enteras sin que pudieran encontrarme. Hoy esas mismas laderas me van a ver jugar, por eso están calladas y nerviosas, esperando la llegada de la gente para que empiece el espectáculo.

Todos vienen en carros con sus papás. Se ve que ninguno de ellos tiene un almacén en Guayaquil, porque si fuera así estarían trabajando como Mejía, al pie del cañón. Dicen que el papá de Carloshernán es entrenador del equipo de su fábrica. Que Luisángel juega en el babyfútbol de la liga, que el indio tiene preparadores físicos especiales que le contrata el cura misionero. Ahora el corazón me brinca a toda velocidad porque todos llegaron y nadie me saluda, a pesar de que pasan cerca de mí casi rozándome con las piernas. Alguien ha traído otro balón que no es tan nuevo como el mío. Se lo ve pelado y suena demasiado liviano cuando lo rebotan contra el piso. Carloshernán se me arrima y elogia mi balón. Se lo entrego para que me haga el honor de patearlo con su pie habilidoso. Hace dos o tres toquecitos y luego lo eleva para tomarlo con las manos. Lo presiona para medirle el aire. «Está un poquito desinflado», me dice, y me lo devuelve antes de irse hacia el centro del campo. No me invitó a jugar ni se alegró al verme con el uniforme nuevo que me cosió Laura. Entonces trato de no desesperarme. No puedo perder la calma. Todavía no me han dicho que no voy a jugar, entonces lo más prudente es acercarme poco a poco al grupo y esperar instrucciones. Llevo mi balón junto al escudo del colegio. Ahí debajo está mi corazón que se quiere salir. Carloshernán da instrucciones y reparte sus delanteros y centrocampistas, mientras Luisángel organiza su defensa. Adelante está el indio traidor pisando el balón. Nadie me habla, entonces me retiro hacia donde están los papás cuidando la ropa de todos, afuera del campo.

No empiezan porque falta gente. Carloshernán me mira y

da la orden para que yo ingrese. Aquí va el impasable del Real Juventud. Me paro adelante de Luisángel, que es el arquero, y este me grita cosas que no le entiendo. El primer pelotazo me pasa muy cerca de los oídos, como un flechazo indio. Atrás, Luisángel se luce, pero todo el mundo me señala. El segundo es más peligroso y también fallo. Entonces llega a la cancha Piedrahíta, el rubio que faltaba en el equipo, y Carloshernán me invita a retirarme para cederle mi puesto. No puedo creerlo, no toqué el balón y ya estoy afuera. Me quedo en la línea, delante de los papás que alientan a sus hijos en un partido eterno. Luego me voy con mi ropa y mi balón para vestirme de nuevo. Busco unos arbustos que me cubren y desde aquí veo el juego. Pasan minutos larguísimos y nadie me ha visto, ni siquiera los que se sientan ahí cerca a descansar al final del partido. Uno de ellos está hablando de mí. Puedo sentirlo en mi corazón aunque no escucho bien lo que dice. Se refiere al del uniforme nuevo que por poco les hace perder el partido. El otro dice sin que la voz le tiemble: «Carloshernán lo invitó para aprovechar su balón, pero no estaba bien inflado. Es una completa vaca». Hablaban de mí, me dijeron vaca, y Carloshernán resultó un oportunista interesado. ¿Qué hago aquí? ¿Y ahora qué voy a decir en mi casa? Todos los preparativos de los días anteriores quedaron en nada. Alonso va a preguntarme por el partido y se reirá cuando le diga que no toqué la bola. Tal vez me lo merezco por no haber aprendido a jugar a la edad en la que todos lo hacen. A Carloshernán le enseñaron a patear antes que a caminar, a Luisángel lo tienen jugando con casi profesionales, al indio los curas lo preparan, a Piedrahíta lo entrenan en el club Campestre, en fin, ¿y yo?, no tengo historia en el fútbol, soy un indocumentado al que persiguen en la calle y en la cancha. ¿Qué voy a decir en mi casa?

Hoy he caminado cientos de cuadras y no estoy cansado. No sentí el camino de regreso. Ya veo a la gordita de los ojos azules hablando por teléfono al lado de la ventana. Me muevo a través de ese aire frío que sale a las calles a la hora de la misa, y siento el olor a fritos de las cocinas, el mismo olor de las viejitas beatas que van para la iglesia husmeando en las

casas ajenas por los vidrios, un aroma que me recuerda al fraile que reparte comunión en Manrique, a esta hora en que el barrio huele a comida recientemente cocinada llego a enfrentar la realidad de mi fracaso. Laura me recibe con un comentario acerca de mi heroísmo por caminar solo de ida y regreso al colegio. Alonso aparece en el arco del comedor y con su mirada me pide que diga algo. «Ganamos», digo, evitando el beso de Laura. «Cinco a cero», agrego. «Fui el goleador», remato. Laura me sigue hasta el cuarto y me organiza el resto de la noche sin sospechar de mi mentira: «Primero la comida, después a descansar». Así, entonces, ahora ya soy todo un héroe y por un instante la tristeza de esta tarde parece esfumarse.

Creí que era fácil dormir con la mentira, pero he cambiado de opinión. Pienso en ese balón zumbándome en los oídos, miro a los lados y veo las caras de burla de los muchachos del equipo. Escucho de nuevo la conversación tras los arbustos, y no puedo conciliar el sueño. No tengo ánimos para pensar en Annie, tampoco en Violeta. No quiero pensar en nada diferente de mi debut como futbolista. Tal vez deba devolverle el balón nuevo a Judith y pedir excusas al mundo deportivo. Todo el sudor de hoy lo obtuve caminando de ida y regreso al colegio. Nada de raspones ni patadones en mi cuerpo, ninguna herida conseguida en combate. Mi uniforme llegó sin mancha, entonces creo que Laura me va a descubrir y luego Alonso va a enterarse. Esta será una larga noche en la que nadie puede acompañarme. He traicionado a todo el mundo y ya no me diferencio de los asesinos que se esconden en las tinieblas.

Mejía acaba de entrar a la casa. Es más tarde de la medianoche, porque hace un rato escuché las campanadas de la iglesia, y esta vez ni siquiera pienso en el insomnio del cura campanero. Laura camina en la cocina y mueve algunas ollas para que Mejía sepa que pronto habrá comida caliente. La casa se llena de un olor a anís y a frío de noche que Mejía trae de la calle. Ellos dos ocupan el espacio del comedor en

una rutina establecida desde hace tiempos. Él come lentamente, sin hablar, con gestos de tristeza que ella trata de disimular preguntándole si quiere algo más para la comida, o haciendo comentarios acerca de su familia que terminan por descomponerlo más. Laura dice que lo siente y tratará de hablar cosas más interesantes. Mejía suelta el tenedor y se soba la cabeza con ambas manos. Laura lo besa y se va para su cuarto.

Ahora estamos los dos en la noche. Él seguramente piensa en sus problemas. Yo sólo puedo pensar en lo mío. Lo siento caminar hacia el baño y escucho el roce del cepillo en sus dientes, el agua detenida en la cueva de su boca, la llave del agua abriéndose y cerrándose. Ahora sus pasos vienen hacia acá, tal vez va a escuchar música y pensará en Evalú. Empuja suavemente la puerta de mi cuarto y se asoma a verme, pero yo me hago el dormido, no respiro, aprieto los ojos y siento cuando se aleja. Se mete al cuarto de su música y oigo todo el ritual que termina con la aguja del tocadiscos invocando a Evalú con notas de porro triste. Yo, mientras tanto, trato de preparar una explicación para la limpieza de mi uniforme al término de un partido en el que yo fui el goleador indiscutido. No la encuentro, creo que Laura y Alonso van a descubrirme y tendré que decir la verdad. Pienso en salir ahora mismo a buscar tierra del color de la cancha del colegio para que Laura no dude de mi heroísmo, pero no podría abrir la puerta de la calle sin hacer ruido al quitar los seguros. Todos se darían cuenta. Y ¿si lo echo al agua de la alberca? Pensarían que fue el espíritu de Nieves el que lo sacó de mi cuarto y lo llevó hasta el sitio de su muerte para lavarlo y dejarlo impecable. Eso es. Voy a salir al patio, luego me escurro por el corredor y así ganaré la posición de la cocina. De ahí a la alberca sólo tengo que evitar los ruidos para que Alonso no se despierte. Hace frío en el patio y siento miedo. La luz del salón de Mejía sigue encendida, Laura duerme en su cuarto. No puedo dejar de pensar en Nieves, en que su espíritu podría estar por aquí rondando. Allá atrás oigo ruidos de ollas como si alguien estuviera en la cocina. No es posible que sea Nieves. Puede ser Alonso, o Laura, o una rata

buscando comida. Sin darme cuenta he retrocedido hasta el salón donde Mejía escucha sus discos. Ya me vio y se levanta para saludarme poniéndome su mano en mi pelo. No me ha visto el uniforme que traigo apretado a mi pecho. Me pregunta por el partido y no sé qué decirle. Quisiera contestarle con la verdad y dejar de una vez este papel de asaltante. Pero no puedo, hay algo dentro de mí que no me deja ni siquiera hablar del tema. Lo eludo, le digo que es muy tarde y que sentí ruidos en la cocina. Así cambio de asunto y Mejía me toma de la mano para acompañarme hasta el fondo de la casa. Enciende todas las luces, abre las puertas de las alacenas en la cocina, me mira como diciéndome: «Ahí tienes la noche al descubierto, es toda tuya». Entonces inicio mi regreso y él me sigue a pocos centímetros. Se me han acabado las opciones para borrar mi deshonor y mañana Laura y todos verán mi uniforme del Real Juventud sin una sola mancha de tierra. Cuando llegamos a mi cuarto me dice antes de despedirnos: «Los mejores futbolistas casi siempre son los peores estudiantes», y se va sin dejarme contestar. Un frío inmenso me baja por todo el cuerpo y siento que ya nada de lo planeado tiene sentido.

Pienso en lo que dijo y recuerdo que al indio le cuesta trabajo entender las explicaciones de los profesores, siempre está atrasado en sus cuadernos, titubea cuando lo interrogan en clase, trampea en los exámenes, sólo es bueno para traicionar a los amigos y, claro, para matar a los arqueros contrarios a balonazos. El mono Piedrahíta ha ganado los cursos por influencia de su papá, que es rico y ayuda en el colegio. Dicen que les regaló un carro lujoso a los Hermanos Cristianos cuando Piedra ganó tercero de primaria. Siempre hay un chofer esperándolo en la puerta hasta cuando se terminan las clases. Piedra se trepa a esos carros sin despedirse y se transforma en una estatua de cera que se aleja del colegio a gran velocidad. Luisángel, en los exámenes, a veces sí, a veces no, pero en los partidos siempre es una figura voladora como mis arqueros de las fotografías de prensa que recorto cada lunes. Carloshernán tiene una letra como de príncipe y sus dibujos sobresalen por su sobriedad.

Línea suave, colores tenues, puntadas precisas. Sus cuadernos son un ejemplo, pero se ve torpe cuando lo sacan al frente para contestar preguntas de cualquier cosa. Me duele verlo tan indefenso y a veces me provoca decirles a los profesores que él es el mejor futbolista de todos los tiempos. Al otro lado están los tontos que brillan por sus altas calificaciones. Son fofos, amanerados, delicados y estúpidos. Ninguno de ellos se atreve siquiera a arrimarse a la cancha de fútbol. Tal vez Mejía tenga razón, con sus palabras me ha calmado un poco esta angustia de no ser el mejor del equipo o, mejor dicho, de ser el peor de todos. Ya no me importa mucho ser descubierto mañana. Ahora veo frágiles a esos grandes jugadores y pienso que debo preparar mi revancha, pues llegará un día en el que esos héroes de pantalón corto y camiseta del Real Juventud me van a pedir ayuda.

# Dieciséis

Hoy es un día diferente de todos los demás que recuerdo. Laura camina como bailando por toda la casa y de la cocina sale un olor a cañón de cerdo asado con papas. Sobre el patio alumbra un sol alegre. Hasta yo mismo parezco patinando en el hielo con maestría. Laura dice que es un día común y corriente, y que sólo quiere satisfacer a Mejía que le pidió cañón de cerdo con papas. Ella se ve más bonita con esos aretes que lleva puestos desde temprano en la mañana y la falda ancha y esponjosa que casi no le deja ver los tacones. Todo el día se respira un aire dulce y tranquilizante que nada tiene que ver con la tristeza de los días anteriores.

Todo se aclara para mí cuando llegan Arquimedes y Mejía a una hora inusual para un día común y corriente. Me entero de que todos vamos a ir al estadio esta noche a ver al DIM contra el River Plate de Argentina. Pregunto por Alonso, y Laura me dice que Lucía se lo llevó por un tiempo a casa de sus hermanas.

Es un corte en la rutina de los días. Mejía se ve alegre y Arquimedes se esfuerza para que no le falte nada a su patrón ni a Laura. Les compra cerveza y jugo de naranja. Él se toma un aguardiente grande en el bar y discute con hinchas que también hacen fila. Ahora fuma y de vez en cuando se toca los dientes con la uña del pulgar derecho. Arquimedes no sonríe, siempre está serio, infundiendo respeto a su alrededor. Yo estoy a su lado y él me habla del River Plate. Dice que ya antes lo ha visto jugar y que en alguna oportunidad ese equipo se interesó en sus servicios de goleador. «Pero preferí la calle», dice. «Algunas personas somos de la calle», agrega, y sigue mirando hacia el gramado vacío del estadio. Cuando los equipos salen a la cancha se escucha una gritería que me

asusta. Arquimedes me mira y dice: «Parémonos a aplaudir». Luego se descorre ante mí un velo y empieza una función que nunca voy a olvidar. «Ojo al paraguayo», dice. Se refiere al rubio alto del River que rechaza todos los balones con fuerza. Yo busco al número dos de mi DIM, a Pécora, el gigante. Y ahí está, recorriendo el campo a zancadas y luchando cada balón. Me veo a mí mismo eludiendo rivales y pateando al arco. Carloshernán estaría apenado de haberme sacado del partido contra el Onceamigos. Juego todo el tiempo con un balón aparte y me paseo a través de los grandes del River y del DIM. Ahora me siento con suficiente calidad en los pies como para regresar a exigir mi puesto en el Real Juventud. Ya sé despejar sin dejar caer la pelota al piso. Salto por encima de todos y cabeceo con energía. No me canso, voy al balón, él busca mi cuerpo, somos una sociedad. Arquimedes me entiende, pues no se asusta cuando me ve gesticular en silencio, él sabe que en estos momentos yo juego mi propio partido.

No sé cómo ha terminado el juego. Creo que perdimos con los argentinos a juzgar por las caras de la gente. Arquimedes camina sin emoción, rumbo a casa con Mejía, con Laura y conmigo. Todavía traigo en los ojos el resplandor de las luces y los colores de esta noche. No me doy cuenta de que llegamos y Arquimedes se quedará a dormir con nosotros. Laura le tiende un colchón al lado de mi cama y le presta las cobijas de Alonso.

Ha sido una noche para no borrar de la memoria. Ahora juego de nuevo el partido y por eso no puedo cerrar los ojos para conciliar el sueño. Frente a mí están los jugadores de la banda cruzada del River y el balón va y viene por todo el cuarto. Arquimedes se ha quedado dormido como los vaqueros cuando acampan con la silla de montar debajo de su cabeza y el sombrero haciendo oscuridad y silencio. Por mi cuerpo corre la sangre caliente y me hundo en otra noche de insomnio que por último decido disfrutar encendiendo el radio grande que recibe señales de todo el mundo. Arquimedes parece no molestarse con el ruido, y así me quedo buscando voces de mujeres que cantan en otros

idiomas hasta la madrugada, cuando mi compañero de cuarto me toca el hombro para pedirme que me acueste. Me había quedado dormido al lado del Transoceanic y soñé que Arquimedes y yo jugábamos en el estadio grande de esta noche frente al Real Juventud de Carloshernán y del indio. Todo fue fácil para nosotros dos y logramos liquidar el juego rápidamente. Carloshernán luchó contra nuestra técnica y no pudo. Piedra se tiró a llorar en el campo, y Luisángel voló tratando de sacar mi último gol pero se elevó tanto que dejé de verlo mientras el balón se metía limpiamente en su portería vacía. Vi al indio llorar en el hombro del cura, que aplaudía con hipocresía a mi equipo. Entonces, en esos momentos, Arquimedes estaba ahí, despertándome y hablándome con su aliento de muerto. «Hoy decidí que cuando tenga un hijo lo voy a llamar como usted», me dice como si todavía estuviéramos en mi sueño. Me cuesta trabajo entender que estoy de nuevo en el mundo de los despiertos y en un instante recuerdo el partido entre el River y el DIM, y ese día fantástico en que comimos cañón de cerdo asado y papas al horno en medio de la alegría inusual de Laura y la tranquilidad sospechosa de Mejía. Antes de irse, con el pelo mojado todavía por el baño reciente, Arquimedes se para frente a mi cama y me dice: «Pase lo que pase en el almacén, sepa que su papá es un verraco».

No tengo una idea muy clara de lo que ocurre en los negocios de Mejía. Sólo veo los estragos que causa en su vida, que ahora está reducida a beber sin pausa mientras Arquimedes y los otros empleados hacen la fuerza por las ventas. Ya ni siquiera aparece el payaso a las tres de la tarde para la promoción del cincuenta por ciento. Alonso me dice que Mejía no prueba el almuerzo que Laura le envía en el portacomidas, y que al final de la jornada todos se reparten el arroz, los huevos, la carne y las tajadas de plátano maduro. Mientras tanto, él está en la parte de atrás cantando o durmiendo. Pasan dos semanas, a veces tres, antes de que Laura se decida a llamar a Roxana para lo de la inyección que lo duerme varios días. Pero eso de nada sirve, porque después de sus llantos él vuelve a empezar.

Hoy el almacén parece un velorio. Metieron a la cárcel a Arquimedes durante una pelea en El Portón Rojo. Dicen que trató de impedir que el mensajero siguiera llevándole aguardiente a Mejía y el asunto terminó con la intervención de la policía, que se llevó a Arquimedes amarrado y a empujones por toda la calle de los almacenes. Casi todos los de la cuadra lo vieron y dicen que parecía un condenado a muerte. Iba más pálido que siempre y sus largas piernas se enredaban con los pies de los agentes que lo seguían golpeando. Sólo Mejía no lo vio.

No pude ver quién trajo a Mejía en un taxi que esperó en la puerta hasta que Laura abrió para recibirlo. Se sentó en su salón de música y no dejó que encendieran las luces. Allí va a pasar toda la noche en silencio, pensando en el rumbo que está tomando su barco. Arquimedes preso, las ventas flojas, las deudas grandes y él sin fuerzas para nada. Por primera vez no evoca a Evalú ni quiere escuchar sus canciones. Hoy siento miedo por este silencio oscuro que recorre la casa. No me atrevo a escuchar mi radio ni a levantarme a buscar a Laura. Pienso en Arquimedes, que ahora se encuentra rodeado de bandidos en la cárcel de La Ladera, y en Nieves, que sigue revolviendo el agua verde de la alberca. Algo extraño dentro de mí me obliga a levantarme y caminar hacia el salón de Mejía a pesar del miedo que siento. El cielo del patio está oscuro y la casa parece dormir con el aliento contenido. Percibo el olor del aguardiente que emana del cuerpo de Mejía. No duerme, sólo mira fijamente hacia el patio. Me acerco pegado a las paredes, mis narices tocan la madera fría de la puerta. Es la primera vez que estoy solo con él borracho y no sé por qué lo hago. Su cabeza le pesa en los hombros, por momentos se le cae hacia adelante y me parece verla rodar por el piso. Es una cabeza grande con el pelo grasoso y los ojos verdes inyectados de aguardiente. Las piernas separadas sostienen el resto del cuerpo que se quiere salir de la silla. Ahora no sé si está despierto o existe otro estado intermedio entre el sueño y la realidad que lo mantiene con los ojos abiertos y la cabeza fuera de su tronco. Se voltea con lentitud y me dice con mucha dificultad algo que no entiendo.

Suena como «¿Quién está ahí?» o «¿Estás ahí?». Siento deseos de irme pero esta situación me atrae. Es como estar conversando con un sonámbulo que no puede con su cabeza. Por último me reconoce y estira su mano izquierda para que yo se la tome. Me hala con fuerza, bruscamente, y me sienta en su pierna izquierda, que se tambalea. Ahora estamos frente a frente y ya no siento miedo sino incomodidad por su olor a aguardiente. Él sonríe y me pide con la voz arrastrada que no me preocupe. «Todo se va a arreglar», me dice con dificultad. Ya quiero irme. Parece que se quedó dormido pero no me suelta. Me escurro tratando de no despertarlo y vuelve a abrir la boca para decir con toda claridad: «Ustedes siempre van a estar bien». Me sacude el pelo y me deja libre. Él se queda repitiendo la última frase y ya no me volteo a mirarlo.

# Diecisiete

Yo sabía que Judith iba a morir algún día, ella misma me lo había dicho varias veces cuando salía de esos ataques de asma y yo me quedaba mirándola horas enteras aprendiéndome cada una de las líneas de su cara. Por eso no me sorprendió que esta tarde no me trajeran a mi casa sino a la del abuelo Juan, donde está toda la familia vestida de negro llorando y rezando en un tono de murmullo parecido al de las viejas de la iglesia.

A ella no la he visto todavía. Laura me recibió en la puerta y con un gesto amable se despidió de la gente que me trajo hasta acá. Ellos sabían que en esta casa yo iba a encontrar un velorio y no me dijeron nada, quizá para evitarse la molestia de mi llanto. Además, era la primera vez que yo estaba con ellos, y todo porque Posadita, el más bajito del curso, necesitaba a alguien que le ayudara a preparar los exámenes. Los ricos necesitan ayudas como esa. A cambio me llevaron a su finca en La Ceja, fría y florecida, con caballos finos, muchos sirvientes, capilla con cura, en fin, toda una maravilla. Allí estuve varios días hasta hoy, cuando ya Posadita aprendió a resolver problemas de regla de tres compuesta. La mamá de Posadita respiró tranquila y entonces inició los preparativos del regreso, y mientras tanto yo me puse a pensar en Judith. La vi con sus gafas blancas, sentada en su puesto del salón del televisor, resolviendo crucigramas con un lapicito de punta roma. Sentí su risa desbocada y luego sus esfuerzos por respirar. En esos momentos pensé que ella se estaba muriendo.

Laura quiere decirme algo. Tal vez siente que es hora de hablarme de la muerte. Se me acerca y me mira a la cara, pero siempre tiene que responder a las voces de condolencia

de los visitantes, o debe correr a calmar a sus hermanas que no pueden controlar sus nervios. Laura es fuerte y aplaza sus llantos. Sin proponérselo se ha convertido en jefe de la tristeza. Ella regula sollozos y lágrimas, nadie alza la voz, el velorio es un lamento del tamaño de la casa, y yo busco un rincón en donde pueda estar libre de esa sensación de derrota que se respira. Empujo la puerta del cuarto de Judith y entro en un aire gelatinoso con olor a Vick VapoRub. Agarro por instinto el libro que seguramente ella había estado leyendo antes de morirse. Es una historia de piratas. Lo abro en cualquier página y leo: «Es mi deber con respecto al barco, con respecto a los hombres que quedan sobre cubierta, algunos de ellos dispuestos a ofrecer lo que les queda de fuerza, una palabra mía». No puedo regresar a casa con vida, porque los cuerpos de los capitanes sólo descansan en el mar. El cuarto ha sido organizado después de su muerte y dejaron muy pocas cosas como ella las tenía. Sin embargo, aquí está la hechicera sioux danzando alrededor del fuego. Todavía siento su aliento asmático y sus dedos torcidos sobándome la cabeza. Ella no ha muerto del todo a pesar de lo que ocurre afuera. Me gustaría decírselo a alguien, pero Laura está demasiado ocupada y Mejía no ha regresado del almacén todavía. El abuelo Juan está sentado al lado de Solina. No habla, se afloja el nudo de su corbata y mueve los pies nerviosamente. Es la primera vez que lo veo en casa tan temprano. Se ve incómodo y seguramente quisiera estar en su Calzado Luz sobándole las nalgas a Teresa. O tal vez piensa en la muerte. Sabe que a su edad cualquier momento es bueno para morir. Ya se fue Judith, el próximo puede ser él. Debe estar pensando en la herencia que les va a dejar a sus hijas. Mira el cajón y se le ocurre que ahí podría estar él acostado, serio, con sus cachetes rojos y el pelo blanco. Se afloja más el nudo de la corbata. No quiere morir todavía. Tampoco Solina, que está acompañada de doña Elisa y Mistermortis. Ninguna de las tres quiere mirar dentro del ataúd para ver a su compañera de juego. La dejan sola en ese viaje. Cierran los ojos a esa posibilidad, hablan de cualquier cosa, hablan de Laura.

Laura sabe que su nombre está en el ambiente y se da cuenta de lo que dicen de Mejía y su afición por el trago. Ve los rostros de las viejas compadeciéndola, cambiando su terror a la muerte por la compasión hacia su vida de dificultades al lado de Mejía. El abuelo Juan interviene en el juego de miradas y palabras cortadas. Se levanta y toma a Laura de un brazo arrastrándola suavemente hacia el cuarto de Judith. Allá lo escucho decir que lamentablemente todo está por terminar para Mejía. Laura se sacude, no quiere oírlo. Entonces el abuelo le dice algo que reconozco, algo que ya Mejía había dicho: «Mientras yo viva ustedes siempre van a estar bien».

Eso quiere decir que el abuelo quiere vivir mucho tiempo más. Se siente fuerte y con ganas de trabajar. Las cosas que le dice a Laura le duelen a él también pero al mismo tiempo lo hacen sentir importante, indispensable en mi vida y en la de Laura. Se sienta de nuevo en su sillón y enciende otro cigarrillo que lo hace toser durante un rato. El humo lo cubre y también a Solina, dejo de ver a las viejas jugadoras, la gente se vuelve una masa negra que reza y me arrulla.

Judith decía que los indios no lloraban a sus muertos porque nunca se iban de este mundo sino que seguían viviendo en forma de animales o de árboles. No sé si es por eso que no lloro ni siquiera en el entierro de la mujer que lo sabía todo. En cambio pienso en lo difícil que es la vida para Mejía en estos momentos. Lo veo de nuevo con la cabeza recién bañada, el pelo liso y bien peinado, las piernas en triángulo sosteniendo su cuerpo otra vez erguido al frente de la puerta de El Caballero. Sabe que todos estamos en el entierro y él se niega a venir porque piensa que se le acaba el tiempo. Ha pasado muchos días cantando boleros y llorando en la trastienda del almacén aislado del exterior, apenas percibiendo el olor de la gente que entra a comprar. Ahora trata de retomar el mando y lo primero que hace es ir a sacar a Arquimedes de la cárcel. Se sobrepone al impacto del olor a alcantarilla helada que se respira en los corredores despintados de esa casona inmensa. Camina a través de los gritos entre los cuales le parece escuchar la voz de

Arquimedes. Mira hacia las celduchas oscuras y busca la piel verdosa de su escudero. Todos parecen Arquimedes que hablan, fuman y caminan como el suyo. Por un momento se detiene en su recorrido con el guardián que lo conduce en la búsqueda y ve, como si se iniciara un espectáculo para él como único espectador, a un ser esquelético tirado en el piso sonriéndole mientras otro hombre se mece sobre su espalda y un grupo de manos marcan los compases de una cumbia. Ese rincón de la cárcel está iluminado por una luz que se filtra en el techo como un reflector de teatro. Se sacude de la visión y mira al fondo desde donde el guardián lo llama porque ha localizado a Arquimedes. Mejía contiene las lágrimas apretando las mandíbulas. Lo recibe con un golpecito en el hombro, y el flaco le dice: «A trabajar, patrón». Mejía se siente bien. Ahora tiene a su escudero de nuevo, tal vez no sea demasiado tarde.

«Vender es lo más fácil del mundo. Sólo piensen que la gente necesita comprar, siempre quiere tener más cosas, y ustedes van a ayudar a que ellos sean felices». Son palabras de Mejía que se van a meter en el alma de sus muchachos. Selene y Hernán lo escuchan tomados de la mano, Luzaída mueve sus labios delgaditos, Arquimedes otra vez se ve fresco y limpio. Todos miran a su jefe que ha vuelto.

Mejía ha trazado metas altas de ventas diarias. Él está afuera arrastrando gente de la calle como acostumbran hacerlo en Guayaquil. Toma a las señoras por el brazo y las lleva hasta las vitrinas. Lo mismo hacen las muchachas y el Hernán y el Arquimedes. Las cifras en la registradora aumentan, pero no son suficientes. Otra vez ve a don Godo y a don Juve pasearse en las tardes frente a El Caballero. Ellos hablan mirando hacia el interior, donde todos se mueven agitados como en vísperas de una tormenta en altamar.

Por las noches Mejía casi no duerme. Ya no escucha sus canciones ni toma aguardiente. Se la pasa oyendo el disco de *El secreto del éxito*. Diez veces, tal vez cien. Él camina como si estuviera enjaulado. Apunta frases y números en los bordes del periódico. Amanece y todavía está oyendo el mismo disco. Mejía sabe que su tiempo se acaba, y ni Laura ni yo podemos

ayudarlo.

Vuelve a echar un vistazo a los libros del almacén buscando soluciones. Entonces encuentra que todavía hay gente que le debe. «Hay que cobrar», le dice a la Luzaída. Hacen una lista de deudores y Mejía la compara con la de sus acreedores, en la que aparecen don Godo, don Juve, el abuelo y otros comerciantes de la cuadra que le han fiado mercancías. Y al otro lado se leen nombres de fulanos: «Wilson». «¿Quién es Wilson?», pregunta mirando a su alrededor por encima de sus gafas de tendero. Le explican que se trata del novio de la Luzaída que vende calzoncillos de El Caballero en un puesto ambulante a dos cuadras de allí. Sigue leyendo su lista: «¿Apolo?». «Es el luchador retirado que lleva mercancías a los pueblos vecinos». «Joseluís», dice entre dientes porque sabe bien que es su hermano, quien frecuentemente le pide dinero prestado. «¿Y Liborio?». Sólo Luzaída sabe que es el dueño de un bus viejo que cubre la ruta a Urabá. Ella le recuerda en voz baja que una noche, cuando únicamente quedaba ella en el almacén acompañándolo en sus canciones, llegó ese hombre que cuadró su bus frente al único local en el que encontró luces encendidas y, luego de un intercambio de copas y tragos de aguardiente, se ofreció para montar una sucursal de El Caballero en Turbo, un puerto situado a dos días de camino por una trocha imposible. Mejía se entusiasmó con la idea de tener negocios junto al mar, y pensando en Evalú le dejó llevar el primer surtido para el almacén de Turbo. Nunca más volvieron a verlo, y sólo Luzaída recordaba esa noche. «¿Estamos quebrados, patrón?», le pregunta Arquimedes sin mirarlo a los ojos, arrancando con la uña del pulgar un pedacito de pintura del mostrador grande. Mejía no le responde. Cierra el libro de cuentas y se va de nuevo a la puerta, a seguir con su rutina de atraer gente desde la calle.

# Dieciocho

Esperamos al hombre que nos va a dar clases de defensa personal. Alonso me mira y pregunta por quinta vez la hora. Acaba de sonar la señal de las seis de la tarde en el radio. Todo en esta casa dice que son las seis. Por dentro de mí también se siente la tristeza de esta hora.

El profesor es pequeño, con punticos de barba que le salen por la cara y lo hacen ver como un hombre cansado. Continuamente aprieta las mandíbulas y los músculos del cuello se le ven tensos. Nos dice dos o tres cosas, incluido su nombre de combate, y pide permiso para cambiarse de ropa en el baño. Ahora sale convertido en El Apolo, todo músculos y voces fuertes. Así acaba de empezar mi independencia, poco a poco voy a inspirar respeto en el colegio ante el indio y su gente. Ya me siento dueño de mi cuerpo, y hasta camino distinto, más lento y más seguro.

El Apolo combatió durante muchos años en los pueblos cafeteros. Llegaba con las cosechas y peleaba contra El Enmascarado de Plata, El Demonio Azul, El Asesino, El Gigante Murdok, El Destripador, El Ángel Negro y otros luchadores errantes que iban viajando de pueblo en pueblo desde hacía muchos años. El Apolo era el menor de todos. Fue el último en ingresar al negocio y lo hizo en un momento en el que los otros ya pensaban en retirarse. Por eso su carrera fue corta y cada vez le era más difícil sobrevivir con lo que ganaba en las peleas. Tuvo que empezar a combinar la lucha con el comercio de ropa de segunda y alguna mercancía de primera mano que conseguía fiada en Guayaquil. Así conoció a Mejía y se ganó su confianza, que le permitió ser uno de los vendedores viajeros del almacén.

El Apolo es hombre de palabra. Aunque es uno de los

deudores de El Caballero no se esconde. Se ofrece a enseñarme a mí y a Alonso todas las técnicas de la defensa personal, como una forma de pagar la deuda. Mejía sabe que es un dinero difícil de recuperar y lo tacha en el libro de cuentas. Arquimedes no está de acuerdo con la generosidad de su patrón. Le pide que por lo menos lo deje ir a buscar al hombre de Turbo. «Cuando llegue la hora nadie le va a perdonar a usted nada, patrón», le dice. Y Mejía lo mira y siente unos deseos grandes de un trago. Ver a Arquimedes en esa actitud de censura lo hace pensar que ya no es el capitán de su barco, entonces sale a la calle, camina despacio, y en El Portón Rojo se queda un rato en la barra mirando un trago de aguardiente. Por último lo arrima a su labio inferior para después sacudirse hacia atrás y dejar que le queme la garganta.

El Apolo nos ha enseñado a caer sobre hombros y plantas de pies. Ya sé desarmar de su cuchillo a un ladrón. Pero no entiendo por qué Alonso siempre consigue golpearme fuerte. Lo hace sin tener en cuenta las técnicas de la defensa personal sino con algo de rabia hacia mí. Cuando El Apolo nos pide alguna demostración, él usa la fuerza de sus brazos y me sorprende con su brusquedad. Ha estado a punto de desnucarme. Entonces recuerdo cómo debo caer para contrarrestar el golpe. Ya le temo, y no quiero enfrentarme más a él. Laura dice que de todas formas no tendré que hacerlo porque El Apolo ya no volverá a darnos clases, pues ha saldado su deuda con Mejía. Me alegra saberlo. Tal vez ahora podamos jugar fútbol de nuevo en el barrio de abajo, por donde a veces caminamos sin hablarnos, sólo mirando las casas que parecen castillos. Hace poco los dos nos quedamos paralizados cuando por una ventana se asomó una pequeña con los ojos azules parecidos a los de Annie. Ninguno dijo nada, pero creo que él también sueña con ella. Se llama Ofelia, y debe tener diez años.

Últimamente Laura pasa mucho tiempo conmigo. Me parece que se siente sola y ya no se entretiene en el cuarto de costura. Ella no me habla mucho pero la siento ahí cerquita, a mi lado. Y se entera de casi todo lo que estoy pensando, así que debo hacer esfuerzos por no mencionar a Ofelia en su presencia, la de los ojos bonitos.

Yo también me doy cuenta de lo que ella piensa. Por estos días está preocupada por lo que ocurre en el almacén y trata de ocultarme que Mejía ha vuelto a beber. Por ella supe que Arquimedes logró llegar a Turbo y encontró a Liborio, que ya no tiene almacén en el puerto sino un bar de mala muerte. Arquimedes regresó manejando el bus que el hombre le entregó para cancelar la deuda con El Caballero. Laura se ríe, reconoce la astucia de Arquimedes, y me cuenta que hace poco Mejía llegó a la casa en ese bus, a la medianoche, con un trío de músicos borrachos para darle una serenata. Me gusta verla reír. Me quedo callado sin preguntarle nada para que no se arrepienta de haberme contado esas cosas. Tal vez algún día le cuente que pienso mucho en Ofelia y que desde hace un tiempo voy con frecuencia al barrio de abajo a patear mi balón contra un garaje azul cerca de su casa.

Mario es el hermano de Ofelia, y también es el jefe de todos los muchachos de ese barrio. Lo he visto jugar fútbol y sé que es verdaderamente bueno con la zurda. Camina como Arquimedes, enrollando un pie al dar el paso. Así corre en la cancha improvisada en las calles cubiertas de flores amarillas, azules y moradas, y nadie ha intentado poner en duda su mando sobre el resto de los jugadores, tal vez por su habilidad, o por su rudeza, pues dicen que noquea a quien se le opone. Ofelia a veces camina a su lado, moviéndose suavemente con sus pantaloncitos cortos y sus botas de vaquero. Ella tiene unas piernas delgaditas y delicadas.

Alonso y yo ya somos parte de este barrio de calles florecidas. Los muchachos de acá abajo nos reconocen y juegan con nosotros junto al garaje azul. Ofelia camina en medio de los dos y a veces recuesta su cabecita en los brazos fuertes de Alonso. Son brazotes de hombre, con manos grandes capaces de partir de un solo golpe con el puño

cerrado dos ruedas de panela juntas. Lo he visto hacerlo sin demostrar dolor. Alonso ha crecido mucho y ya duerme en un rincón de mi habitación porque el cuarto de Nieves está lleno de cajas con papeles de cuentas de El Caballero. En las noches hace gimnasia mientras yo oigo mis lecciones del curso de inglés por correspondencia que Mejía me compró. Levanta con energía muchas veces su cuerpo horizontal, respira ruidosamente, se pone rojo y se hace el que no me mira ni le importa mi presencia. Siempre se duerme primero que yo y eso me desespera porque me quedo dando vueltas en la cama y pensando en Ofelia recostándosele en su brazo.

Si Alonso quisiera podría ser el jefe. Bastaría con una demostración de fuerza contra mí y así ni siquiera Mario se atrevería a desafiarlo. Pero Alonso no tiene interés en mandar a nadie. Él no siente ese impulso que mueve a los jefes. Sólo deja que el viento sople y se lo lleve para cualquier lado. En cambio, yo cada vez me niego con mayor frecuencia a obedecerle a Mario. Cuando él ordena que caminemos juntos por las calles yo prefiero quedarme pateando mi balón de cuero contra el garaje. Me gusta caminar cuando ya todos se han entrado a sus casas, y sólo regreso a la mía después de ver apagada la luz del cuarto de Ofelia.

Sin proponérmelo, los muchachos ven en esta manera de actuar un desafío a Mario, y él ya ha empezado a sentirlo. Por eso cuando jugamos junto a su casa siempre estamos en equipos contrarios. Hace hasta lo imposible por cruzar cerca de mí con el balón dominado y siento las exclamaciones de su gente cuando se luce con un taquito que no logro detener o con alguna de sus jugadas geniales que me dejan en ridículo. Me gustaría ser habilidoso como Carloshernán, o fuerte como el indio para que Mario no se burle de mí. Alonso me dice que debo cambiar mi actitud con Mario y dejar el orgullo a un lado. Cree que todo se arreglaría si dejara de llevarle la contraria en sus decisiones. Yo le he dicho que no me siento bien andando detrás de él, aplaudiendo todo lo que dice o hace, o sea que no me queda más alternativa que aprender a jugar bien. Ahora me paso horas enteras pateando solo contra el garaje, aprendiendo a dominar mi balón, imaginando que

tengo a Mario al frente y pensando que todo lo hago por Ofelia, para que ella se fije en mí y me sonría con esa cara dulce y pequeñita.

Todo el tiempo pienso en Ofelia. Ya escribí su nombre con una navaja en la madera de mi pupitre en el colegio. Disfruté tallando la o, luego la efe, la e, la ele, la i, la a, me gusta leerlo: «Ofelia», sin corazones ni nada de eso, sólo su nombre como el único motivo para vivir. Por ella aprendo a dominar el balón. Todo el día juego con una tapa de gaseosa en el patio del colegio o con una pelotica de papel. Luego, en las tardes, me voy al barrio a patear. Salgo a la calle a las cinco y respiro el aire bañado de flores y de árboles. Escucho las cigarras chillando en ese espacio que a esa hora empieza a oscurecerse. Juego solo, aunque esté lloviendo, corro con fuerza, no descanso, me gusta sentir el sudor mojando mi camisa y luego el viento enfriando toda mi piel. Desde la calle escucho la televisión encendida en los castillos del vecindario, sigo jugando hasta cuando suena la música del *Noticiero Suramericana*. Entonces me voy a casa a escuchar mis lecciones de inglés y a soñar con las ciudades que salen en las fotografías de las cartillas.

Algún día voy a ir a Estados Unidos. Desde ya me alisto para cuando esté en una calle de Nueva York o en Miami. Posiblemente estudie en un colegio con gringuitas que animan a sus jugadores de básquet o de fútbol. Pobre Alonso, él nunca va a tener la oportunidad de volar hacia allá. Lo veo a mi lado, haciendo ejercicio para fortalecer más esos brazotes, mientras yo estudio inglés. Él se queda aquí, llevándole a Mejía el almuerzo en un portacomidas, yo me voy a ver televisión en color, a comer cosas que hacen crecer, a hablar en otro idioma, a ver edificios grandes, me voy a otro mundo donde los muchachos usan *bluyins* vaqueros que destiñen, y cuando vuelva, todos en el barrio me van a respetar. Estos sueños no me dejan dormir sino cuando ya mi cuerpo está cansado de dar vueltas en la cama.

Nunca creí que mi situación con Mario se fuera a resolver tan pronto. Y todo por Alonso, porque ha decidido acabar esta tensión que se siente en el barrio. Sin consultarme

impone las normas para definir quién es el jefe. Mario las acepta, no tanto porque crea que yo tengo derecho a disputarle su puesto, sino porque está seguro de derrotarme en cualquier terreno. Le atrae el duelo, sólo piensa en ganar, no tanto en derrotarme a mí, quiere que su gente lo abrace y lo elogie. Yo soy una buena oportunidad para él. Miro a Ofelia que revolotea entre el grupo de muchachos como si se tratara de una fiesta. Ella también quiere un triunfo para su hermano, no tanto una derrota para mí. Tal vez eso es lo que me duele, pues sería fantástico si yo existiera para ella aunque fuera como opositor de su hermano. Ofelia no sabe bien de qué se trata todo, pero sus ojos azules le brillan esta tarde y su naricita se le infla al respirar.

Mario es un muchacho flaco y desgarbado con muchos vellos negros en los brazos. Nunca mira de frente y por eso no sé de qué color son sus ojos. Ahora está preparándose para el duelo que Alonso ha diseñado con un balón y dos jugadores: Mario y yo jugando sin límite de tiempo hasta cuando uno de los dos se rinda. Son las cinco y treinta de la tarde. Camino hacia el centro de la cancha. Me tiemblan las piernas y siento deseos de abandonar todo. Alonso me empuja por la espalda y me pone frente a frente con Mario. Esta vez veo sus ojos y siento un alivio cuando compruebo que no son azules como los de Ofelia. Son negros como su pelo y tienen una pequeña desviación que lo hace ver indefenso. Mario empieza el juego lanzando el balón hacia mi portería. Me sacudo y de pronto me encuentro corriendo como si tuviera un motor en mi espalda. No hay cansancio ni miedo ni nada. Sólo un ruido de voces que gritan afuera de la cancha como en la noche en que fuimos al estadio a ver al River contra el DIM.

Hoy tuve fuerzas para jugar toda la noche. Habría seguido persiguiendo el balón y a Mario hasta el amanecer si Ofelia no hubiera detenido el duelo metiéndose al campo a abrazar a su hermano. Habían pasado casi tres horas y ninguno de los dos daba muestras de querer rendirse. Esta vez no valió su habilidad con la zurda, ni se propuso burlarse de mí. Fue como si ambos nos hubiéramos tragado el cuento de la solemnidad que le impuso Alonso a la competencia. Cuando

Ofelia se interpuso en el juego, Mario tenía el balón. Entonces me miró durante una pequeña fracción de segundo y sin dudarlo disparó lentamente hacia su propia portería marcando un autogol que significaba el empate y tal vez un apretón de manos conmigo.

Esta noche Ofelia pasó su bracito delgado por detrás de mi cintura. Con el otro brazo acariciaba a su hermano que caminaba cojeando. Afuera de la cancha estaban los muchachos del barrio y Alonso que aplaudían y me miraban flotar en la noche con Ofelia a mi lado.

Ya hice lo que debía hacer, y Alonso fue responsable de mucha parte de lo ocurrido. Sin embargo, ahora él se comporta en forma extraña conmigo. No me habla más de lo necesario, hace su gimnasia sin ruidos, se duerme sin despedirse, al día siguiente no lo encuentro en su cama pues sale temprano y nadie sabe para dónde se va. Laura dice que Alonso está enamorado. Entonces siento que un ardor me recorre todo el cuerpo y me va a hacer explotar la cabeza. Laura habla con calma y mide cada una de las palabras que dice pues sabe que me duelen por dentro. Yo disimulo cuando estoy con ella, pero luego salgo con mi balón a patear duro contra el garaje azul junto a la casa de Ofelia.

# Diecinueve

Alonso se fue otra vez a pasar unos días con su familia y no podrá estrenar el Buick que acaba de comprar Mejía. Es verde oscuro por fuera y muy amplio por dentro. Es un carro verdaderamente elegante, pero, sobre todas las cualidades, la mejor es que este es el primer carro de Mejía desde que me acuerdo. Lo trajo hoy muy temprano, y con una sonrisa extraña en su boca se fue derechito hacia la cocina a buscar a Laura. Discutieron o, mejor, Laura discutió y él esperó con las llaves sonándole en la mano derecha. Pasaron unos minutos de llantos y luego Laura salió a decirme que me pusiera un saco pues íbamos a dar un paseo por la ciudad. Laura sigue sollozando y Mejía le sonríe y la acaricia. Desde el sillón de atrás ellos se ven como dos novios en un teatro mirando una película que pasa frente a sus ojos. Es la ciudad de noche que se mueve despacio y oscura, como nunca antes la había visto. A través de ella el Buick verde de Mejía avanza como una carroza mortuoria, grande, elegante y silenciosa.

Bajamos por la calle Manizales y tomamos Palacé con sus castillos bonitos. Desde lejos alcanzo a ver la ventana de Ofelia con la luz encendida y me esfuerzo por registrar cualquier movimiento en la fachada. La dejamos y nos deslizamos hacia el centro por donde empiezan a verse puestos ambulantes de ventas de comida. Adelantamos a los caminantes que nos miran como si se tratara de un cortejo fúnebre. Laura recuesta su cabeza en el hombro derecho de Mejía y ya ha dejado de llorar. Siento el olor de Guayaquil metiéndose al carro, y los ruidos que salen de sus cantinas, vuelvo a ver este territorio como un pueblo vaquero en el que habrá tiroteo. El viento arrastra en remolinos las basuras, la gente camina dando brinquitos para esquivar los charcos. Nos

detenemos frente a El Caballero, que a esta hora está vacío. Mejía se baja y va directamente a la registradora, al rito de siempre con su llavecita que le deja ver cuánto se ha vendido en el día. Su expresión es de desaliento. Sin embargo, saca un rollo de billetes y se lo echa al bolsillo del pantalón. Mira a Luzaída y a Hernán, les dice unas palabras que Laura y yo no alcanzamos a oír desde el carro y luego empieza a caminar hacia nosotros como el comisario que ha sofocado una gresca en el salón. El Mejía que se monta al Buick no es el mismo que se había bajado hace unos minutos. Ahora no habla y conduce con tristeza por la calle Carabobo mirando de reojo los almacenes que todavía están en actividad. Creo que siente nostalgia por dejar a sus muchachos solos en medio de la noche. En pocos minutos de camino ya el aire no huele a fritos y su cara debe haber regresado a la normalidad. Vamos por la calle del estadio que a esta hora está oscura, habitada por hombres con caras de ladrones a la espera de víctimas. El Buick atraviesa la zona de la unidad deportiva y siento el eco de los gritos que todos los domingos llenan las tribunas. Mejía no escucha nada, él vive otra ciudad que se apaga frente a sus ojos, y no ve las cosas que yo veo ni se da cuenta de que en el radio canta Violeta esa canción que a veces yo busco en las noches en el Transoceanic grande de mi cuarto. Cambia la emisora y no sabe que me acaba de quitar a Violeta. Pasan pedazos de canciones y ninguna le gusta. Por fin apaga el radio y quedamos los tres en silencio por el resto de la noche, y parte de ese silencio va a seguir viviendo con nosotros seguramente para luego unirse con otros silencios que ya empiezan a salir de Mejía.

Los paseos en el carro lo hacen soñar. Lleva casi una hora recorriendo la ciudad dormida, pensando sin hablar. A veces va con Laura a su lado, otras veces vamos él y yo solos, mirando la película que aparece por el vidrio delantero, siempre sorpresiva, como *El gran escape*. Me siento de nuevo unido a él por la oscuridad de la noche, su respiración contenida, su mente volando muy lejos de donde estamos. Nunca se me habría ocurrido que mientras nos deslizamos por las calles en el Buick él está pensando que todo se ha

terminado en El Caballero para siempre, y que sólo espera la hora de entregar lo que queda a los acreedores. O sea que el abuelo Juan tenía razón cuando le advirtió a Laura en el velorio de Judith acerca de la quiebra del almacén. Pero Mejía sigue levantándose temprano para empujar las ventas. Se para en la acera a aplaudir y les transmite a sus muchachos una extraña fuerza que ni siquiera él mismo sabe de dónde sale. Por las noches, después de los paseos en el Buick todavía escucha el disco de *El secreto del éxito*, y también oye sus canciones y bebe aguardiente. A veces me ve estudiando mis lecciones de inglés y me dice que me va a enviar a Estados Unidos a aprender los modismos de la calle. Lo dice con mucha convicción, como si tuviera plata de sobra. Entonces me quedo soñando.

Creo que uno de estos días le voy a hablar a Ofelia de mi viaje. Tal vez esa sea la forma de hacer que ella deje de mencionar a Alonso como si fuera un héroe. Todo el tiempo está diciendo cosas de él en el barrio y siento como si lo hiciera sólo para molestarme. Hoy la estaba mirando desde la calle y cuando me vio se vino derechito a preguntarme por mi primo. No me gusta la cara que hace cuando pronuncia su nombre, tampoco me agrada el movimiento de su bota que empieza a dar pataditas al asfalto. Por primera vez siento deseos de utilizar mi arma secreta y todo se presenta como si ocurriera por fuera de mí, sin que pueda evitarlo. Se abre mi boca sin mi permiso, y mi lengua se mueve por dentro para producir unas palabras que se me salen por los labios asustados: «Alonso no es más que el llevaalmuerzos de mi papá», digo, y yo mismo tiemblo por el sonido horrible que acabo de emitir. Ofelia me mira asustada y yo empiezo a correr por la calle tratando de huir del eco de esas palabras que me persigue. Subo las lomas que separan el barrio florecido y la calle de mi casa, y siento que arrastro a todos los muchachos de Mario y Ofelia pegados a mis tobillos gritándome «¡Traidor!», porque ahora soy un traidor que ha vendido el secreto de Alonso.

En ninguna parte del mundo tendré refugio. Ya no quiero estudiar inglés y no soporto ver las cartillas con fotos de

ciudades americanas. Tampoco he vuelto a buscar a Violeta ni a Annie en el Transoceanic grande y, por supuesto, no he visto más a Ofelia ni a la gente de Mario. Cuando no estoy en el colegio me voy para la alberca donde Nieves se quedó dormida. Le tiro frijolitos al agua lamosa y siento cómo caen despacio hasta llegar al fondo. Aquí oigo el ruido sordo de las cinco de la tarde y siento el frío de la oscuridad de las seis que me hace entrar a buscar compañía al lado de Laura. Ella dice que Alonso debería volver a vivir con nosotros porque la situación de Lucía y el gallero se ha empeorado. «Ya no se respetan, y lo grave es que aguantan hambre», dice.

Alonso nunca debió irse de aquí. Él siempre andaba diciendo que era muy diferente de mí y que algún día lo iba a entender. Entonces me golpeaba más fuerte, con más rabia, pero Laura nunca se enteró de que era él el causante de esas golpizas. Ella creía que todo eran cosas del barrio de abajo, y se limitaba a advertirme que no me juntara con personas mayores. Alonso se quedaba callado y sólo me miraba desde lejos sin intervenir. Ahora no soporto la idea de que se haya ido a pasar dificultades en su casa mientras yo lo traiciono utilizando armas prohibidas. Tomo la decisión de ir a buscarlo y reconstruyo las instrucciones que una vez él me dio para explicarme dónde vive su familia. Hay que bajar de Manrique hasta el teatro Lido y luego buscar la subida para Buenos Aires. Después de la iglesia me entro por las callecitas estrechas que me llevan hasta una quebrada, y esta me guía a un barrio de balcones grandes y calles amplias con escaleras pequeñas que van a dar a casas de puertas con dos alas y corredores largos al final de los cuales siempre hay un solar con naranjos y matas de plátano. Alonso me había dicho que desde los balcones se veía todo Medellín, y que la gente se sentaba en los quicios de las entradas a ver pasar el tiempo.

Al caminar por las calles de este barrio me parece que ya he estado aquí antes, en esta misma situación, con la misma gente. Casi podría decir lo que va a ocurrir en el instante siguiente, de memoria puedo llegar a la casa de Alonso y empujo la puerta que está entrecerrada. Los sillones de la sala son parecidos a los de la finca del abuelo Juan. Los cables de

la luz están salpicados de pintura de cal blanca y el piso se ve limpio y brillante. No encuentro huellas frescas de habitantes en la casa, entonces empiezo a sospechar que me he entrado a la casa equivocada. Camino hacia la cocina y veo abierta la puerta del solar. Los fogones están apagados, nadie respira en este espacio. Ya voy de regreso otra vez por la sala, entonces encuentro a Alonso que me ha estado mirando todo el tiempo desde algún lugar y ahora se me atraviesa en el camino. «¿No le dije que usted y yo somos muy distintos?», me dice sin levantar mucho la voz. Está más flaco y el pelo se le ha vuelto amarillo por el sol, todavía tiene los brazos fuertes y todo él huele a humo. Le digo que fue muy fácil llegar con sus instrucciones, luego le hablo del carro de Mejía, por último le cuento que el barrio de abajo está lleno de flores en las calles y también le digo que Ofelia pregunta por él. Alonso me mira con desconfianza, entonces se me hiela la sangre. Pienso que tal vez ya sabe todo y se me ocurre que me va a pegar uno de esos puñetazos que le salen de los brazotes de hombre grande. Pero, en cambio, sonríe y me pide que lo espere unos minutos. Entonces hace a un lado una cortinita de tela y se mete a un cuarto a murmurar algo con una persona que no puedo identificar por la voz. Creo que es Lucía. Ella habla despacio y bajito, no entiendo lo que dice pero siento que es una conversación triste que se me filtra por todo el cuerpo. Ahora aparece Alonso con una bolsa del Ley en la mano y con un gesto de la cabeza me invita a que salgamos.

De regreso a mi casa él no habla. Caminamos decenas de cuadras uno al lado del otro sin mirarnos. Sólo se escuchan nuestros pasos que se han uniformado y el roce de la pierna con la bolsa de papel en la que trae su ropa. No sé en qué piensa Alonso. Tal vez hace planes para su llegada triunfal al barrio de Ofelia y Mario, o quizá él tampoco puede olvidar la tristeza que se respiraba hace unos minutos en su casa.

# Veinte

Hoy es el último recorrido en el carro verde. Parece que llegó la hora, pues Mejía me dice que mañana va a tener una reunión importante con el abuelo Juan y con los otros comerciantes de la cuadra a los que les debe plata. No entiendo muy bien lo que va a ocurrir, pero sí sé que ya no tendremos más el Buick, y creo que le van a quitar también el almacén. Por eso regresamos temprano del paseo nocturno y Mejía se vuelve para Guayaquil a esta hora de la noche. Hará el último intento, él dice que tirará los restos.

Lo esperan todos sus muchachos, que no hacen caso del cansancio. Cuando él llega ellos aplauden, entonces Mejía se siente fuerte y se frota las manos en señal del comienzo de la función. Se van todos a la puerta, a buscar a la gente que pasa por la calle. Son prostitutas la mayoría, algunos campesinos asustados, policías, ladrones, vendedores ambulantes. Ese es el último público, y los muchachos se lanzan a atraerlo. Esta noche Luzaída y Selene están con la lengua afilada y la energía renovada. Corean las voces de combate del sector. Dicen con fuerza «Alaordensiga, siga, siga», y hacia las diez de la noche ellas hacen pensar que ha empezado el milagro. Mejía sabe que de la reunión de mañana sólo puede salvarse si logra tener un buen dinero para abonarles y dejarlos contentos durante otro tiempo. Piensa que es posible si siguen a este ritmo. El Hernán y Arquimedes convencen a las mujeres de la calle y casi todas compran con rollitos de billetes, a los celadores les venden pañuelos y calcetines, a los ladrones conocidos los hacen comprar correas y carrieles. Pero cada vez la noche está más vacía y ya los clientes no aparecen. Luzaída y Selene se escurren hacia El Portón Rojo y regresan con un hombre borracho que les soba las caderas.

Ellas le hacen señales a Mejía para mostrarle el bulto que se le dibuja en el bolsillo del pantalón. «Deben ser muchos billetes», piensa Mejía y se va a hablarle mientras el hombre sólo quiere besos y caricias. Le vende ruana, sombrero, zapatos, correa, camisa, ropa interior de hombre, ropa íntima de mujer, y el hombre sigue pidiendo besos. Ya ha pasado la medianoche y han escuchado el canto de algunos gallos. El borracho quiere irse, pero antes Mejía le ofrece en venta el mejor mostrador de El Caballero, el que fuera del español arruinado por el peón de la mula brava. El hombre lo mira y le pasa la mano derecha por la superficie. Siente atracción por la madera llena de historia. De alguna manera la energía de esos años pasados vuelve a brillar esta noche. Entonces saca toda su plata y la pone en las manos de Mejía, que sabe que este es su último negocio antes de la hora final. El cliente se va diciendo que mañana regresa por su mercancía y por sus mujeres. Mejía queda parado en el centro del local y sus muchachos se recuestan contra las paredes. Ya no hay nada que puedan hacer, sólo irse a dormir unas horas y regresar.

Va a ser una larga noche esta, a pesar de que falta poco para el amanecer. Mejía no quiere comer y tampoco se va a acostar. Laura sabe que a él le gustaría estar solo a estas horas, entonces se va para su cuarto donde ha hecho un altar con velas y santos. Reza, y luego se recuesta en la punta de la cama sin acomodarse por completo. Mejía sigue metido en el salón de la música, ahora da vueltas a la mesita de centro, brazos cruzados, cabeza inclinada, el mentón toca su pecho. Hace esfuerzos por pensar en Evalú y se da cuenta de que ya no encuentra ni siquiera el recuerdo de su cara. Se estremece ante la idea de haber olvidado cómo es la mujer que lo tuvo con fuerzas para soñar todos estos años. Siente que le ha cantado en sus borracheras a un fantasma y que su vida ha sido una sucesión de equivocaciones. Entiende que en este tiempo de recuerdos él se gastó el aroma de su piel y el brillo de sus ojos y la línea sensual de su cuerpo. Ya no tiene nada de esa mujer ni del mar. Esta noche, al oír sus boleros, sabe que ha llegado al final y que tendrá que seguir solo, sin la ayuda de ella. Quisiera decírselo a Laura, pero seguramente

no va a entenderlo pues sería hablar de secretos guardados durante muchos años. Entonces se alista para lo que viene, para el desamor de sus muchachos de Guayaquil que posiblemente pasen a trabajar con el abuelo Juan o con don Godofredo, las habladurías de la familia, la tristeza de Laura, los años inciertos, y todo sin la ilusión de la libertad que estuvo mascando durante este tiempo. Es como si le tocara seguir empujando un barco vacío hacia un rumbo cualquiera con la única certeza de que su destino es navegar para siempre. Así lo agarra por sorpresa el sol del amanecer que presagia que este día será intenso.

En Guayaquil también se siente la luz fuerte y calurosa del sol. El lado de los almacenes del abuelo, de don Godofredo y don Juve, está fresco y sombreado. El Caballero recibe de frente los rayos que se meten hasta la mitad del local y secan rápidamente el agua que Selene ha usado con la trapeadora sobre las baldosas. Todo se ve limpio y organizado. El mostrador del español tiene un letrero hecho a mano que dice «Vendido». Las estanterías muestran vacíos que nadie quiere llenar con nueva mercancía para reponer las ventas de la noche anterior, pues quieren dejar todo como está para registrar la situación real. Arquimedes recorre el rectángulo caminando lentamente mientras fuma un cigarrillo que le esconde la cara detrás de un velo de humo que trepa por los rayos de sol. Está más serio que siempre y no habla ni hace ruidos al caminar. Acaricia con sus manos huesudas los cerritos de camisas y pantalones, toca las ruanas dobladas, con las uñas largas pellizca las cajas de zapatos, luego vuelve a la puerta y se para con sus piernas encorvadas a recibir el sol de esta mañana. Mejía está en reunión en el almacén del abuelo Juan, mientras tanto ellos esperan noticias. Saben que su capitán está dando la última pelea por todos, y pasan las horas mirándose casi sin hablar. Tienen el cansancio de los días anteriores todavía metido en los cuerpos. Sin embargo, podrían trabajar sin parar una semana o dos o tres, todo el tiempo que necesite Mejía para salvar el negocio.

Mejía está allá adentro de Calzado Luz explicando cada una de las páginas del libro de cuentas. El abuelo ha tomado

partido por él ante el resto de acreedores y se ha ofrecido a asumir parte de las deudas. Mejía sólo debe aceptar una cosa: el hijo de don Juve será el nuevo gerente del almacén como representante de los comerciantes a los que les debe dinero. El abuelo lo mira a la espera de una respuesta mientras Teresa, que ha estado todo el tiempo rondando la reunión sin haber sido invitada, le guiña un ojo y le hace gestos pidiéndole que acepte. Así le propone una nueva historia en la que él ya no será el capitán sino un segundo. Ya no podrá trazar el rumbo de su barco ni podrá transmitirle a su gente la energía necesaria para navegar. Ahora alguien sin biografía le dará órdenes y él tendrá que obedecer. Entonces se levanta empujando suavemente su silla con las piernas hacia atrás y se agacha para mirarlos a los ojos y decirles: «Imposible».

Así, sin más explicaciones, termina la reunión, y los muchachos lo ven venir atravesando la calle como en cámara lenta en el momento preciso en que el viento se agita. Cierra un poco los párpados para evitar que el polvo se le meta en los ojos, y al entrar a El Caballero él siente que ha hecho lo único digno que podría hacer para conservar el honor. Ellos lo entienden y lo rodean para oír sus explicaciones de dientes apretados. Ahora Luzaída le trae un trago y él les pide a todos que lo acompañen un rato antes de empezar a retirarse.

Esta es la última noche en El Caballero y Mejía no quiere tomarse el trago de aguardiente que le pasan sus muchachos en una copita engrasada por muchos dedos. Ellos insisten en brindar con su jefe por un pasado lleno de cosas buenas a pesar del aire de velorio que se respira. El nombre de Evalú ha vuelto a su cuerpo y busca salida como si fuera un proyectil. Mejía camina por todo el almacén, callado, toma aire y trata de no dejarse ahogar por la tristeza. Ahora va a hablarle a su gente por última vez. Los mira con sus ojos verdes que han perdido el brillo y les anuncia que los nuevos dueños aceptaron conservarlos en sus puestos de trabajo. «Voy a extrañarlos mucho», les dice cuando ya las caras de los muchachos se han humedecido por las lágrimas. Hernán no habla. Arquimedes mira hacia afuera. Debe estar pensando, como piensa siempre, que él pertenece a la calle, y

seguramente no va a trabajar más en El Caballero, o como vaya a llamarse desde mañana el almacén, aunque la nueva administración se lo pida.

A Mejía le parece como si ya hubiera vivido todo esto antes, y sabe lo que va a ocurrir en el instante siguiente y en el siguiente a este, entonces decide dar un manotazo a ese aire fúnebre y se despide con un simple gesto de su mano derecha, el saco va sobre el hombro, colgando de su dedo índice izquierdo. Decide irse caminando hasta la casa como en la primera noche de trabajo en Guayaquil. Imagina a Laura tejiendo en su salón de hilos, retazos de telas, agujas y lanas. Quiere tiempo para sacudirse y volver a luchar por la familia, pero siente el sonido del mar en su cuerpo y no hace esfuerzos por ahogar el recuerdo de Evalú. Deja que fluya por su sangre y sigue soñando.

Ahora, parado aquí junto a la puerta de su habitación, lo veo empacar en un pequeño maletín. Sobre la cama hay una pastilla de jabón, un cepillo de dientes, una máquina afeitadora, un pomo de colonia, la navaja que se abre a un toquecito con el pulgar, cuatro calzoncillos blancos, calcetines, camisas, un poncho que seguramente se pondrá sobre su hombro izquierdo en la madrugada, y su sombrerito de viaje que terminará de secarle el agua de la ducha en el pelo a medida que se aleje de nosotros.

Laura dobla la ropa y le va pasando prendas que Mejía acomoda en el maletín estilo médico, hasta cuando ya es difícil cerrarlo. Él hace el gesto de fuerza y contiene la respiración fría que le congela el cuerpo. Está ahí, en el ritual con Laura, pero consumiéndose por ese nombre que lo llama sin darle tregua. En estos momentos Mejía piensa que tal vez sea el momento de contarle lo que siente hace muchos años, desde antes del matrimonio, pero cree que Laura no lo entendería. Cómo decirle después de tanto tiempo que muchas veces la abrazó a ella pensando en esa imagen, y que besó sus labios saboreando el viento del mar y la música de fiesta. Por eso no habla ahora y actúa como si quisiera pasar pronto ese túnel de pensamientos y recuerdos.

Mejía no miente al decir que no sabe exactamente para

dónde se irá mañana al amanecer. Le da igual irse a los Llanos a buscar el cabo suelto de la historia de Mario y Joseluís, o a las selvas de Urabá, donde una vez un chofer de bus llevó mercancías de El Caballero. Tal vez va a dar muchas vueltas antes de establecerse en un sitio fijo, y Laura lo sabe, porque ella tiene todavía guardados los papelitos con rutas marcadas hacia pueblos que ni siquiera figuran en los mapas. Ella los recogía del piso del salón de música cuando abría las ventanas en las mañanas para que se fuera el olor del aguardiente. Tal vez se decida por Bogotá, y algún día lo veamos por la televisión en las tribunas del hipódromo haciendo fuerza por su golpe de suerte. Laura también sabe que van a pasar muchos días antes de que tengamos noticias de él. Y esta vez está preparada para dejar que se vaya, aun sabiendo que lo primero que Mejía va a hacer es ir a buscar a ese fantasma al que le cantaba en las borracheras. Lo sabe sin que él tenga que decírselo. Lo siente en sus movimientos contenidos, en su respiración incompleta, en esos ojos que rehúyen el encuentro con los suyos. Mejía puede irse tranquilo, Laura lo sabe todo.

## Veintiuno

Si yo hubiera podido hablar con Annie tal vez ella se habría reído de mí. Posiblemente me habría dicho cosas parecidas a las que me dijeron el profesor y el prefecto cuando el indio Fernández me vendió. Quizá ahora no tendría guardados los recortes de películas que todavía conservo como si se tratara de su verdadera imagen. Si hubiera estado frente a mí, mirándome con sus ojos azules, seguramente ella, mi amor de *El circo de tres pistas*, ya no existiría. Ahora pienso que eso es lo que busca Mejía en esos pueblos del mar y en los puertos de los ríos grandes en donde sigue el rastro de Evalú. Quiere encontrarla para que desaparezca de su vida.

Cada salón de baile que visita le aumenta la ansiedad. La huella de Evalú parece borrada de la tierra, pues ya casi nadie la recuerda, y algunos la confunden con otras cantantes jovencitas que actúan en Santa Marta y Cartagena. Mejía sigue su instinto, que ahora lo lleva por el río Magdalena hacia arriba. En cada puerto hace las mismas preguntas, se toma dos o tres cervezas y sigue buscando algo que no conoce bien, no recuerda la cara de Evalú, su cuerpo debe haber cambiado, y su voz es una mezcla de recuerdos y deseos que no podría definir. Siente que está llegando la hora de abandonar la búsqueda. La plata se acaba y debe establecerse en alguna parte para empezar desde cero. Su respiración se tranquiliza, la mirada vuelve a ser triste, ahora camina despacio, ya no hace rayones en el mapa a medida que recorre sus punticos. Acepta que Evalú se le perdió en un complicado laberinto de caminos, casetas de baile, mujeres que se le parecen, voces que suenan como la suya, y el afán de encontrar un lugar para trabajar y enviarnos dinero. Así, confundido como hace quince años, en un pueblo parecido a

los muchos que ha visitado en los últimos días se sienta en un bar a mirar una botella de aguardiente que se vacía trago a trago y le transforma la tristeza en un sentimiento distinto que lo hace sonreír de nuevo. No sabe el nombre del caserío ni el de ninguna de las personas que se arriman a su mesa a beber un trago y luego se van. Él les cuenta su historia reciente, les habla de sus muchachos con los que hizo cosas memorables en Guayaquil, les dice que piensa hacer lo mismo en uno de estos pueblos, entonces le parece ver entre la gente a un hombre flaco que podría ser el Arquimedes del río, o reconocer entre sombras a la negra Selene, a la dulce Luzaída, y pide más aguardiente para sobrevivir a la oscuridad de este puerto que ahora lo escucha.

Frente a él se sientan hombres de piel oscura que brillan con la luz de los mechones de petróleo. Le hablan con respeto y lo animan a seguir buscando un buen sitio para establecerse. Le aconsejan irse más lejos, adonde no haya tanta chusma. El cantinero, que es un hombre gordo y lento para hablar, se le arrima casi hasta el oído y le dice: «Aquí nomás, afuerita del pueblo, están los hombres del Hachero escondidos». La cantina se queda en silencio por unos instantes. Mejía escucha las respiraciones de todos en el aire pesado de la noche. Alcanza a ver la entrada, que es sólo un hueco más negro que el resto del lugar, y se anima a que le cuenten historias del chusmero. Le dicen que es un hombre malo que vive en los montes desde hace años. Lo acompañan mujeres a las que ha violado y luego les ha matado los maridos. A ellas les hace tomar la sangre caliente de sus muertos y así las convierte en bandoleras fieles y salvajes. A veces el Hachero entra a los bares como cualquier parroquiano y se pasa toda la noche bebiendo sin que nadie se atreva a denunciarlo. Mejía recuerda a su hermano Mario y piensa que la mujer y el hijo nalgón deben estar metidos con la chusma. Con esa disculpa empieza a hablar de una mujer que hace tiempos conoció en un puerto en el que ella cantaba con una orquesta grande. La describe como una artista fina que parecía flotar en una noche de porros y gaitas. Los hombres se quedan mudos escuchándolo hablar de su cuerpo

y su voz, y por un momento se olvidan del Hachero y sus hombres.

Ya todos se han ido y el gordo empieza a arrumar en un rincón los taburetes de madera. Mejía se levanta para irse a dormir al cuartico de al lado. Antes de despedirse, el gordo le dice sin dejar de trabajar: «Esa mujer de la que usted habla vive en Puerto Berrío, y todavía canta. Pero, si quiere un consejo, no la busque, váyase lejos a montar su almacén y déjela tranquila».

Esta vez parece que es verdad. Las palabras del gordo le suenan seguras y solemnes. Retumban en el pequeño cuarto de tablas como buscando salida en esta noche oscura y eterna. Mejía no duerme, sólo piensa que la hora de ver nuevamente a Evalú se acerca. Reconstruye muchas veces en el aire negro su único encuentro de hace más de diez años, y se detiene en los ojos brillantes que aquella tarde también se detuvieron a mirarlo. Evalú le habla y sonríe, pero no logra verla como una mujer de verdad. En cambio, siente a Laura junto a él. Escucha su respiración silenciosa, piensa que ahora ella está triste. Ambas se deshacen en una luz fría que se mete con dificultad por las juntas de los tablones de las paredes, entonces Mejía se levanta y va a buscar al gordo para cuadrar los detalles de su viaje.

«No la busque, patrón, se lo digo yo, que conozco la vida», le dice el cantinero con una expresión de preocupación en la cara. Mejía le da una palmadita en el hombro y con la otra mano le deja correr sobre el mostrador unos billetes.

Río arriba los pensamientos se confunden. El ruido del motor de la lancha lo adormece y Mejía se deja llevar de la mano del cansancio de los últimos días y de los residuos de alcohol que todavía vagan por su cuerpo. Entonces sueña que llega a un puerto grande en el que se ve un paisaje de colores intensos, las mujeres con pavas de lacitos atados al mentón, los hombres con trajes de lino blanco. Una orquesta toca en un quiosco grande decorado con globos amarillos, azules y rojos. Quince parejas bailan un porro conocido y nadie parece darse cuenta de su presencia. Camina entre ellas y siente los trajes esponjados que les golpean suavemente las piernas.

Reconoce la voz de Evalú que canta *Te busco*. La oye decir «… amor de mi adolescencia, Virgencita de mi encanto…», entonces trata de acercarse a la tarima de la orquesta, pero un hombre alto con cara de niño y caderas femeninas se lo impide con sus manos gruesas, que lo inmovilizan. Intenta pedir ayuda y mira al director, que mueve los brazos en forma mecánica como si el resto de su cuerpo estuviera muerto, y descubre que es Mario, su hermano. El hombre nalgón lo sacude y Mejía despierta como en medio de una telaraña de calor insoportable. Al levantarse en busca de aire para respirar, se da cuenta de que la lancha se ha detenido frente a un pueblo repleto de gente que grita cosas ininteligibles. Ve a los vendedores de pescado, a los campesinos que esperan en el muelle, y comprende que ha llegado a Puerto Berrío.

Ahora está ahí, parado en la lancha que se mece con un movimiento que empieza a marearlo. Un viento extraviado le soba la cara y siente que el sudor de su cuello se enfría. Escucha las voces del lanchero, que le dice que ya puede bajarse porque su ayudante le va a cargar el maletincito de médico. Todo está listo para caminar por las calles ardientes del pueblo y dirigirse directamente a ver su fantasma a la luz del día. Entonces le parece que ha llegado al final del mundo y lo que sigue es el olvido, porque ya no habrá nada que le haga soñar como lo ha hecho durante estos años. Piensa en las palabras del cantinero gordo que le pidió irse lejos y no verla. Tal vez ese hombre conoce mucho de la vida y sabe que es muy distinta de lo que ocurre en las películas. Quizá también a mí me habría recomendado no buscar a Annie para no perderla. Mejía escucha los porros que suenan en el puerto y en estos momentos cree reconocer la voz de Evalú. Sin dejar de mirar hacia las calles le pide a su lanchero que encienda de nuevo el motor. «¿Adónde vamos, patrón?», le dice mientras hala la cuerda del Johnson. «A otros ríos, muchacho». La lancha empieza a alejarse y Mejía siente desaparecer poco a poco el sonido de los cantos, los perros, las otras lanchas, la gente, las casas.

## Veintidós

El frío de este sábado me hizo levantar triste. Otra vez estoy pensando en Ofelia, a pesar de que hace poco borré su nombre de mi escritorio en el colegio. Durante las clases le saqué rebanadas a la madera hasta que quedó otra vez limpia y entonces pensé que era el final de mi amor por ella. Pero no es verdad. Me duele ver que ya fuma, como casi todos los muchachos del barrio, se pinta una rayita azul alrededor de los ojos, que la hace ver mayor, y mastica chicle y canta canciones en lo que ella cree que es inglés. No hay dudas de que Alonso y ella tienen algo serio, pues se miran mucho y hablan como en clave delante de la gente. Él volvió a dormir en la pieza de Nieves, ya no hace gimnasia al lado mío y casi no se mete conmigo. Ahora paso mucho tiempo al lado de Laura, que se mantiene en la sala donde Mejía escuchaba música. Allí instaló una mesa para hacer dibujos a lápiz que después son su guía para bordar manteles y carpetas que la gente le encarga.

Alonso ha estado muy misterioso en los últimos días. Sé que me esconde algo porque habla con Laura en voz baja y cuando yo aparezco entonces disimula y se pone a hacer cualquier cosa en su cuarto. Laura dice que él está preocupado por los problemas de su familia, que todos los días son peores. Pero yo creo que se trata de Ofelia. Algo debe estar planeando, o tal vez algo pasó entre ellos, debe ser un asunto muy delicado para que Laura no se atreva a decírmelo. Un día de estos voy a tener fuerzas para hablarles con claridad a los dos. Les voy a decir que ambos me traicionaron, que ninguno supo apreciar mi amistad.

Hoy Laura se levantó temprano a planchar ropa. Alonso tiene encendido el foco de su cuarto y los siento hablar a los dos desde hace rato. Por fin sale de su cueva y entra en mi habitación que a esta hora ya he organizado para evitarle trabajo a Laura. Viene elegante, con una camisa blanca abotonada en los puños y en el cuello como si fuera a ponerse corbata. El pelo se le ve liso, brillante y quietecito. Tal vez se echó fijador. Se para en la puerta a mirarme y por fin me dice: «Bueno, primo, ya me voy». Me quedo esperando más explicaciones pero lo que veo es una sonrisa de burla en su cara. Se me ocurre que va a escaparse con Ofelia y ahora viene a reírse de mí en mi propio cuarto. Me estira su mano derecha para que yo se la apriete, se acerca a la mesa del Transoceanic y sigue sonriendo. «¿Se va?», le digo. «Sí, primo, ya me voy para Miami», me contesta sílaba por sílaba. No lo puedo creer. Me parece que todo es un montaje de los que él acostumbra para hacerme dar rabia. Me levanto del sillón y voy hasta él. Lo tengo aquí cerquita, puedo sentir el olor del fijador en su pelo, el sudorcito en el labio del bigote y en la nariz, su respiración nerviosa. Lo veo enorme, con cara de hombre grande que se va. Entonces lo empujo por los hombros y le digo que todo es una mentira. «Ya no más, primo», me dice pacientemente. Se sacude su camisa blanca y se aleja otra vez hacia el cuarto de Nieves. Luego sale con una maleta grande y Laura le da una bendición de cuerpo entero. Desde la puerta me mira, todavía va sonriendo.

Laura me confirma la noticia tratando de calmarme, pero no puede evitar que llore. Me cansé de lanzar granos de fríjol a la alberca de Nieves y ahora salgo a caminar por las calles de los alrededores. La gente de por aquí me mira la cara húmeda y los ojos hinchados, entonces bajo hacia el barrio de Ofelia donde no se siente ningún movimiento. Tal vez se entraron a esconderse del sol picante que salió por la tarde después de la lluvia y secó las calles por pedazos. La luz hace estallar los colores de las flores amarillas y azules que cayeron al pavimento. Nadie camina por el vecindario. Es como si todos se hubieran ido con Alonso. Entonces me siento en este muro junto al garaje azul a reconstruir todo lo que ha

pasado.

Desde aquí veo la casa de Ofelia que, al igual que las demás del barrio, parece abandonada repentinamente. Un avión pasa justo por encima de mi cabeza y pienso que en él va Alonso rumbo a los Estados Unidos. No sé cuándo empezó a planearlo, ni siquiera estoy seguro de que él sepa lo que está haciendo. Tal vez no sabe que dentro de unas horas va a estar en casa de otros primos allá en esa ciudad tan lejana, y mañana lavará sanitarios y platos en algún restaurante. Siento pesar por él y por mí, pues ahora estoy solo como nunca antes, sin Ofelia, sin Alonso, sin Mejía.

Todavía no suenan las seis en la iglesia de Manrique y ya quiero regresar a la casa. Me voy directamente al salón donde Laura está bordando y busco los discos de Frank Sinatra para escuchar en *Downtown* el ruido de las calles de Norteamérica. Los oigo varias veces, como hacía Mejía con su *Secreto del éxito*. Ya habrá oscurecido en Miami, pues Laura dice que allá es una hora más tarde que aquí. Mientras tanto la casa sigue igual, grande y silenciosa, con sólo dos habitantes que se buscan el uno al otro para no pensar en los que faltan.

## Veintitrés

Laura y yo a veces sentimos la ausencia de Mejía como si hubiera muerto. Hay días en que ella no habla ni canta las canciones de la radio mientras hace el oficio de la casa, y otros días en los que yo me quedo en el patio de la alberca horas enteras moviendo el agua verde para dejarme adormecer por las ondas que se forman en la superficie. Hoy ha sido uno de esos días de silencio en la casa. Cuando pienso en Mejía no dejo de verlo como la última vez, con su sombrerito de viajero, despidiéndose por encima del hombro que sostenía el poncho. No he podido acostumbrarme a imaginarlo como se describía en una de sus cartas: «… ahora soy comerciante en un pequeño puerto sobre el río Amazonas. La gente me saluda desde sus casitas de madera cuando salgo a caminar en las noches por las calles enfangadas». Una vez Roxana preguntó por Mejía y yo le dije que ahora era capitán de un barco en el río más grande del mundo. Desde entonces Laura y yo nos referimos a él como El Capitán, y eso nos ha ayudado a no entristecernos porque dejó de escribirnos hace tiempo. Yo le digo a ella que tal vez está de viaje en su barco y que al regresar a tierra firme vamos a tener noticias de él.

Pero pasa el tiempo y no sabemos nada de su vida. En cambio, hace poco supimos que Joseluís se había suicidado una noche metiéndose borracho al mar de Turbo con unas piedras grandes amarradas a los pies. Entonces Laura lloró porque se imaginó que el muerto no era Joseluís sino Mejía y no íbamos a volver a verlo. Viéndola así, recordé que Judith me hablaba de los piratas y capitanes de barco. Ella decía que sus cuerpos nunca regresan a casa porque al morir los echan al mar para que puedan ser completamente felices. Esa vez Laura me acarició la cara con las manos humedecidas por sus

lágrimas.

Ya no llora tanto. Por estos días trabaja en un mantel blanco en el que está bordando un barco de vapor en el centro y palmeras en los bordes. Tiene dos chimeneas grandes y camarotes en una línea alrededor de la nave. Es un regalo para la celebración de las bodas de oro de los abuelos, el mantel de la mesa principal que le hará compañía a la vajilla de porcelana francesa que han guardado durante muchos años para una ocasión especial. Son piezas decoradas con motivos militares de la revolución que estuvieron escondidas en la sombra de un anaquel de madera al lado de vinos importados. El barco de Mejía va a estar en el centro de la fiesta y, aunque ella no me lo ha dicho, creo que es por eso que Laura trabaja con tanto empeño en ese mantel. Ya lleva casi un mes pegada de la aguja y de la tambora en la que tiempla la tela. Utiliza cada momento que le queda libre después de limpiar la casa y sólo va a misa por las mañanas, y al regreso compra en el granero las cosas para cocinar. Por eso no le creí cuando me dijo que hoy íbamos a venir a la función *matiné*. Pero ella repitió la palabra *cine* y empezó a arreglarse. Le dio unas últimas puntadas al mantel antes de salir, después bajamos caminando hasta el Lido.

Tal vez esta es otra forma de recordar a Mejía sin pensar que no va a volver. Estamos en cine. Laura a mi lado, con su abrigo que huele a clóset, esperando a que apaguen las luces y corran el telón para que empiecen a desfilar personajes hechos de luz que hablan, ríen y lloran como en la vida real, pero que de alguna extraña manera hacen que todo sea mejor aquí que en el mundo de afuera.

Es la primera vez que vengo con Laura y todavía la siento tensa en su silla. Trata de ahogar los suspiros para que la gente no se incomode, y tose para aclarar la garganta. La miro de reojo y me parece que le ruedan unas lágrimas que no quiere detener. Las deja caer mientras la película empieza. Los colores intensos de *La novicia rebelde* se le reflejan en la cara y poco a poco van a secarle las goticas que le quedan en la piel. Después pensaremos de nuevo en Ofelia, en el mantel de los abuelos, y seguiremos esperando el día en que Mejía

regrese de su viaje otra vez sonriente y soñador.

«Por aquellos días Mejía y yo estábamos unidos por el cine. Empecé a entenderlo esa tarde cuando fuimos a ver *El gran escape* en el Junín, y ahora, tanto tiempo después, pienso en él sentado en la sala del teatro, preocupado, simulando estar conmigo, sonriendo a veces, y sacando como un mago de sus bolsillos colombinas y otros dulces que me mantenían ocupado».

El protagonista de esta historia tiene ocho años y una relación muy especial con su padre, “Mejía”, al que adora y admira a pesar de que pasa las noches bebiendo en los bares del barrio.

El vínculo con Laura, la madre, una mujer amorosa pero sumisa; los viajes al campo en compañía del abuelo Juan; la complicidad de su tía abuela, Judith, y el gusto de los dos por los libros de aventuras; los emprendimientos frustrados del padre y la pasión compartida por el cine y el fútbol son algunos de los mundos que aquí aborda Juan Diego Mejía y que, descritos desde la mirada de este niño, consiguen

construir un retrato profundamente conmovedor de una familia en la Medellín de los años sesenta.

«En sus palabras se percibe poesía, discreta, en tono menor, y vamos entendiendo que cada frase fue construida con muchísimo cuidado, con un trabajo del tiempo que implica respeto por el lector y por el oficio de la escritura...».

OCTAVIO ESCOBAR, *El Tiempo*.

JUAN DIEGO MEJÍA

(1952. Medellín, Colombia). Estudió en el colegio de San José, un lugar recurrente en sus primeras novelas. Se graduó en Matemáticas en la Universidad Nacional de Medellín luego de una pausa de varios años en la que recorrió el país y ejerció oficios tan diversos como el de soldador, maestro de escuela, panadero, entrenador de fútbol y machetero en las fincas de banano donde antes estuvo la United Fruit Company. Ha publicado entre otros libros: *Rumor de muerte* (1982), *Sobrevivientes* (1985), *A cierto lado de la sangre* (1991), *El cine era mejor que la vida* (1997, Alfaguara 2018), *Camila Todoslosfuegos* (2001), *El dedo índice de Mao* (2003), *Era lunes cuando cayó del cielo* (Alfaguara, 2008), *Soñamos que vendrían por el mar* (Alfaguara, 2016). Recibió el Premio Nacional de Cuento Colcultura-Gobernación del Quindío y el Premio Nacional de Novela de Colcultura. Fue secretario de Cultura Ciudadana y director de la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín.

Foto: © Sergio González

Título: *El cine era mejor que la vida*
Primera edición: mayo de 2018

© 2018, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.
PBX: (57-1) 743-0700
www.megustaleer.com.co

Diseño de cubierta: Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial/ Patricia Martínez Linares
Fotografías de cubierta: © https://commons.wikimedia.org/ wiki/ File:Taylor,_Elizabeth_posed.jpg, © Luoman, Gettyimages.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-5428-86-7

Conversión a formato digital: Libresque

# Índice

El cine era mejor que la vida
Dedicatoria
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos